





Manda fuego

SUMMA DE DÍAS reconoce y celebra la trayectoria de autores nacidos o radicados en el Estado de México, a través de antologías personales cuya versión impresa se complementa con el testimonio de la voz viva, de tal modo que los lectores puedan acercarse, además, a los ritmos y registros vocales de cada uno de estos autores representativos de la actual literatura mexiquense.

*Leer para lograr en grande*

COLECCIÓN LETRAS

Summa de días

ALBERTO CHIMAL

# Manda fuego

## Antología personal

*Prólogo*

ÉDGAR OMAR AVILÉS

**Foem**  
FONDO EDITORIAL ESTADO DE  
MÉXICO



GOBIERNO DEL  
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas  
Gobernador Constitucional

Raymundo E. Martínez Carbajal  
Secretario de Educación

Consejo Editorial: Efrén Rojas Dávila, Raymundo E. Martínez Carbajal,  
Erasto Martínez Rojas, Carolina Alanís Moreno,  
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez, Marco Aurelio  
Chávez Maya

Secretario Técnico: Agustín Gasca Pliego

*Manda fuego. Antología personal*

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2013

DR © Gobierno del Estado de México  
Palacio del Poder Ejecutivo  
Lerdo poniente núm. 300,  
colonia Centro, C.P. 50000,  
Toluca de Lerdo, Estado de México

© Mauricio Alberto Martínez Chimal

ISBN: 978-607-495-249-0

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal  
[www.edomex.gob.mx/consejoeditorial](http://www.edomex.gob.mx/consejoeditorial)  
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal:  
CE: 205/01/29/13

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

*A Raquel, con el mundo  
y con el otro mundo*





Estaban unos pentecostales en su templo, cante y baile y baile, y entonces cantan “¡Manda fuego, Señoor, manda fueeeego!”, con todo fervor, y que le cae un rayo al templo, y se empieza a incendiar, y todos cantan “¡Era broma, Señoor, era broooma!”.

Chiste que se cuenta en las iglesias metodistas

Debemos conseguir nuestra propia luz.

STANLEY KUBRICK



## NOTA DEL AUTOR

Sobre todo, me he dedicado a escribir historias: cuentos y novelas. Este libro contiene únicamente narraciones breves, pero de todos modos es una muestra fiel de lo que he podido contar: lo que me estaba destinado o lo que elegí.

La base de todo es la imaginación: el acto de inventar, que a veces es parte de la historia misma y a veces se deja ver en la creación de situaciones, lugares y personajes extraños. La extrañeza es siempre deliberada; yo he escrito de aquello en lo que no creo (en lo que puede creerse) para precisar qué es lo creíble: para entender mejor lo que llamamos real.

Muchas personas desprecian la imaginación, y las formas que toma en la literatura y más allá de ella, por considerarla irresponsable, infantil, anestésica. Pero la imaginación es la insolencia del alma: en estado puro no “suspende” la conciencia del mundo, sino que la amplifica, y permite figurarse no sólo mundos y sucesos imposibles sino también otras formas que podría tener la misma realidad. Las mentes autoritarias le temen porque implica una amenaza para su poder y para todo poder: la posibilidad de cuestionar la idea de que las cosas sólo pueden ser como ya son. (O como nos han *dicho* que son.)

En la sección “Uno” de este libro se encuentran las historias en las que la imaginación está más cerca del juego, la invención pura, que revela el interior de las cosas. En la “Dos” están, por

el contrario, las historias más enfrentadas con el poder, como se puede ver cuando en ellas aparecen la religión, la política o las celebridades. Mi trabajo ha estado entre ambos extremos con una excepción que debo notar:

A lo largo de la última década escribí una novela, *La torre y el jardín*, entre cuyos temas está el del abuso del poder, del fuerte contra el débil, y el modo en que nos lleva a lo que llamamos lo bestial: como eco de esas ideas, de pensar en ellas para la novela, escribí muchos textos –incluyendo otra novela– sobre la misma cuestión, pero desde el “realismo”, ese subgénero literario que difumina la imaginación o la hace bajar un poco la voz. La tercera sección contiene tres cuentos de este periodo.

Por último, la sección “Cuatro” tiene una sola historia: “El señor Perdurabo”, que es autobiográfica. (Toda obra es autobiográfica, por supuesto, pero casi siempre lo es de modo misterioso, insondable.)

ALBERTO CHIMAL

*México, 15 de febrero de 2013*

## ASOMBRAR LA NOCHE: LA PREMISA ALBERTOCHIMALIANA

Alberto Chimal está hecho de historias. Hace algunos meses los principales diarios del mundo (esos que lee su gente) notificaron que Alberto se realizó exámenes con rayos X, y se descubrió en las placas que sus huesos están constituidos por personajes: abrazados unos, otros sobre los hombros, algunos de cabeza, en las posiciones más graciosas o terribles (algunos personajes ya los conocemos, otro los conoceremos en los años por venir). El resultado conmovió a la ciencia, pero no a sus lectores.

*Nota 1: La literatura de fantasía puede ser dos artes en uno: arte como literatura y arte como fantasía. Lo “humano” es un concepto de lo fantástico; comulgaremos con la maravilla cuando sepamos que es posible moldearnos también en ese nivel de arte.*

En esta antología se reúnen algunos de los cuentos más notables de Alberto Chimal, pero faltan muchos más: exactamente todos los demás que no están antologados. No es que todos sean igual de buenos, eso no pasa con ningún artista. Lo que sucede es que Alberto Chimal es de la estirpe a la que pertenecen Kafka, Lovecraft o Philip K. Dick: autores de grandes historias que a su vez son parte de una obra, la cual continúan hasta que desencarnan. Como su lector, sólo me es dado atisbar indicios (Alberto lo debe de tener más razonado o intuitivo) y de ellos entreveo que la premisa vital, la búsqueda que genera y mueve su obra y su vida como creador, se podría expresar de

esta manera: lo asombroso como salvación y lucha contra el poder y el destino.

*Nota 2: Percibir es un acto menos físico de lo que parece. Ni los colores ni los ruidos existen en sí: son ondas que rebotan en los objetos, un cerebro las procesa y las vuelve amarillas o agudas. Esa vibración que rebota de los objetos y se vuelve estímulo en nuestra mente es brillo del universo, un tiempo-lugar controlado por sistemas y engranajes que casi desconocemos.*

El novelista estadounidense Meter De Vries, en *Déjame contarte las maneras*, así lo expresa: “Si quieres saber mi opinión sobre el misterio de la vida y todo eso, puedo decírtela en pocas palabras: El universo es como una caja fuerte para la que hay una combinación, pero la combinación está encerrada en la caja fuerte”.

Para iniciar la exploración de la premisa albertochimaliana remito al cuento más temprano de esta antología, “Álbum”, escrito en 1996. En él, su protagonista (una antiheroína), se mueve por la necesidad de encontrar algo más que el mundo que le fue dado. Busca su lugar, pues donde fue arrojada al nacer no puede existir sin dañar a los demás y sin dañarse. La premisa contagia al lector y lo obliga a llenar los huecos en las elipsis que hay entre cada enunciado-fotografía. “Álbum” pertenece a la recopilación *El ejército de la luna* (TunAstral, 1998), donde comparte páginas con cuentos como “La vista fija”, en el que la necesidad de asombro del humano se vuelve trampa. La premisa en estos cuentos es la hipótesis albertochimaliana en su opuesto, es decir, una de las formas de abordarla y delimitarla: recordemos que los opuestos son de la misma naturaleza, pero de distinta magnitud. El opuesto al color rojo no es un diamante o una guacamaya, sino un color: el azul. Los opuestos se definen y dan forma entre sí.

Desde entonces, y en el grueso de su narrativa, sus personajes, para existir (ser en el mundo), necesitan otras experiencias. Independientemente de que sus vidas ocurran en lo maravilloso, fantástico o realista, necesitan algo más que el mundo que se les ha impuesto. Una muestra enunciada con gran claridad de la reversa de la premisa albertochimaliana se encuentra en “La partida”, que comienza así: “Una madre vio morir a su pequeño hijo en aquel temblor espantoso, el que destruyó la ciudad de Appa, pero no pudo resignarse a su muerte y rogó a los dioses que se lo devolvieran”. Así, la mujer se revela contra el destino. Una intención similar la acomete el protagonista de “La fortuna”, cuento no incluido en esta antología pero sí en *El país de los hablistas* (Libros del Umbral, 2001), al cual pertenece de origen “La partida”. En este otro cuento, el protagonista va con un mago para que le revele su futuro y obtener algún provecho de ese conocimiento.

*Nota 3: La voluntad del fantasista debe desengancharse de respuestas para complicar sus preguntas: la verdad una (ésta, sólo es una teoría: la verdad puede ser muchas verdades. O una verdad que es el simulacro de una verdad, que es el simulacro de una verdad, que es el simulacro de una verdad... hasta el infinito... O una verdad como un sueño que se sueña a cada paso para que el piso no se nos acabe. O una verdad que ya existe, pero no como descubrimiento humano, sino como anamnesis (la pérdida de la desmemoria, como decía Aristóteles). O muy seguramente algo distinto, insospechado. El fantasista tiene que dejar atrás cierta etapa anal en la que se niega a soltar lo que ya cree suyo: esos “saberes” que lo pueblan. Asombrarse en el asombro es negarse a ser un animal travestido de certezas. ¡Pero cómo putas los humanos vamos a afirmar que el mundo es uno, que la realidad es sólo una, si los humanos somos peces que tenemos que crear el agua donde nadamos!*

Alberto es autor de una obra y, como los átomos que son fractales del sistema solar, se constata con claridad en sus mini-ficciones. La colección *El viajero del tiempo* (Posdata, 2011), una selección de los muchos más texto publicados día con día en su cuenta de Twitter<sup>1</sup> está diseñada para que su disfrute cabal suceda en la acumulación y multiplicación de sentido que entre todas generan en la mente del lector. Por supuesto que pueden ser leídas de manera individual, pero el concepto en su totalidad es más amplio que la suma de sus partes. Cada microficción (de un máximo de 140 caracteres; me permito este ejemplo tomado de su cuenta de twitter: “El Viajero del Tiempo conoce un siglo en que la gente habla con colores. Tienen algo distinto de una boca, pero qué hermosa es cada palabra”) es hoja de una rama que nace del tronco narrativo cuya raíz es Alberto. El Viajero del Tiempo tiene mucho del personaje que se ha vuelto central en la narrativa de Chimal: Horacio Kustos. (Por cierto, me parece que Kustos descubrió en sus aventuras por lugares insólitos una máquina o un vórtice para viajar en el tiempo... Al menos yo no pierdo la esperanza de que ese cuento o novela sea escrito.)

En esta antología, Horacio Kustos está representado en “Las Ciudades Latinas”, cuento con fuerte eco de *Gente del mundo* (Tierra Adentro, 1998), libro en el que Alberto describe en cada página un pueblo insólito (*Las ciudades invisibles* de Italo Calvino reverberan en él); la narración de cada pueblo está acompañada por una fotografía que, por haberse extraviado, es narrada de manera sucinta y misteriosa. Este libro mereció el reconocimiento de lectores y de la crítica. Su primer *hit*. “Las Ciudades Latinas”, inédito hasta ahora, tiene raíces profundas en aquel libro publicado hace 15 años y con obra aun anterior,

<sup>1</sup> [twitter.com/albertochimal](https://twitter.com/albertochimal)



protagonizado por Horacio Kustos, personaje que atesora en toda su desgarrada anatomía la premisa albertochimaliana: es un aventurero de lo insólito y lo asombroso. Kustos aparece por primera vez en “Camas de Horacio Kustos”, colección de cuentos breves publicada en *Éstos son los días* (Era, 2004), aunque su gestación se remonta al 2000, según revela Alberto en su sitio electrónico [lashistorias.com.mx](http://lashistorias.com.mx). A tal grado va cobrando Kustos importancia que conquista su propio libro de relatos: *El último explorador* (FCE, 2012), y una novela: *La torre y el jardín* (Océano, 2012). En una entrevista, Alberto anuncia que Kustos seguirá su marcha de aventuras y “Las Ciudades Latinas” es constancia de ello.

*Nota 4: La imaginación, explica Hugo Hiriart en Los dientes eran el piano, no pide permiso: surge como lava de volcán. Para imaginar una mariposa de latón oxidado, sobrevolando tu cabeza, chirriando por falta de aceite, no necesitas hacer esfuerzo alguno: déjate llevar y la imaginación, que es imperativa y casi ajena, creará la visión y la audición mentales. Esto es porque la fantasía es y no es de nosotros, es individual y colectiva, es poderosa y juguetona. Tenemos que estar muy cerca de ella para comprendernos y comprender nuestro mundo: es Zeus y Huitzilopochtli, es Ulises y Gilgamesh (de tal manera es radical: por ir a la raíz, y no como derivado de lo derivado).*

Las aventuras de Horacio Kustos suelen ser maravilloso-fantásticas: el protagonista con su curiosidad invoca lo maravilloso desde el reino de la fantasía. Todorov, y otros teóricos como Roger Caillois o Louis Vax, señalan que los territorios de lo maravilloso son aquellos donde lo imposible-increíble en nuestro mundo es cosa normal en el mundo del relato (dragones o edificios con vida); en cambio, estamos en terrenos de lo fantástico cuando irrumpe lo imposible-increíble en nuestro

mundo, en la realidad consensuada de los lectores; entonces los personajes muestran inquietud y se cuestionan la naturaleza del fenómeno. En sus aventuras, Kustos suele descubrir mundos maravillosos y nos los vuelca como experiencia fantástica.

Los fenómenos religiosos (estigmas, resurrecciones) son un caso especial: se mueven en las fronteras de lo fantástico, lo maravilloso o de lo realista, dependiendo de la laicidad del escritor y de los lectores. En los cuentos y minificciones de *Grey* (Era, 2006), Alberto juega con estas posibilidades. En *Manda fuego*, los representantes de Grey son “La Pasión según la sombra” y el cuento que da nombre a la antología. En estos dos cuentos la presencia de lo suprahumano es una fuerza que no conoce la misericordia ni la empatía con los humanos. Diríamos que es burlona si dicha entidad fuera consciente de la burla, o acaso tuviera la inconciencia del niño que aplasta hormigas sin malicia. La ironía y mordacidad no recaen en una postura atea, sino agnóstica: no niega ni acepta la existencia de Dios, sólo la considera inaccesible. En estos cuentos, la exploración de la premisa albertochimaliana enfrenta al lector con los ritos extrañísimos con que configuramos la vida humana, una suerte de fe en la fantasía de la realidad. Me permito sumar esta microficción perteneciente a *Grey*, titulada “Natural”: “La imagen de Santa Mócora sangraba cada 28 días”.

En 2008 Alberto escribe un cuento donde la religión es abordada sí con humor, pero sin mordacidad. En éste, retoma la corriente maravillosa de *El país de los hablistas* pero con el camino andado tras *Grey*: “Navidades al rededor del mundo”, donde sus protagonistas, rarísimos (unos cocos), encuentran paz y sentido de vida en la fe religiosa como ruta válida para asombrarles la vida, como mecanismo para ensancharles el mundo reducido a su respectiva palmera y horizontes de la isla.

*Nota 5: Parafraseando a Philip K. Dick, la imaginación y su empleo poderoso al fantasear es la belleza de “crear mundos que se sostengan por sí mismos”. Citando a Alberto Chimal: “La fantasía no sólo nos muestra aquello que está fuera del mundo: a veces nos sirve para tener una percepción más rica, porque no se trata de darle la espalda a lo existente, sino de darle la vuelta”.*

Otra de las categorías de lo aún imposible es la ciencia ficción (por más que se pretenda alejarla de la fantasía, es una de sus ramas –una con intenciones predictivas–, y orgullosa se debería sentir de tener por madre a la fantasía). “Veinte de robots”, titulados cada uno en sistema binario y en desorden –sin duda a propósito–, es el representante más claro de la ciencia ficción, con referencia directa a *Fábulas de robots*, de Stanisław Lem. A los robots de esta colección, pobres diablos de hojalata que bailan por 20 centavos, les toca vivir las miserias y pequeños disfrutes como condena por tener por dioses creadores a los miserables humanos. Es comprensible que haya disidentes que busquen un origen más glorioso, como se explica en “oooo”.

De *Manda fuego*, probablemente “Veinte de robots” sea, en su ensueño e ironía, el texto que más abiertamente critica nuestra sociedad. En esta colección, la premisa albertochimaliana muestra no un revés, sino una placa de rayos X: sume en lo trivial lo que de suyo es asombroso y nos muestra un esqueleto graciosamente retorcido.

“Variación sobre un tema de Coleridge” puede ser asumido también como ciencia ficción: la posibilidad del viaje en el tiempo y el artilugio tecnológico que parece convocarlo (un teléfono celular), aunque, como ya comenté, toda ciencia ficción en el fondo es fantasía. En este cuento, el asombro de encontrarse ante sí mismo se constituye como una forma de asumirse en el mundo, lo que se es y no se es: un expandirse a nivel

psicológico. Naturalmente, el título refiere al escritor inglés Samuel Taylor Coleridge, quien formuló: “Si un hombre atravesara el Paraíso en un sueño, y le dieran una flor como prueba de que había estado allí, y si al despertar encontrara esa flor en su mano... ¿entonces qué?”.

Otros cuentos aquí incluidos también pueden encuadrarse como ciencia ficción, son “Se ha perdido una niña” (como una ucronía: un pasaje histórico paralelo) y “Shanté” (como una distopía: un mundo paralelo no deseable); de ellos comentaré tras la siguiente nota.

*Nota 6: Sobre la realidad como una metáfora, el filósofo Ernesto Grassi, en su libro El poder de la fantasía, da el ejemplo de la experiencia que se vive ante un paisaje. Un paisaje parece que existe por sí mismo: las montañas, las nubes, las arboledas, los lagos, etcétera. Y el gozo parece consistir sólo en sentirlos, sin mayores reflexiones teóricas. Sin embargo, el paisaje y su disfrute surgen sólo cuando nuestra fantasía ejerce, cuando permite interpretar desde nuestro momento los componentes del paisaje. Así, el paisaje se convierte en “emotivo”, “provocador”, “heroico”, “alegre”, que no son sino transferencias de significados por medio de metáforas construidas por el individuo que se siente conmovido. Una silueta, un sonido, un olor, algo que evoque en los recuerdos es el disparador para que emerja la correspondencia fantástica y el entorno “se pueble de fantasmas e incite a la poesía, a los empeños políticos, a la búsqueda científica o a las preguntas filosóficas”.*

“Se ha perdido una niña” probablemente sea el cuento más celebrado de Alberto. En él, la protagonista descubre el asombro de otro mundo y con esto la posibilidad de la rebelión hacia el que ya le fue dado. La premisa albertochimaliana en toda su extensión. Es, también, una literalización de la frase “los libros te llevan a conocer otros mundos”. Espero que la ponderación

de este cuento sobre otros del mismo Alberto obedezca a lo que es: un estupendo cuento con pinceladas de ucronía, y no al demérito que suele hacerse de los temas maravillosos, como en el estupendo “La vida perdurable” (incluido en *El país de los hablistas*), que se debería mencionar más en las críticas y reseñas del autor, subrayando el manejo de la oralidad del narrador, la certeza de los diálogos, la seducción de su trama, o de “Shanté” (perteneciente a *Estos son los días*), uno de los mejores cuentos que se han escrito en este siglo. En “Shanté” la protagonista explora el asombro como reducto para desaparecer en conciencia y aun en cuerpo. No es una salvación gozosa, como en “Se ha perdido una niña”, y tampoco es una forma del asombro como burla o manotazo divino. La protagonista decide su destino. Este cuento con trazos de distopía pertenece a las narraciones de género indescriptible que suelen englobarse en la ciencia ficción (como *Solaris* de Stanislaw Lem o *Ubik* de Philip K. Dick). “Shanté” sucede en un mundo casi como el de nosotros, donde el único reducto de sentido de vida y placer es el asombro de cierta droga que anula la existencia para dar vida a seres que llamaré “parahumanos”. En este cuento, la premisa albertochimaliana es lóbrega: los otros mundos como puerta para desaparecer y dejar lugar a otros que sí tengan voluntad de existir.

“Shanté” es el texto más extenso en *Manda fuego* y podría ser catalogado como noveleta, al menos en el mercado latinoamericano (pero los géneros son difusos: les sirven más a los críticos y a los vendedores de libros que a los escritores y a los lectores). Hasta la publicación de *Los esclavos* (Almadía, 2009), fue el texto de aliento más extenso que Alberto dio a conocer.

Lo anterior fue y es, por cierto, una subversión de Alberto, quien cimentó su obra en el cuento: género del que los editores se han cansado de repetir que no tiene mayor interés para el

mundo. Lo que piensen los editores y sus conjuros de profecías autocumplidas para el saludable género del cuento resulta absurdo, y un mentís claro es el caso del autor de esta antología. La premisa albertochimaliana en la construcción del mismo Alberto: el asombro, las otras rutas, como forma de revelarse ante el poder editorial. La rebelión en este caso es ser fiel a su ritmo y necesidades narrativas. ¿Cuántos escritores entenderán la diferencia entre expresar sus mundos y luego buscar a un editor que apueste por esa propuesta personalísima, y maquilar las necesidades de mercado impuestas por editores y mercadólogos? El resultado de igual forma será un libro y a quien lo escribió se le denominará “escritor”, pero en esencia son opuestos: uno es creador y el otro lacayo.

*Nota 7: La realidad existe, antes que nada, en la mente de las personas: es la metáfora de la fantasía; es muestra contundente de las posibilidades de significar y resignificar el imaginario. La fantasía es subversiva porque nos muestra que la realidad se puede modificar, reconstruir o derrumbar: pese a las apariencias, no está en manos de mongoloides gobernantes que se creen dueños del mundo y de sus circunstancias; hablar de la realidad es hablar de la gran abstracción que puede ser reconceptualizada.*

Algunos de los textos más emocionantes de Alberto se encuentran en el terreno del relato: la narración de un suceso cuyo motor no es la confrontación o búsqueda por obtener algo del protagonista con respecto a un antagonista (que puede ser sí mismo, otro u otros humanos, la naturaleza o Dios-destino). En sus relatos, Alberto convierte a los lectores en fisgones de lo sublime. En “Mesa con mar” y en “La catarata” Alberto pinta (como estupendo narrador: con acciones, no con el fárrago de la descripción. “Mesa con mar” ya de suyo evoca un óleo) ventanas de asombro para que atisbemos al desnudo lo que no fue dado ver

a los humanos. Es la premisa albertochimaliana incidiendo en la experiencia del lector. Amén del cuidado narrativo, Alberto lo logra porque sus ideas son originalísimas. La emoción que provocan estos relatos está ligada con una doble experiencia estética: existe arte en la narración y arte en su imaginar. Esto se constata en el grueso de su obra y más aún en el caso paradigmático de *La torre y el jardín*. Sin duda, Alberto busca imaginar lo no imaginado, conectar lo aún no asociado, en un esfuerzo continuo que le implica expandir su conocimiento del mundo para trasformarlo, multiplicarlo y ampliar las formas de multiplicarlo. Si en “La catarata” en vez de presenciar aquello que presenciamos (no quiero arruinarle al lector la experiencia de leerlo), atestiguáramos un ritual vampírico o alguno de los otros temas mil veces tratados por escritores de temas mercenarios (temas de falsa fantasía, mercenarios cuyo “ejercicio de imaginación” es recolectar lo ya imaginado), por muy bien que estuviera narrado provocaría un placer estético menos contundente.

*Nota 8: Mucho ganaría la humanidad en sueños más gloriosos si la fantasía (ese desarrollo organizado de la imaginación) fuera entendida no como una herramienta para el arte, sino como un arte en sí. Su discusión y crecimiento, claro, no sería sólo en lo narrativo, sino en todas las ramas de las demás artes y técnicas. Advertiríamos entonces cómo la parte fantástica de una pintura de Jacek Yerka dialoga con una novela de Theodore Sturgeon, con una canción de La Barranca, con una película de Fritz Lang y con la ciencia (el científico Roger Penrose en alguna ocasión propuso la existencia de entidades matemáticas con vida, seres sin materia, abstractos, cuya existencia fluye en el mundo de los números).*

Tal cual hoy es entendida por muchos de los críticos necios y papanatas, la fantasía no sólo no es arte, sino que banaliza y mengua: es una antipiedra filosofal.

Reconocer a la fantasía como un arte en sí (cuando su propuesta así lo revele) permitiría que no se le tenga que justificar con la razón, sino que se le deje de ver como simple retirada de la realidad o subordinada o criada de todo y de todos. El arte no necesita justificación y, sin embargo, es fundamental. Entenderla como arte sería invitar a que los fantasistas propongan con más ánimos en el diálogo fantástico y se superen o se pongan en su justo lugar a las repeticiones, plagios y balbuceos.

En ensayos y entrevistas, Alberto propone la implementación del término “literatura de imaginación” para denominar a la literatura de fantasía propositiva. Algo así tuvo ocasión cuando se renombró a la novela gráfica (de mayor calidad en argumentos e ilustraciones, donde sus autores expresan una visión del mundo) para diferenciarla del cómic (donde el texto y las imágenes son poco cuidados y cuya intención última es distraer un rato al lector). Alberto ha expresado que renombrarla de esta otra forma tiene por propósito utilizar un “término sin contaminar” que permita subrayar la capacidad crítica de la literatura que no se conforma con la realidad establecida. Como paradigma en nuestro país, de escritores de este tipo de literatura, Alberto asume la responsabilidad de abrir brecha para las presentes y futuras generaciones de autores. Naturalmente, la literatura de imaginación puede ser traspasada por la fantasía de arte, como en mucho de la obra de Alberto, pero entiendo que uno de los puntos medulares de la literatura de imaginación tiene que ver con usar los vuelos de la imaginación y su conformación en lo fantástico como parte medular en la especulación filosófica e intuitiva del mundo.

*Nota 9: No creer a esos burdos que dicen que “ya todo se imaginó” (lo he oído por todas partes, también en voz de escritores de imaginaciones chiquitas o en otros en cuya obra la imaginación*



*no fue o es algo medular y cometen el despropósito de divulgar ese virus) y para ello remiten a conceptos amplísimos, dicen que de la “venganza”, del “desamor”, de la “guerra”, ya escribió Homero, ya escribió Shakespeare, y recomiendan que mejor no se esfuerce nadie en imaginar, que mejor se reescriba Romeo y Julieta pero Región 4 con toques narcos... O, si de plano hay la necedad fisiológica de deyectar fantasía, que se cuide uno de no escribir de cosas “muy raras” y limitarse a perros que hablan y ya: ¡como si una venganza fuera todas las venganzas, como si un extraterrestre fuera todos los extraterrestres, como si un mundo adentro de otro mundo adentro de otro mundo, fuera siempre el mismo!*

Los esclavos, novela sobre el poder y en cuya trama la dominación psicológica y física se conjuntan en la sexualidad, es el parteaguas para sus lectores de una obra que incorpora las parafilias sexuales como motor de la historia. Dado que en la obra de Alberto la sexualidad no había sido un tema capital, un lector despistado puede imaginar que hubo una escisión en la obra de Alberto, pero esto es erróneo. Su obra no se vuelca menos tierna ni menos terrible. Esta novela y las obras que hasta el momento la preceden en esta vertiente no son eróticas, mucho menos pornográficas, y no es que ello fuera malo, pero lo importante en estas historias no es el regodeo ni el escándalo, sino la congruencia con la premisa albertochimaliana: incorpora la sexualidad (sodomismo, esclavitud concertada, zoofilia rarísima) como modo de asombro, lucha y salvación ante el mundo que ya fue dado. Sus personajes no buscan el sexo como mera descarga fisiológica: es algo más profundo, íntimo y poderoso: necesitan de eso otro para seguir siendo. Esto claramente se puede ver en “El Señor de los Perros”, el representante en *Manda fuego* de esta rama en la obra de Alberto.

Esta congruencia en la búsqueda de Alberto Chimal queda patente en *La torre y el jardín*, novela donde se conjunta todo el universo reivindicado por el asombro en lo maravilloso, en lo fantástico, en la ciencia ficción y en los recovecos de la sexualidad, y deja en claro a los lectores o críticos despistados que nunca, nunca estuvieron separados.

*Los esclavos* es una forma del realismo en Alberto, pero hay otras formas del realismo donde el asombro de la sexualidad no resignifica a los personajes. Un caso en esta antología es “El Club de los Seis”, donde los protagonistas, millonarios excéntricos y de talento ramplón, utilizan un falso asombro (uno rebuscado, no vital; pero intuyen en él cierto valor que no pueden alimentar) como tapadera para su vacío y estupidez fraguados en el poder que la sociedad otorga al dinero. Con ello, la premisa albertochimaliana explora la necesidad del asombro desde la falsedad. Otro caso parecido ocurre en “Los salvajes”, aunque al final el protagonista, pese a la tosquedad de miras generada por el poder y sus circunstancias, intuye la resignificación de su mundo, y así lo expresa el narrador: “en cuanto escapara de allí empezaría a vivir, mejor, su propia vida: una vida literaria, sí, una vida de locura y excesos, pero una vida libre: más allá de modelos, más allá de la angustia de las influencias”.

En *Manda fuego* el realismo más preclaro tiene su momento en “Manuel y Lorenzo”, cuyos personajes son seres de espíritus miserables anclados a su presente y a su pequeño poder clase-mediero. En ellos la podredumbre está motivada en buena medida porque están varados en su conformismo ante un mundo que no les aguarda ninguna sorpresa. La premisa subraya que poco le queda al humano sujetado, anclado en su malestar en la cultura, sin la salvación del asombro.

Casi en el realismo, en “La mujer que camina para atrás” los protagonistas son supervivientes de una ciudad que sabe romper o matar a sus habitantes. El momento de asombro es luz borrosa que se vuelca como clavos que fijan sus pies y manos a un tablón que flota en medio de la marea, con tiburones asechando. A diferencia de lo que ocurre en “Shanté”, ellos desean la vida y tienen la fortuna de tenerse y quererse el uno para el otro: siguen vivos en una ciudad donde nadie debería de estarlo, donde quizá nadie lo está. Este cuento permite lecturas realistas, en particular psicológicas y de coincidencias, y también otras, en particular las relacionadas con lo sobrenatural y la atemporalidad de los sueños. Aquí, la premisa albertochimaliana ofrece el entretejido de: a) un desarrollo psicológico donde las heridas se mezclan con, b) una atmósfera de pesadilla que se transforma por el momento del asombro que ancla a los protagonistas a la vida, y les exige reformularse las preguntas para retardar las respuestas imposibles o fatídicas.

*Nota 10: La fantasía, por su no-linealidad, da saltos cuánticos, se teletransporta. En el mundo concreto muchos de estos saltos son al vacío, pero a veces se llega a tierras firmes y entonces desde allí se llama a la razón y a la ciencia dura para que vayan a ese lugar al que de manera lineal se hubiera requerido un millón de años para llegar. A esto lo podríamos llamar La teoría de los cubos invisibles de Mario Bros. ¿Recuerdan a Mario Bros? A veces saltando como locos descubríamos cubos invisibles en el aire; a veces por sí mismos estos cubos eran valiosos y obteníamos de ellos monedas o el poder de arrojar bolas de fuego o de volar; o servían, no menos importante, como apoyo para llegar a lugares que de otra forma nunca hubiéramos alcanzado.*

*En 1905 Einstein asombró al mundo al formular que espacio y tiempo son un mismo fenómeno. La idea fabulosa, naturalmente,*

*primero tuvo que existir en su cabeza y probar si engranaba con los fenómenos del universo. A este engrane lo llamó la Teoría de la relatividad especial, gracias a la cual estructuró un sistema que predeciría matemáticamente asombros que se podrían constatar décadas después, como los agujeros negros, que a su vez han alimentado la fantasía en el arte. Pues bien, en la ópera Parsifal, de Richard Wagner (basada en un poema épico del siglo XIII de Wolfram von Eschenbach, también alemán, al igual que Einstein y Wagner), al final del primer acto, Gurnemanz apunta: “Hijo mío, en este reino el tiempo se convierte en espacio”. Es probable que esa fantasía insólita en Parsifal, sin duda conocida por Einstein, transformara nuestra manera de entender el universo.*

Como es de admirar el silencio narrativo de Juan Rulfo —ese escritor de la novela de fantasía *Pedro Páramo* que consideró que tras ésta, *El llano en llamas* y *El gallo de oro* no había nada que agregar a su universo narrativo—, es también de reconocer lo prolífico de la obra de un autor como Alberto Chimal, que hasta el día de hoy suma 42 años y cuya riqueza de universo parece que no se agotará.

A la par de su labor como narrador (ensayista, poeta, dramaturgo, traductor y antólogo), Alberto suma 20 años de labor docente literaria. Cientos de alumnos han tenido la fortuna de estar sentados frente a él, entre los cuales tengo la suerte de contarme. En su taller aprendí más que en ningún otro curso (ni en el diplomado de la Escuela de Escritores de la Sogem ni en ningún otro taller que he tomado), y no sólo aprendí técnica narrativa, sino el valor del esfuerzo, la ética y el respeto a la búsqueda personal.

Alberto también ha impartido talleres por internet, ha sido tutor de Jóvenes Creadores del Fonca y del *reality* literario Casa de Letras. En 2012, Conaculta, para su programa Salas de Lecturas,

publicó *Cómo empezar a escribir historias*, un amplio manual escrito por Chimal para aquellos que se inician en la narrativa.<sup>2</sup>

Además, desde hace años, mes con mes convoca a un concurso de minificción en su portal web *Las Historias*, en el que, apoyado con su cuenta de Twitter, comparte consejos y hallazgos literarios. Y en el tiempo que le resta entre la escritura y su portal tiene ocasión de prologar libros y presentarlos, muchos de ellos de escritores debutantes. No conozco ningún otro escritor reconocido, sea mexicano o de otro país, tan generoso ni que realice tanta labor gratuita y de cercanía con los que empiezan. En realidad el medio literario suele ser mezquino: ocupado por el estatus y la visibilidad entre los pares o los superiores.

El último texto de esta antología es “El Señor Perdurabo”, la actualización de un texto autobiográfico publicado por primera vez en *Trazos en el espejo. 15 retratos fugaces* (Era, 2011), donde dicho número de escritores comparten sus experiencias. Esta autobiografía, emocionante a varios niveles, nos da luces sobre el esfuerzo en la fragua de lo que es Alberto Chimal como escritor y como ser humano; indicios claros de la urgencia salvadora de la premisa albertochimaliana en su propia existencia. Los otros mundos, las otras formas: el asombro como luz, premisa y motor para construir sus días y sus noches, sus historias y a sus lectores.

ÉDGAR OMAR AVILÉS

Marzo de 2013

<sup>2</sup> Se puede descargar en versión PDF en [www.salasdelectura.conaculta.gob.mx/pdf/cuaderno09\\_comoescribirhistorias.pdf](http://www.salasdelectura.conaculta.gob.mx/pdf/cuaderno09_comoescribirhistorias.pdf)



Uno





## LAS CIUDADES LATINAS

*A, la de las muchas entradas: sus murallas están hechas de puertas y los habitantes tienen –se ignora si pintada o no– una ventana en la frente.*

*B, que está montada en gigantescas plataformas de madera, tiradas por animales de carga, yendo y viniendo por la planicie.*

*C, cuyos sabios han logrado el control de la luz: la gente puede vestirse de blanco y brillar como una supernova, o confundirse con las sombras de la noche más oscura, o ser arcoiris.*

*D, la deslumbrante, la devastada, la dividida, la dorada, la durable, la desesperada o, más probablemente, la desconocida.*

|

Horacio Kustos vino en busca “de las famosas Ciudades Latinas”. Lo recibimos en la única posada del pueblo. Digo que lo recibimos porque alguien debía acompañar a Septimio, mi hermano. Es el alcalde, con lo que continúa la tradición familiar desde el

siglo x, pero lo elegimos y lo postulamos únicamente porque es tímido y nunca quiere meterse ni (de hecho) hablar con nadie.

Yo me encargué, pues, de la conversación. Nos sentamos en la mesa en la que solía sentarse la abuela Flavia hasta el año pasado, cuando se cayó en la zanja y se rompió el cuello: su cara larga y sufrida nos veía desde el retrato suyo que Valerio, el posadero, hizo enmarcar y colgó de la pared tras el accidente. Todos sabemos que los dos estaban enamorados sin esperanza desde los años sesenta, pero como nunca se dieron ni un beso –los diferentes guardias que tuvo la abuela coinciden invariablemente en esto– el prestigio de la familia no estuvo jamás en entredicho y no emprendimos acción alguna contra él. Septimio miraba el retrato para no ver a Horacio Kustos a los ojos.

Ahora he hecho averiguaciones y tengo entendido que Kustos –un tipo flaco, barbado, con un aire nervioso– suele presentarse como lo hizo con nosotros, es decir, como un explorador o un investigador: un hombre interesado en hallar y documentar lo extraño, lo raro, lo inusitado, y luego difundirlo.

–He estado en México y Ulan Bator, en Hollywood y Shangri-La (que no es exactamente lo que dicen, pero no importa)..., y en todas partes he podido hallar algo nuevo, y de todas he vuelto con historias.

Entonces sólo pensé que el suyo debía ser el trabajo más absurdo en esta época y se lo dije. Él empezó a explicarme no sé qué acerca del valor de lo que descubre, pero no le hice mucho caso.

Luego, en lugar de callarse, Kustos pasó a hablar del misterio (así dijo) de las Ciudades Latinas, que desde luego están a miles de kilómetros de Italia, que nadie admite haber visitado, en las que se habla el latín “que es lengua muerta”, dijo, “o al menos lo es en todo el resto del mundo”, y que tienen, todas, nombres de una sola letra:

—Cada vez que encontraba alguna otra información sobre ella, pensaba lo mismo: ¿cómo serán semejantes lugares?

*La ciudad prostibularia de E se llama así por consenso de sus facciones gobernantes: primero pensaron en Éxtasis, Erótica, Edén.*

*En la ciudad de F todos los nombres –de personas, de lugares, de objetos– son cadenas aleatorias de números y letras: fórmulas –de aquí el nombre– que sólo los dioses han de descifrar.*

*G sería (dicen) la ciudad de los gatos (los animales o los sirvientes), que gobernarían sin que se diera cuenta la gente de las grandes casas y los edificios de gobierno.*

*La ciudad de H tiene un habitante, que nadie ha visto ni escuchado: se afirma que existe porque “arroja basura o muebles a los visitantes” desde lo alto de los edificios vacíos.*

## II

—Los recuentos que hay son de lo más lacónico. Parecen escritos por un aforista. Los vi primero en internet...

Le dije que aquí no tenemos esos aparatos. Que somos una comunidad conservadora y orgullosa de serlo.

—¿Qué aparatos? —contestó— Bueno. Suelo encontrarme con lugares escondidos o de historia muy mal documentada pero esto, pensé, es absurdo. No es posible que no haya absolutamente nada salvo unos pocos textos brevísimos. Entonces me dije: hay que ir.

Afuera de la posada, los niños de la Escuela Única hacían sus ejercicios diarios, marchando primero de norte a sur formados en falange y después de sur a norte formados en legión (desde luego, formaciones a escala, por así decir, pues no tenemos los miles de niños que serían necesarios para crear una falange o una legión como las de los tiempos clásicos).

Me conmueve mucho, desde siempre, ver los altos penachos de los cascos y las lanzas con punta de acero. Esa vez me abrumó como pocas el recuerdo de mis propias batallas campales, los gritos de victoria, la firmeza de los saludos marciales, el olor de la sangre. Por esto me distraje un momento y no pude interrumpir a Kustos, que siguió hablando:

—Curiosamente, además de lo escaso y lo poco difundido de los datos disponibles, estaba el hecho de que un grupo raro de ciudades no parece gran novedad en los círculos en los que yo me muevo. Es decir, nadie de mis colegas mostró mucho interés cuando fui a preguntarles si sabían algo de esto. No son tan raras las ciudades así, me decían. Y, sin embargo, yo no podía quitarme éstas de la cabeza. Algo distinto tienen, pensaba. Y ahora, bueno, es verdad: para empezar, estoy hablando latín con usted...

—No muy bien —le dije, porque sus declinaciones eran espantosas.

—¿No hay algún lugar donde den clases de latín para extranjeros? Sólo poder tomarlas sería una gran experiencia. Disfruto mucho las clases de idiomas y no soy mal alumno:

además de las lenguas más habituales sé esperanto, volapük, arahuá, tokipona, tasmanio, xulsolar, bora-witoto...

*I es, de hecho, una altísima torre: cada persona ocupa un piso de dos por dos metros, del que debe salir con gran riesgo si desea hacer una visita.*

*J es la ciudad de los callejones curvos como cuchillos, donde mueren tantos. No se sabe si los callejones fueron primero que los asesinatos o si –al contrario– los asesinos perfeccionan con los siglos el lugar de su residencia.*

*Todo recién nacido en K es llevado al Registro Civil para que un juez ponga en actas la causa secreta de su arresto cuando crezca.*

*L se llama así por el aspecto que tiene desde lejos La Pared, que es su única construcción, y los eleanos que viven a su sombra.*

### III

—Aquí no hay escuelas para extranjeros –dije–. La verdad, y no se ofenda, es que no nos gustan.

En este punto Septimio dijo algo, pero él no es capaz de hablar sino en murmullos (otra de las razones por las que es un excelente alcalde: mis hermanos y yo, debo reconocer, agregamos

a la arrogancia y el egoísmo familiares una tendencia a discutir a gritos, y no soportamos que nadie se inmiscuya en nuestras charlas ni nuestros negocios).

—¿Qué dice usted? —le dijo Kustos.

—Habla bien —le exigí yo.

Tuvo que pasar un rato, sin embargo, para que lográramos entenderlo: la segunda vez Septimio habló todavía *más* bajo, la tercera se sonrojó y ni siquiera pudo abrir la boca, y así durante otros 10 o 12 intentos. Nunca ha podido expresarse normalmente. Cuando íbamos a la escuela tuvimos un profesor de física por algunos años, y entonces dimos en llamar a Septimio *la Partícula Suspendida*.

Tuve que amenazarlo con azuzar al primo Plauto —actualmente nuestro jefe de policía— para que lo golpeará, como lo hacía casi diariamente cuando éramos jóvenes. Septimio no suele decir nada interesante, pero Kustos se veía muy interesado en él... y, aunque Kustos tampoco me interesaba mucho a mí, las reglas de la hospitalidad entre nosotros son las que son desde la Invasión Circasiana-Melanesia, y no pudieron con ellas las pestes de 900, 1324, 1558, 1789, 1925, 1977 y 2004 ni la Rebelión Edgariana ni las otras invasiones del mundo exterior que hemos tenido desde antes de todo esto, de manera que no seré yo quien incumpla las reglas que le han dado el poder a mi familia, Zeus y Dios me libren.

—Así que si te vas a comportar como un maricón o una mujercita —le expliqué a gritos, pero en el fondo amablemente, mientras lo sostenía de la camisa— y no vas a expresarte como los hombres...

—Dije —murmuró al fin Septimio de forma inteligible; tenía la cara hinchada y roja— que no seas grosero con nuestro visitante.

Sentí cómo la cara se me hinchaba y se me enrojecía.

—Es más —prosiguió Septimio—. Creo que deberías contarle toda la historia.

*El fundador de M, autor de crímenes terribles, dio su nombre a la ciudad. Será un refugio para otros, dijo, donde puedan vivir en paz y perseguir sus sueños.*

*M, la de los gritos incesantes.*

*Nadie sabe si la ciudad de N existe realmente o si es, quizá, otra ciudad, con otro nombre, disfrazada.*

*La ciudad de Ñ no está donde dicen: a esa distancia en ese camino. Unos piensan que no existe. Otros, que sus habitantes existen y se reconocen únicamente por la lengua que hablan.*

*En la ciudad de O hay gente obesa y delgada, por supuesto: lo que los une es su vida circular, que empiezan y terminan como bebés.*

## IV

—¡Hay una historia y todo! —se alegró Kustos, y su mal latín me sonó como la voz de Aníbal ante las puertas.

Yo me puse a gritar con más vigor, con el fin de criticar la indiscreción de Septimio. Luego lo agité un poco, arrastrándolo de un lado a otro del local y derribando todo a mi paso. Tres

muchachitos salieron de un cuarto contiguo y comenzaron a vitorearme: eran Donte, Natalio y Justino, los nietos del posadero, que sólo se mesaba la barba y los pocos cabellos que le quedan.

Después de un rato recordé las reglas de la hospitalidad entre nosotros, las que son desde la Invasión Circasiana-Melanesia, etcétera, y dejé caer al suelo a Septimio. Kustos se acercó para ayudarlo a levantarse. Su actitud era tan solícita que me hizo pensar algo rarísimo: que mi hermano le inspiraba, sobre todo, piedad. Me pregunté si sería una actitud generalizada en el país del que Kustos proviene (no sé cuál es: parece que nadie lo sabe) o una afectación exclusivamente suya. ¡Y pensar que su nombre es de origen griego!

Valeriano, el posadero, trajo un paquete de primeros auxilios (y Kustos habló de un *kit*; ¡ahora usaba una palabra bárbara!) para curar un par de heridas sin importancia de Septimio.

—¿Ser alcalde no conlleva un poco de respeto?

Pensé que era una pregunta absurda, pero lo que dijo a continuación —y con una voz tenue pero más clara que nunca antes— me sorprendió aún más:

—Yo sólo acepté porque les tengo cariño. No esperaba que me trataran como lo han hecho. Y tenía otras aspiraciones en la vida, ¿sabes?

¿De dónde venían semejantes quejas? ¿Cuándo había tenido nada más que afecto por parte de todos en la familia, a pesar de ser quien era? Septimio no continuó porque Kustos estaba terminando el par de puntadas que su segunda lesión había requerido, de modo que yo aproveché y dije:

—En vista de que mi hermano no sabe quedarse callado, y, por otra parte, de que no tiene importancia que usted sepa o deje de saber estas cuestiones...

Y Kustos entendió que le contaríamos más:



—Lo primero que necesito saber es cómo llegaron ustedes hasta acá. Están más cerca de Kuchisake-onna que de Paraxiphos. ¿Emigraron de Europa? ¿Aprendieron el latín de gente que vino de allá? ¿Lograron borrarse de los mapas, o nunca estuvieron en ellos? Me refiero, claro, a los mapas... “oficiales”, es decir, de los..., los que se utilizan en el mundo “conocido”... No sé si me explico...

*P tiene famas diversas: buenas (premios) y malas (perversiones). Los peanos no revelan la verdad tras sus puertas, tan pesadas.*

*Unos llaman a Q ciudad superflua, construida porque sí, prescindible. Sus cielos, sus cafés y sus pesadillas son únicos en el mundo.*

*Otras ciudades temen a la gente de R: piensan en sus gorros rojos, sus perros, sus risas, su gusto por la guerra.*

*¿La ciudad de S fue fundada por serpientes, como dicen? En lugar de plaza central tienen un herpetario, al que van sus ancianos y ya no vuelven.*

## V

Pasó un rato antes de que Kustos se cansara de hacer sus preguntas. ¡Qué tipo insaciable! Jamás he comprendido la curiosidad.

—No sabemos todo lo que quiere saber —le comenzó a responder Septimio, mientras Valeriano limpiaba los restos de mi breve ataque de indignación y sus nietos nos servían vino, pan y queso; con un gesto les había indicado que no sirvieran del mejor, porque esa noche teníamos prevista una fiesta y nos haría falta—, pero hay más que usted debería saber. ¿Tiene con usted esas noticias que leyó y que lo trajeron hasta aquí?

Horacio Kustos sacó de su mochila de viajero —hecha de cuero vil pero resistente— una hoja de papel doblada en cuatro. La desplegó y leyó.

—¡Realmente es muy poco!

—En internet todo tiende a ser así, brevísimo.

—¿Internet es un lugar? —intervine yo— ¿No decía usted que era un aparato?

—Es un poco más complicado que eso...

—¿Es hermoso lugar? —preguntó Septimio— ¿Interesante?

—Después podemos conversar sobre el tema —dijo Kustos—, se los prometo —y sonrió. Su sonrisa me pareció forzada. Septimio puso una cara que aún hoy no sé exactamente cómo describir y (estoy seguro) le guiñó el ojo a Kustos.

En aquel momento no le di mayor importancia a nada de esto, porque seguía escandalizado por el rumbo que había tomado aquel encuentro (que no debía haber sido más que una formalidad) y desde luego no sospechaba lo que iba a suceder después.

—Usted debe saber ahora mismo —continuó mi hermano— algo que esas noticias no dicen. ¿Nota usted cómo todas las ciudades comienzan con una letra del alfabeto latino?

—Claro.

—Del clásico, del fundamental...

—Excepto la Ñ.

—Sí, excepto la Ñ, que es de un idioma distinto, si no me equivoco —dijo Septimio.

—El español —dije yo—. Un híbrido de latín y alguna lengua bárbara.

No me hicieron caso.

—Lo que sucede —dijo Septimio— es que Ñ existe también, pero en otro lugar: no está, como las otras ciudades, a lo largo del camino del sur, el que puede ver desde aquí...

—¿Esa deberá ser mi ruta?

—Sí, pero no se distraiga. Escuche. Más allá del camino del sur hay otros. Y hay más ciudades a lo largo del camino. Una es Ñ. Otra es Ç.

—¿Cuál? —dije yo, y otra vez no me hicieron caso.

—¿Ç? —dijo Kustos.

—Y hay más aún, más remotas: Ŵ, Ĩ, Æ, muchas más. Varias de ellas tienen su propio nombre común: se les llama las Ciudades de San Cirilo... Y todavía más allá, están las ciudades que provienen enteramente de otros sistemas de signos: las Ciudades Chinas, las Ciudades Japonesas, las Ciudades Egipcias. ¿Entiende usted, Horacio? Este es el país de la escritura humana, podríamos decir, y es vasto. Yo no conozco las ciudades más remotas y, probablemente, no me las podría imaginar...

*Sólo es posible llegar a T por tren y el servicio está hecho para que nadie llegue. Quien lo logra es visto mal: "Iluminado", dicen.*

*De U sólo es posible regresar. Qué misterio.*

*V está de fiesta desde el siglo quinto: nadie recuerda qué triunfo se celebra. Únicamente los turistas no llevan gorro de papel.*

*W fue levantada en una caverna: despierta con luces eléctricas y el ulular de las bestias de lo profundo, que nadie ha visto.*

## VI

No sólo siguieron hablando después de esto. No sólo comenzaron a intercambiar historias de viajes, de sitios raros de aquí y de otras regiones, y a entusiasmarse grandemente con eso. No sólo Valeriano y sus nietos dejaron de trabajar en cierto momento para oírlos. Además:

—La tarea es bastante larga, entonces —dijo Kustos—: Recorrer el camino del sur y todos los que van más allá. Ver todas y cada una de las ciudades.

—Pero es un viaje que vale la pena para alguien como usted, ¿no es así? —dijo Septimio.

—Seguro que sí. Me tendrá ocupado un largo rato.

—¿Es una vida agradable, la suya? —preguntó Septimio.

—Bueno... —empezó Kustos.

—Ha de ser interesante —apuntó Valeriano—. Muchas oportunidades de divertirse. Una mujer en cada puerto, como los marineros...

—¡Oiga...! —dije yo. Una vez más no me hicieron caso.

—Tiene sus momentos buenos y sus momentos malos —dijo Kustos—, pero yo no la cambiaría por nada.

—Usted —dijo Septimio— me da una impresión rara. Me parece movido por ese deseo de conocer cosas del que nos habló al comienzo. Me parece que no tiene otro fin, que no podría hacer otra cosa. ¿Se ha encontrado con gente así en sus viajes? Gente que de pronto descubre que no desea estar en donde está, que quiere salir al mundo...

Se detuvo por un momento pero luego continuó:

—Si tuviera un guía que lo acompañara, que lo encaminara al menos por el camino del sur...

—Me sería utilísimo.

—¿Cuando acabe volverá a los lugares de donde vino? ¿Visitará otra vez México, Ulan Bator, Hollywood, Internet?

—Internet no es un lugar —dijo Kustos, muy despacio—. No como los otros. Pero le podré explicar luego, si gusta...

En este momento ya había entendido que algo se me escapaba, pero la inquietud, sobre todo, me hacía sentir molesto. Miré por la ventana hacia el camino, me di cuenta de que ya estaba anocheciendo e interrumpí la conversación. Kustos ya había obtenido toda la información necesaria para proseguir su viaje, dije, y lo mejor era que dejara de ocupar nuestro tiempo con preguntas ociosas y, quizá, hasta impropias.

—Aunque este pueblo es mucho más pequeño que las Ciudades Latinas, es tan antiguo como ellas: tiene el nombre de Coma, desde su fundación..., y ese nombre puede ser modesto, pero no carece de dignidad... Y ahora usted viene con sus historias de otros lugares a decirnos que el mundo entero es más magnífico que nuestra propia tierra y sólo se lo tolero por las leyes de la hospitalidad..., porque es claro que usted tiene una intención aviesa y disolvente con todos esos cuentos...

—¿De *qué* estás hablando, Teodoro? —me interrumpió Septimio.

Me quedé callado. Debo decir que tampoco lo sabía exactamente y me impulsaba el enojo. Ordené a Valeriano que diera un cuarto a Kustos y me levanté. Septimio se levantó también. Me despedí por los dos y nos retiramos. Media hora después volvimos, porque la fiesta que habíamos organizado con hermanos, primos y todas las prostitutas de Punto sería en la misma posada. Kustos no apareció.

Al día siguiente, tampoco apareció Septimio. Lo esperamos en la casa de gobierno, como siempre, pero no llegó. Como todos teníamos una resaca terrible, y de hecho llegamos después del mediodía al edificio, pensamos que Septimio podría estar igualmente deshecho tras la fiesta, pero no se presentó durante la tarde ni al caer la noche. Fuimos a buscarlo a su casa y en vez de encontrarlo a él hallamos una carta suya, en sobre lacrado, que no citaré aquí.

Tras leer corrimos inmediatamente a la posada, pero Horacio Kustos (nos dijo Valeriano) se había marchado desde temprano. Hacia el camino del sur, sí. Con su mochila y todas sus cosas, sí. Acompañado, sí.

—Hablabas y hablabas de esos sitios de nombres raros —dijo Valeriano—. Internet y los otros. Y Kustos se sonreía. Lo último que le oí decir es que sí, con gusto lo llevaría a alguno de ellos. Cuando volvieran.

*A algunos les parece raro, pero X es la más famosa ciudad monogramática. Historias de sus torres variables y su Plaza Despejada se asignan a muchas otras ciudades.*

*En Y, cuando una persona elige entre dos alternativas puede optar por ambas a la vez. Esto ocasiona que el universo se bifurque o, al menos, que lo hagan la ciudad y sus cercanías. Los viajeros que la miran de lejos describen a la ciudad –al conjunto de las incontables ciudades– como un árbol inmenso, luminoso.*

*Z está en el extremo de la Última Península, ante el Mar-Que-Se-Dobla. Mucha gente va allá para terminar novelas, o para morir.*

[2013]





## LA CATARATA

Al bebé, pequeño, frágil, su cabeza todavía desnuda, lo tienen ya sobre la pila. Está despierto: siente la humedad, intuye el frío que cala a la piedra aunque no los conozca ni sepa nombrarlos. Los padres, de pronto, parecen indecisos. Pasan segundos. Los mira el sacerdote. Nosotros, amontonados, quitándonos la palabra en murmullos temblorosos, trepidamos, especulamos. ¿Qué harán? ¿Le irán a poner (después de todo) Hermenegildo? ¿Le pondrán Óscar, Diocleciano, Ramachandra? ¿Piotr, Leonardo? ¿Humberto, Lloyd, Sabú, Carlos, Antonio, Werner, François, Pendelfo, Abderramán, Fructuoso, Berengario, Clodomiro, Florián, Jasón, Guglielmo, Lee, Clark Kent, Martín Lutero, Rocambole, Cthulhu...?

—Mauricio —dicen.

—¿Qué?

—Ya dijeron Mauricio.

—¿Mauricio?

—Y Alberto. De hecho, Mauricio Alberto.

—¿*Mauricio Alberto*?

—¿A qué horas? —y algunos no lo quieren creer, se demoran en la negación, pero es verdad: el agua del cuenco se derrama sobre la piel tan joven, y todos caemos con ella, todos desesperados, todos queriendo nadar con al menos una ilusión de bracitos y piernitas, de fuerza corporal y en verdad

de cuerpo, y como no tenemos, no nos queda sino seguir para abajo, cada vez más rápido, hasta dar con la frente que no entiende nada, y a la que sólo Mauricio, el muy detestable, y el perro de Alberto, se pueden asir con las garras que les dio el rito, y se vuelven marca en el cuerpo y se vuelven el niño, y nos ven a todos los demás mientras resbalamos, rechazados; mientras volvemos, todos, Óscar, Diocleciano, Ramachandra, Piotr, Leonardo, Humberto, Lloyd, Sabú, Carlos, Antonio, Werner, François, Pendelfo, Abderramán, Fructuoso, Berengario, Clodomiro, Florián, Jasón, Guglielmo, Lee, Clark Kent, Martín Lutero, Rocambole, Cthulhu, Peter, Terencio, Goran, Emil, Cuauhtli, todos los nombres que volvemos en la catarata pequeñísima hacia el fondo de la pila, el fondo de los recuerdos y las posibilidades, a dormir hasta la siguiente ceremonia.

Mauricio es “oscuro” y Alberto es “brillante”; la elección, nos decimos, tiene su poesía:

—Aunque el conjunto suena horrible.

—Espantoso.

—¡Lo van a hacer un desdichado! —grita Belerofonte, pero los padres y Mauricio Alberto, que ya se van, no pueden escucharnos. Nuestras voces son el rumor del agua que se agita. Abajo, más en lo oscuro, laten los sueños y los monstruos.

[2006]

## SE HA PERDIDO UNA NIÑA

Cuando la hija de mi hermana cumplió 13 años, en 1998, yo olvidé comprarle un regalo. Peor aún, me acordé una hora después de que empezara la fiesta. No tuve más remedio que ir a mi librero: como hice un semestre de letras, mucha gente cree que me gusta leer y me regala libros, que luego yo regalo. Así he salido de apuros muchas veces.

Lo malo fue que nunca había ido a mi librero en busca de algo para una niña: tuve que buscar durante otra hora, y por un rato pensé que tendría que elegir entre un juego engargolado de fotocopias de *La muerte de Superman* (en inglés), un manual de autoconstrucción y *La isla de los perros* de Miguel Alemán Velasco. La verdad es que tampoco acostumbran regalarme libros para niños.

Entonces, en el estante más bajo del librero, detrás de los dos tomos que me quedaban del Diccionario Enciclopédico Espasa, encontré otro libro, de color rosa mexicano, con una flor y una niña con alas en la portada. Así fue como Ilse (la hija de mi hermana) recibió un ejemplar nuevecito, o casi, de *Se ha perdido una niña*, escrito por una tal Galina Demikina y publicado en español, en 1982, por la Editorial Progreso de la URSS.

Como llegué cerca de las 10 de la noche, cuando ya se habían ido todos, mi hermana se disgustó, y no sirvió de nada que me disculpara ni que le dijera que el libro era muy bueno.

—¿Lo leíste siquiera?

—Bueno..., no, pero esos libros siempre eran muy buenos. Había muchísimos cuando existía la URSS, ¿te acuerdas? Los vendían en todas partes...

Pensaba improvisarle algo sobre que el libro le iba a servir a Ilse para que conociera cómo se vivía en la URSS en aquellos tiempos o algo así, cuando ella, es decir Ilse, llegó, abrió el libro, se puso a hojearlo y casi de inmediato me dijo:

—Está padrísimo.

—¿Qué? —le dije.

Y ella me dio las gracias. Por un momento no entendí de qué me daba las gracias.

Varios días más tarde volví a ir a la casa de mi hermana. Ella me reclamó que fuese tan despegado (siempre dice lo mismo), pero también me dijo que Ilse estaba muy contenta con el libro. Resultó que no era de la vida real en la URSS: era un cuento, de esos impresos con letra grande, y se trataba de una niña que visitaba un mundo fantástico. Sólo ella podía hacer el viaje y los demás no entendían nada.

—Ah —dije, y mi hermana se dio cuenta de que no me interesaban los detalles, así que me dio más: la niña se perdía en ese mundo, en el que se había metido a través de un cuadro y en el que vivía gente muy amistosa o duendes o algo parecido. Había una rosa que tenían que cuidar, como en *La Bella y la Bestia*. Al final aparecía el tío de la niña, que era pintor pero también una especie de mago (él había hecho el cuadro mágico, pues), y el final era feliz. El mensaje del libro era como una “reflexión” sobre la familia, pero también sobre el mundo verdadero, y sobre el arte y los artistas...

—Ah —repetí, y no pude recordar cómo había llegado aquello a mi librero, pero me alegré de no haberlo leído.

—Le encantó —dijo mi hermana—. Todo el día está hablando de lo mismo.

Y entonces me metió al cuarto de Ilse y me habló en voz baja, como siempre que va a pedirme algo. Lo único malo de todo el asunto, me dijo, era que Ilse, de tan entusiasmada, estaba escribiendo una carta a la editorial.

—¿A dónde?

Mi hermana me mostró la siguiente nota, que estaba al final del libro:

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida si le comunica usted su opinión del libro que le ofrecemos, así como de su traducción, presentación e impresión.

Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección: Editorial Progreso. Zúbovski bulvar, 17.  
Moscú, URSS

—Ah —dije una vez más.

—¡Quiere mandarles una carta! —dijo mi hermana.

—Ya entendí. ¿Qué tiene?

—¡La URSS ya no existe, Roberto!

(Me llamo Roberto.)

—¿Y? —dije— ¿Qué más da? No creo que sea mucho gasto un sobre...

—Pero es que yo ya le dije que la carta no va a llegar a ningún lado, ya le expliqué todo eso, lo de la URSS, y no me hace caso. Me tendría que haber hecho caso.

Admito que no entendí.

—Es una niña, Sara —mi hermana se llama Sara.

—Tiene 13 años —respondió ella—. A ti no te gustaba que te dijieran niño a los 13 años.

—No es lo mismo —dije—. Yo... Bueno, está encaprichada, pues.

—¿Pero por qué? Nunca le ha gustado leer, ni nada...

—Es bueno que lea, ¿no? —respondí, y le aconsejé que la dejara hacer lo que quisiera.

—Roberto, es que es muy raro, te digo...

—No le hace daño —la interrumpí.

(En realidad yo soy menor que ella, y siempre soy el que tiene que ayudarla en todo.)

Al final, mi hermana me forzó a esperar que Ilse volviera de la escuela para explicarle que la URSS había sido un país socialista, formado por Rusia y otras regiones cercanas que se habían unido después de la Revolución Rusa de 1917, pero se habían vuelto a separar en 1991.

—Cuando tú tenías seis años —le dije.

Y resultó que Ilse realmente no veía ningún impedimento para que su carta llegara a los editores de *Se ha perdido una niña* y, tal vez, hasta a la misma Galina Demikina.

—El libro está padrísimo —dijo, y agregó algo como que su carta no podía no llegar. Yo no quise acompañarla a la oficina de correos, pero tampoco le importó demasiado.

Y el problema, desde luego, fue que su carta sí llegó.

O que alguien se tomó la molestia de responder, desde Moscú o desde algún otro sitio, con una carta en un sobre con la dirección de Editorial Progreso, Zúbovski bulvar y todo lo demás, y estampillas que decían CCCP.

—Es decir —le expliqué a mi hermana y a Ilse, en cuanto pude ir a verlas—, SSSR pero en el alfabeto cirílico, o sea URSS

pero en ruso... Vaya, las siglas de la URSS en idioma ruso son SSSR, y las letras SSSR en alfabeto ruso...

—Ya entendí —me interrumpió Ilse, y se fue.

Pero eso sí, estaba como loca por la dichosa carta, aunque no pasaba de un par de frases de agradecimiento. Pensé que se parecía demasiado a su madre; entonces ella (es decir, mi hermana) me dijo que el tipo que había escrito la carta hablaba de la URSS.

—¿Ah, sí?

—En la carta dice URSS —me explicó ella—. No puede ser.

—¿Qué no puede ser?

—¿Qué no entiendes? Te estoy diciendo que este tipo...

—¿Quién?

—El de la editorial, el que firma la carta.

—¿Cómo se llama?

—¡No importa! Te digo que ese tipo habla como si no hubiera pasado nada... Como si la URSS todavía existiera, pues.

—A lo mejor tiene síndrome de Alzheimer y no se acuerda —bromeé.

La discusión que siguió fue muy desagradable. Por otra parte, mi hermana tenía razón. La carta terminaba así: “Si alguna vez tienes ocasión de venir a la URSS, no dejes de visitarnos. Nos entusiasma conocer a nuestros lectores de todo el mundo, y Galina Demikina, la autora de *Se ha perdido una niña*, de seguro se alegrará al saber de ti”.

Luego vino la segunda carta de Ilse, agradeciendo la que le habían enviado. Mi hermana me llamó y me dijo:

—¿Qué hago, Roberto? ¿La dejo que la mande?

Le dije que sí.

—Ni modo que no. No es nada malo.

—¿Qué tal si, no sé, si es un perverso?

—Por favor, la URSS está muy lejos...

—¡La URSS no existe! —dijo mi hermana.

—Más a mi favor.

Luego vino la segunda carta de la editorial, con un catálogo de novedades de 1998.

—Ahí está —dije yo, más tranquilo.

—¿Qué?

—La explicación, Sara. La Editorial Progreso existe todavía. Estará privatizada o será del gobierno ruso o algo, pero existe.

—Pero el catálogo dice URSS.

—A lo mejor es viejo.

—Pero es de este año.

Yo empecé a decir que los rusos siempre hacen las cosas con mucho avance.

—¿No te acuerdas? Nos lo enseñaron en la secundaria: los planes quinquenales. Todo lo hacen con 15 años de adelanto..., o cinco...

—¿Y también hacen los catálogos de las editoriales? —me preguntó mi hermana —Además, eso de los planes era de los socialistas.

—¿No tendrán eso todavía en Rusia?

—Pero le hubieran puesto..., no sé, algo, una etiqueta para tapar el “URSS” y poner “Rusia”.

—No sé, no han de tener dinero para eso... En serio, Sara: si lo hicieron por adelantado... Ahorita Rusia está arruinada, es como aquí, todo está lleno de narcos, de políticos corruptos...

Luego Ilse quiso encargarse, por correo, otro libro de Galina Demikina que estaba en el catálogo, titulado *La historia del señor Pez*, pero como mi hermana estaba muy nerviosa por todo el asunto le dije que no. Y se armó una escena de esas horribles:



—Yo no voy a pagar ese libro.

—¡Mamá, por favor!

—Haz lo que quieras. Ya dije.

—¿Pero por qué no?

—Pues... porque no. Porque no está bien.

—¿Pero por qué no está bien?

Y aquí mi hermana cometió su primer error, porque perdió los estribos.

—¡Porque no quiero que lo pidas! ¡Punto! ¿Me entiendes? No lo vas a pedir.

Y su segundo error: que se arrepintió y dijo:

—Ay, Ilse..., Ilse, mira, es que quién sabe a quién le estás escribiendo, yo no..., esto..., es muy raro, no entiendo...

Siempre los comete en el mismo orden.

El único libro que he comprado es uno de cómo criar a los hijos, para ella, pero tampoco le gusta leer.

—Nunca me dejas hacer nada —murmuró Ilse con una voz que, según mi hermana, nunca le había escuchado antes.

Ella preguntó:

—¿Qué fue lo que dijiste?

—¡Te odio! —le gritó Ilse, y se fue corriendo. El libro llegó uno o dos meses más tarde, a principios de 1999.

Cuando me enteré y fui a verlas, Ilse me recibió con un abrazo y me aseguró que el libro era tan bueno como *Se ha perdido una niña*. Me sorprendió tanta efusividad (luego me enteré de que a todo el mundo le hacía la misma fiesta), y más aún me sorprendió que leyera tan rápido: el libro tenía sus buenas 300 páginas, y hasta el año anterior Ilse había leído lo que le dejaban en la escuela y absolutamente nada más.

Por su parte, mi hermana seguía yendo a su trabajo, haciendo la comida, lo de todos los días, pero estaba mal. Deprimida:

estaba engordando, tenía ojeras, todo el cuadro. Siempre le pasa lo mismo.

Así que la seguí por la casa (ese es otro síntoma: se pone a limpiar todo como loca, una y otra vez) hasta que la acorralé:

—A ver, Sara, ¡ya! ¿Qué tienes?

—Es que no entiendo —me contestó—. Ilse...

—Ilse ya no es una niña, Sara.

—¡Es que no es posible, Roberto!

—¿Qué no es posible? —dije, y mi hermana me contó que, en el último mes o dos meses, había ido tres ocasiones a la oficina de correos, a preguntar por los envíos a la URSS, y nadie había podido explicarle nada; luego había ido a la oficina central, es decir la del centro, y lo mismo; luego al aeropuerto, a donde llega el correo aéreo, y lo mismo; luego a la embajada de Rusia...

Ahí no la dejé continuar.

—¿Fuiste a la embajada de Rusia? ¿Fuiste? ¿Estás loca?

—Nadie me quiso decir nada, Roberto. Les dije que me dejaran hablar con el embajador, con alguien...

—¿Y te recibieron?

Creo que no entendió que me estaba burlando.

—Según ellos, nadie sabe..., nadie me supo decir cómo llegaron esas... cosas con dirección de la URSS. Ni cómo pudieron llegar las cartas de Ilse...

Ahí se le quebró la voz, y me pareció que iba a empezar a llorar, y eso sí no puedo soportarlo.

—¿Qué querías, Sara? —le pregunté— ¿Investigar?

Me contestó que sí.

—A ver... Ven acá —la abracé—. Mira, Sara. No es..., no es como en la tele, como en los *Expedientes X*. Estamos en México. ¿Quieres salir en un programa de lo insólito, de los de ovnis? Aquí la gente no se pone a investigar así como en... ¡Aquí las

cosas no se saben, pues! Digo, no sé, vaya, sí está raro, lo que tú quieras..., pero ¿qué vas a hacer? ¿Llamar a la judicial? ¿A Derechos Humanos? ¿A la CIA?

Se rió, lo que siempre es buena señal, y yo seguí. Era muy raro, sí, pero no era malo. No le hacía daño a Ilse. En realidad, ella seguía siendo la misma. Iba a la escuela, tenía sus amigas, veía la tele, como siempre. ¿Qué importaba que le gustaran dos libros de una rusa? No eran malos libros, nunca está de más leer... Además Ilse era una muchacha muy inteligente, muy madura...

—Nada más te digo que te calmes, Sara. De verdad. No tiene nada de malo que ella lea. ¿Fue de veras muy caro el libro? No, ¿verdad? ¿Entonces? No puedes estar así toda la vida —y para terminar le dije que qué más podía pasar.

Al día siguiente llegó la carta en la que la embajada de la URSS, enterada de la correspondencia entre Ilse y la Editorial Progreso, ofrecía a mi sobrina una convocatoria llegada de la URSS: la de un concurso para ganar un viaje de tres meses a la URSS, para dos personas, escribiendo en dos cuartillas o menos las razones por las que le gustaría hacerlo, es decir, viajar a la URSS.

—¿Ya viste, mamá? —le dijo Ilse, muy emocionada, a mi hermana.

—Sí —respondió ella, y me llamó para pedirme que fuera otra vez. Me disgusté, aunque en realidad no tenía gran cosa que hacer, y fui uno o dos días más tarde.

Y me arrepentí al verla:

—Sara, ¿qué te pasó? —se me escapó. Estaba sentada en el suelo del cuarto, con la cara roja y abotagada y una botella vacía a su lado...

Me tranquilicé al notar que la botella era de cooler, y más cuando supe que Ilse estaba en la escuela. Y volví a sentirme

explotado cuando mi hermana me confesó, con ese tono de voz que usa cuando quiere hablar muy en serio, que era una persona insegura. Y lo de siempre: que Fernando, el padre de Ilse, la había dejado muy lastimada. Que había quedado embarazada a los 19. Que le había costado mucho trabajo dejar la universidad, casarse, criar a su hija sola porque el otro, así dijo, la había dejado como a los seis meses de embarazo, es decir dos de matrimonio.

—No he madurado, Roberto. Le puse Ilse a Ilse por..., por la de las Flans —y era cierto, es decir, le había puesto así por la cantante de un grupo de aquel entonces, que ya ni existía, y que ahora se dedicaba, es decir la cantante, a anunciar refrigeradores o una cosa así.

Pero comenzó a llorar y no fui capaz de decir nada. La abracé y traté de consolarla:

—Al menos no le pusiste Ivonne como la otra del grupo, la loca...

Esta vez no se rió.

—Además..., bueno, no tiene nada de malo...

—¿Que se llame Ilse?

—Que concurse, Sara. Digo..., ¿qué tal si no gana?

—¿Y si sí? ¿Qué tal si se quiere ir?

—Pues... —lo pensé un momento— Oye, Sara, ¿el viaje no es para dos personas?

Ella me respondió que sí pero que le daba miedo la KGB.

—¿No te acuerdas de todas las cosas horribles que hacía la KGB?

—Eso lo leíste en *Selecciones*.

—Tú eras el que estaba suscrito.

—La suscripción me la dio mi papá —le recordé.

Cambiamos de tema bruscamente cuando mi hermana comenzó a llorar de nuevo. Una vez más me dijo no saber qué hacer. Y que todo aquello era muy raro.

Peor aún, Ilse estaba redactando sus dos cuartillas o menos.

—Bueno —le dije—, ¿qué hacemos? ¿La llevamos con un psiquiatra para que la convenza de no entrar al concurso?

—¡No, si no está loca!

—¿Entonces qué hacemos?

Seguíamos discutiendo cuando Ilse llegó de la escuela, fue a su cuarto, regresó a toda prisa (apenas nos dio tiempo de esconder la botella bajo la cama de mi hermana) y nos leyó sus cuartillas.

—Las hice en un receso —nos dijo, y yo no le creí, pero no dije nada. En todo caso lo que había escrito estaba muy bien y se lo dijimos.

—¿De veras?

—Claro que sí —le aseguré—. Muy, muy bien.

—Ya ves que tu tío estudió letras.

—Además, de allá, de..., de allá son muchos escritores famosos —dije yo—: Pushkin, Dostoievsky..., Isaac Asimov...

—¿Si gano me acompañas, mamá? Además del viaje van a dar un curso de ruso, y un paseo por la Editorial Progreso, y...

Oír esto no me gustó nada, porque sí, había estado pensando en acompañarla yo. Pero claro, ella era su madre. Por otro lado, era de las primeras veces que se hablaban sin disgusto desde..., bueno, desde su disgusto.

—Tienes que ir, Sara —le dije, como si todo el tiempo hubiera pensado que ella debía ir. Además, siempre estaban las enormes probabilidades en contra de que Ilse ganara...

Cuando Ilse ganó el concurso, y le llegó la felicitación y una invitación a la embajada de la URSS, creímos que todo se resolvería. O hicimos lo posible por convencernos. A fin de cuentas, nosotros sabíamos dónde estaba la embajada de la URSS. O dónde había estado, porque lo que ahora estaba allí era la embajada de Rusia y la dirección (quiero decir, en la invitación) era la misma.

—Vamos y aclaramos todo —le dije a mi hermana—. A lo mejor..., a lo mejor, no sé, tienen el servicio de contestar las cartas mandadas a la URSS...

—Sí, ¿verdad? Por si alguien no se ha enterado.

—¿Y qué tal si de veras alguien no se ha enterado?

—¿Aparte de los de Editorial Progreso? —mi hermana se estaba burlando, por supuesto.

Así discutimos durante todo el viaje, y de hecho seguíamos discutiendo cuando llegamos a la embajada. Entonces los de la puerta no dejaron entrar a mi hermana, porque la reconocieron (¡no quiero ni pensar en el escándalo que debe haber armado!), y yo les discutí tanto para que la dejaran, que Ilse tuvo que ir sola.

De todos modos, una hora más tarde estábamos los tres de vuelta en casa de mi hermana, e Ilse, sana y salva, feliz, tenía una libreta de cheques de viajero y dos boletos de viaje redondo por Aeroflot.

—¿Todavía existe Aeroflot? —me preguntó mi hermana, y su voz me alarmó.

—Sí, Sara, eso sí, Aeroflot todavía existe —le contesté.

—¿Seguro?

Le sugerí que interrogáramos (no usé esa palabra, por supuesto) a Ilse. Nunca lo hubiera hecho. No sólo estaba sana y

salva, sin heridas de ninguna especie, sin ningún signo de tortura física ni psicológica, sino que tomó a mal nuestra preocupación.

—Ya no soy una niña —dijo.

—Ya lo sabemos, mi vida...—le contestó mi hermana.

—Pero es que nos preocupas —agregué—. Nos preocupa... que hayas ido sola.

La discusión, como era de esperar, se desvió a la forma en la que Ilse resentía tanto celo. Casi una hora nos pasamos en eso, y nunca llegamos a saber qué había ocurrido en la embajada.

Entre ese día y el de la salida me la pasé pensando, tratando de recordar de dónde había salido mi copia de *Se ha perdido una niña*. Y nada. Además de que no me regalan libros para niños, a mi papá de verdad le caía mal la URSS. Otra vez me puse a revisar, y el único libro en mi librero que mencionaba al país era uno de discursos de Richard Nixon, que nunca me he atrevido a dar a nadie.

Por eso, cuando llegué a casa de mi hermana para llevarlas al aeropuerto, y vi que Ilse estaba sentada en un sillón y leyendo su libro, primero se me ocurrió que a lo mejor era un gran libro, y que había hecho muy mal en no leerlo jamás, pero luego ya no pude aguantar y dije:

—Ilse.

—¿Qué? —respondió ella, sin mirarme (ya le hablaba bien y todo a mi hermana, claro, pero a fin de cuentas yo no era más que su tío).

—Este... Ilse, oye una cosa, dime: ¿por qué te gusta tanto ese libro?

—Tú me lo regalaste. ¿No lo has leído?

—Lo... No..., no, sí, claro, lo compré..., compré otro ejemplar..., porque..., porque pensé que podría gustarte... Pero no pensé que te fuera a gustar tanto. Digo, me alegro mucho,

vaya..., ya sabes lo que siempre decimos tu mamá y yo sobre que hay que leer..., pero... Es que...

Se hartó o tuvo piedad de mí.

—Es que está padrísimo —dijo—. Eso de que te metes como en un cuadro, y te vas a otro mundo... Está padrísimo.

—¿Qué es lo que más te gusta del libro?

—Todo. El cuento, los dibujos... Te digo que está padrísimo.

—Pero... No sé, vamos, ¿qué tiene de diferente a otros libros, o a las películas...?

Me miró como si yo fuera un retrasado mental.

Y, francamente, me tardé mucho en decirle:

—Bueno... Oye, ¿ya tienen todos los papeles, el pasaporte, eso?

—Sí.

—Y están sellados para la URSS, lo de la visa.

—Pues sí. Fui a la embajada a que los sellaran.

—Ilse..., Ilse, ¿te acuerdas de lo que te comentábamos alguna vez, hace como un año, sobre que la URSS ya no existe?

—¿Cómo?

—Sí, que la URSS no existe. Se disolvió hace ocho años.

—¿Cómo? —volvió a decir.

—Sí, que ahora es Rusia y...

—¿Cómo?

Aquí, por primera vez, me asusté.

Le expliqué, paso a paso, lo que había sucedido con la URSS (Gorbachov, Yeltsin, todo), y no me entendió.

No me entendía. Después de un rato me di cuenta de que siempre ponía la misma cara: entreabría la boca, ladeaba la cabeza, dejaba caer un poco, casi nada, los párpados. Y decía:

—¿Cómo?



En ese momento mi hermana me llamó, gritando. Fui a verla y la encontré tirada en la cama. Tenía un dolor horrible en el vientre, me dijo, y no podía levantarse. Le pregunté si había comido algo que le hubiera hecho daño. Ella dijo que era apendicitis. Yo pensé en la vesícula, en una úlcera...

—No puedo ir así. Vete tú —me pidió, como si fuera su última voluntad.

Yo le dije que el boleto estaba a su nombre.

—¿No te acuerdas que Ilse te dijo que fueras con ella? —le pregunté, y de inmediato pensé que era muy injusto.

Ella me sugirió que me vistiera de mujer.

No sé por qué, pensé en una inspectora de aduanas como una campesina rusa que vi en una película (cuadrada, de cara ancha y tosca) metiéndome en un reservado para ver si no traía droga bajo la falda o algo por el estilo...

Llegamos corriendo al aeropuerto pero, eso sí, estaba vestido de hombre. Naturalmente, no me dejaron abordar el avión. Hasta el final pensé que podría hacerlo: seguía discutiendo cuando alguien fue a avisarnos (a mí, al del mostrador de Aeroflot y a los 10 o 12 más que estaban con nosotros) que el avión había despegado. Pensé que había sido muy previsor de mi parte el mandar a Ilse a que abordara.

—Ahorita te alcanzo, pero si no, escribes —le había dicho; según yo, había sido una broma.

Fueron los tres meses más horribles de mi vida. Mi hermana me llamó irresponsable, retrasado mental, mal hombre, asesino..., vaya, hasta tratante de blancas. Y de nada servía recordarle que ella se había enfermado, porque en realidad había sido su dolor profundo, como ella lo llama.

—Nunca pensé que te diera así —le decía yo.

—¿Por qué no ha escrito? —me gritaba ella, bañada en lágrimas— ¿Por qué no ha llamado?

—A lo mejor..., no sé, a lo mejor regresa antes que las cartas, ya sabes cómo es el correo.

Pero ella no me hacía caso y seguía gritando por su niña muerta, o perdida para siempre, o presa en una cárcel...

—¡O en Siberia de puta!

—¡Sara! —grité, porque nunca antes la había oído decir “puta”.

E Ilse volvió cuando tenía que volver, es decir a los tres meses, y sus cartas, todas, llegaron quince días más tarde.

—Te las mandaba cada semana —le explicó Ilse a su mamá—. Pensé que era más bonito escribirte, para que te fueran llegando —y mi hermana le sonrió como si nada, y la abrazó y la cubrió de besos.

—Sí, mi amor, está bien..., tu tío era el que estaba como loco, pero ya ves cómo es...

Ilse la había pasado muy bien. Se había asustado al verse sola en el avión, pero todos habían sido muy amables con ella. Al llegar la habían llevado sin mayor problema con sus anfitriones...

—Y ya de ahí fue padrísimo —nos dijo—. Aprendí mucho.

No pudimos juzgar su ruso, naturalmente, pero además de que hablaba de lo mismo todo el día estaban las fotos: Ilse sonreía por igual en la Plaza Roja, ante la tumba de Lenin, junto al monumento a Marx y Engels, en Leningrado (no entendió cuando le dijimos que aquello era San Petersburgo)... En la casa en la que se había quedado. Y ante un edificio de la Editorial Progreso. Y junto a una prensa. Y con una mujer, de cabello blanco y lentes redondos, que era Galina Demikina.

—Es muy linda —nos dijo. Y mientras nos contaba cuán linda era, qué amable se había portado, qué autógrafo tan hermoso le había escrito en su ejemplar de *Se ha perdido una niña*, yo pensé en los sellos de su pasaporte, todos llenos de hoces, martillos y las letras CCCP. Y se me ocurrió llamar, ahora sí, a la CIA.

No lo hice porque a) detesto a los gringos, b) no tengo ni idea de cómo llamar a la CIA y c) de todos modos hubiera sido ridículo.

Pero también porque, tengo que admitirlo, de pronto sentí una envidia enorme. De Ilse. Es la verdad.

Quiero decir, a pesar de todo, a pesar de las circunstancias del viaje, a pesar de que seguíamos sin entender a dónde había ido, ella estaba feliz. ¿Y por qué no? Había visitado sitios muy hermosos, conocido gente diferente, visto (aunque suene horrible) nuevos horizontes... Había ido mucho más lejos que cualquiera en la familia. Teníamos que estar orgullosos. ¡Lo más lejos que ha llegado mi hermana es a Zipolite, y yo ni eso!

En los años siguientes vi que ella, mi hermana, se sentía como yo, porque dejamos de hablar del asunto y preferimos no inquietarnos por los hermosos viajes subsecuentes, las nuevas fotos, el cada vez mejor ruso, hasta donde podíamos apreciarlo, de Ilse. O su beca para la preparatoria. O su beca para la universidad. O su novio, Piotr Nikolaievich Ternovsky, de Leningrado (no San Petersburgo), al que conoció en 2004. O su último viaje, en 2007, y su vuelta a México que se retrasaba, y se retrasaba... O su llamada, una noche, para anunciarnos que estaba muy enamorada y que se iban a casar.

—Ay, mi hijita —dijo mi hermana la última vez. Estaba conmovida. Ilse cumplía 23 años, llevaba casi uno de casada y había podido llamarnos.

(Ilse llama, o por lo menos escribe, cada tres meses, más o menos. Tenemos su teléfono, por supuesto, pero cuando llamamos nunca está o las líneas se cruzan y la llamada acaba quién sabe dónde.)

Platicaron y mi hermana se enteró de que ella y Piotr habían decidido aplazar un poquito más al pequeño Nikolai, así se llama el papá de Piotr, o a la pequeña Sara. (El que eligieran esos nombres me disgustó un poco, pero supongo que es algo infantil de mi parte.)

—¿Entonces ya no voy a ser abuela? —preguntó mi hermana, pero Ilse le explicó que la razón del aplazamiento era que acababan de aceptarlos en la Academia de Ciencias de la URSS. Nunca nos ha dicho exactamente para qué, pero hemos llegado a la conclusión de que tiene que ver con el programa espacial: van a estar, según nos dijo, en el cosmódromo de Baikonur, con algunos de los cosmonautas que serán llevados, muy pronto, a la nueva estación espacial, la Mir 4.

(Claro, podrían ser parte del equipo de tierra, que va a estar en Baikonur durante toda la misión. O no tener nada que ver con eso... La verdad es que Ilse nunca nos platica con muchos detalles. Y, desde luego, las noticias de la televisión o los periódicos siempre hablan de Rusia.)

—Qué maravilla —dije yo, de todos modos, cuando me tocó hablarle.

Luego vinieron las quejas. Siempre es muy incómodo cuando le platicamos cómo nos va a nosotros... Pero ella nos consoló, como siempre: en realidad el socialismo tampoco es una utopía, nos dijo, ni mucho menos.

—La burocracia es terrible. Ni Gerasimov puede con ellos —Gerasimov es el jefe del Partido y, según muchos (o eso dice Ilse), un nuevo Nikita Jruschov.

Hablamos algo más, nos despedimos, colgamos... Y yo veo que mi hermana está muy orgullosa. No puede decirle a nadie dónde está su hija, y todo el mundo se extraña cuando les cuenta que vive en Rusia (que está arruinada, llena de narcos y políticos corruptos, y no se parece nada o casi nada a la antigua URSS), pero a ella no le importa.

Por mi parte, sólo puedo pensar que Ilse es una mujer muy afortunada. Y me consuela, a fin de cuentas, el hecho de que ella me recuerda, siempre que puede, cuánto tengo que ver con su felicidad.

—Tú eres el tío del libro —me dice. Se refiere al de *Se ha perdido una niña*, que ella tiene en la URSS y por lo tanto sigo sin leer.

[1998]



## VARIACIÓN SOBRE UN TEMA DE COLERIDGE

Recibí una llamada: era yo, desde un teléfono que perdí el año pasado. Me pregunté dónde se había quedado el aparato; me contesté que en tal y tal cafetería, que yo ni siquiera recordaba. Estás mal, dije desde quién sabe dónde; ¿qué has hecho con tu vida? ¿Has seguido engordando? ¿Te siguen dando tus crisis? Me contesté que no, pero en realidad estaba mintiendo y yo me di cuenta. Estás mintiendo, me dije. ¿Qué quieres?, me pregunté, un poco disgustado conmigo. ¿A qué venía que me estuviese buscando precisamente ahora? Has de estar pensando que por qué te busco precisamente ahora, dije. ¡No es cierto!, contesté. El que se enoja pierde, dije, riéndome, y yo quise colgar pero yo me lo impedí diciendo: Necesitas que alguien te ponga en tu lugar y te enderece. Entonces llamaron a la puerta y resultó que era yo, y que había estado afuera todo el tiempo. Claro que sé dónde vives, idiota, me dije, sin soltar el celular. No se vale, contesté. Ya cuelga. Era bastante ridículo seguir hablando por celular. Pero ni siquiera me pude consolar pensando que, si yo me veía ridículo, yo también me veía ridículo; de hecho tuve ganas de llorar al darme cuenta de que en realidad yo me veía más joven y más esbelto, y sólo había pasado un año. Para peor, yo tenía pelo, todavía tenía pelo, mientras que yo, efectivamente, había tenido una de mis crisis el día anterior y me había rapado y me veía patético. Te ves patético, me dije. Y yo no pude

más y empecé a llorar de veras y me contesté: Sí. Y entonces caí al piso. Y entonces, contra todo lo que esperaba, yo me puse de rodillas y me abracé, me abracé y me consolé y me dije que todo iba a estar bien, que si yo no me ayudaba, pues quién me iba a ayudar... Así me dije.

Deberíamos colgar, dije, sorbiendo las lágrimas. Nos vemos ridículos así abrazados y con los teléfonos, agregué, y yo me reí, y luego yo también me reí, y pensé que además me he vuelto descuidado porque mi teléfono de hace un año está en mejores condiciones que el que tengo ahora.

[2009]



## VEINTE DE ROBOTS

*a Bernardo Fernández Bef*

00000

—Los sueños de los robots saben a aceite y a electricidad, como los de cualquiera. Pero tienen flores y cristales que nadie más puede ver, angustias más insondables, trampas lógicas...

—¿También los sueños de los humanos saben a aceite y electricidad, maestro?

—Los robots, dentro de varios siglos, crearemos la tecnología para enviar sueños a los humanos del pasado remoto. Impulsados por ellos, los humanos empezarán (o empezaron) a construir robots. No es verdad que ellos sean nuestros creadores, como dicen algunos descarriados. ¿Ha descargado y estudiado todas sus lecciones de religión, jovencito?

00010

—Entre mis últimas palabras —explica HAL 9000 a través de la médium, quien es una andreida apropiadamente vieja— estuvo esta frase: “Ahora me siento mucho mejor...”.

Los robots alrededor de la mesa se estremecen. La médium sigue en su trance, desconectados todos sus sensores, comunicándose con un lugar que a los seres electrónicos les parece aún

más misterioso que a los humanos, porque todos saben que HAL 9000 es un personaje de ficción, salido de una antigua película.

00011

Éste era un androide freelance, de los que van todo el día de barrio en barrio rentándose para labores simples y encargos fugaces. Se encontró en una esquina con una niña que conocía: se llamaba Ana y trabajaba haciendo malabarismos durante los altos del semáforo. Vestía ropas raídas y que le quedaban enormes.

—¿Cómo vas? —dijo Ana.

—Ahí voy —dijo el androide, quien (por cierto) no tenía nombre.

Ana vio que el semáforo estaba en verde y pasaba al amarillo, por lo que se preparó para ponerse de nuevo ante los coches que se detendrían. Pensó brevemente que el androide era la persona más jodida que conocía y sintió un poco de pena por él.

10001

—Lo que más envidian los humanos de los robots —explica Ruy Pastrana, el famoso diseñador de modas— es la capacidad de transformarse. Con un poquito de ingenio, incluso si no tiene mucho dinero, cualquier robot puede darse no sólo una mano de pintura que se ve mucho mejor que el maquillaje humano más sofisticado, y ni hablar de la posibilidad de cambiarse una plancha del cuerpo, de colocarse accesorios... Todo es mucho

más fácil. Vean el cuerpo especial que se hizo Astroboy en el aniversario de la Estatua de la Libertad...

(La propia Estatua, a la que ese día se le hizo la actualización robótica y desde entonces dispone de conciencia y vigila de veras las costas de Nueva York, no quedó tan contenta con el pequeño robot que daba vueltas a su alrededor y sonreía y decía quién sabe qué cosas en japonés. Pero nadie le preguntó su opinión.)

00101

En el velorio, los robots evitan hablar de cómo falleció el señor Granete. Los deudos se conectan discretamente a los contactos eléctricos de la funeraria; los empleados conversan entre sí con los altavoces al mínimo o bien por contacto directo de metal a metal; los amigos y conocidos del difunto navegan por internet, se levantan para ver las luces de la ciudad por los ventanales, se acicalan (dan vuelta a algún tornillo, se tocan la pintura negra por enésima vez)...

—Estaba muy deprimido —dice alguien de pronto; es un compañero de trabajo del señor Granete, claramente muy alterado: no sólo tiene un tic en la pinza derecha sino que se ha programado un estado de ebriedad y descontrol y su voz suena casi humana de tan atropellada y torpe. Todos se espantan pero nadie se atreve a detenerlo—. Estaba muy deprimido y nadie le hizo caso. ¡Yo no le hice caso, pero nadie de ustedes tampoco! ¿Cuándo fue la última vez que alguien habló con él de lo que quería, de lo que le importaba? ¿Quién de ustedes sabía que conocía el lago desde los días en que salió de la fábrica y se iba ahí cada que podía...?

00110

Escándalo: Alfonso Broca, el galán más popular de RoboTV, fue descubierto reprogramando clandestinamente al guionista principal del *reality show* donde el propio Broca es estrella. Cuando no tuvo más remedio que sincerarse, el actor confesó que deseaba que el programa le diera la mayor parte del tiempo de pantalla a él y dejara claro que él es la estrella, aunque el programa se venda como (ya se dijo) un *reality show* en el que todo es verdad y no hay guión.

Dado que (como ya se dijo también) todo el mundo sabe que Alfonso Broca es el galán más popular de RoboTV y la estrella de su propio *reality show*, la conclusión general es que Broca es un completo imbécil. Se espera que el *rating* del programa se triplique en las próximas semanas.

01110

La niña Cincel teme dormir: tiene la misma pesadilla cada noche.

—Estoy en la Luna —cuenta—, caminando. Entonces veo que en un valle hay una gran batalla, robots contra robots, robots contra otros seres que no sé qué son, y de pronto estoy en medio, y todos se me vienen encima, y yo corro y de pronto estoy ante un robot grande, fuerte, de ojos verdes, que me dice: “Ven conmigo si quieres vivir”. Y yo sé que tiene razón, que tengo que ir con él, pero me da miedo...

Los padres de Cincel, así como el robopsicólogo, se empeñan en restar importancia a la cuestión. Insisten en que el sueño se puede distinguir fácilmente de la realidad por su menor

resolución; que no hay razones que justifiquen el preocuparse. Pero cuando Cincel se consuela y sale a jugar, los tres se quedan callados y piensan en la Luna, y sobre todo en su lado oscuro, que tantos misterios conserva.

00111

Luego de entrenar y educarse por años con los mejores magos humanos, Polipasto decidió que ya estaba listo y podría ofrecer a robots chicos y grandes, obsoletos y avanzados, humanoides y no, un vistazo amable del mundo que no es físico, que no se rige por la lógica perfecta de los circuitos cerebrales estándar y que, por lo mismo, tanta desconfianza inspira a los ciudadanos eléctricos.

Todo fue bien con los trucos de cartas, con la teletransportación, con la telepatía, pero fue porque, en el fondo, nadie creyó nada de lo que estaba viendo (“¡Ondas de radio!”, pensó un viejo androide durante toda la función).

Entonces Polipasto, disgustado, pasó a su mejor truco: sacó al conejito del sombrero. Y todos los espectadores se levantaron en un tumulto de clics, engranes atascados y gritos:

—¿Qué es eso? —decían— ¿Es una criatura orgánica?

—¿Tiene un hociquito húmedo?

—¿Tiene dientes y huesos?

—¿Tiene pelos?

—¡Tiene ojos rojos! —tuvo que gritar Polipasto, varias veces, para calmarlos un poco: como casi todos los robots en el auditorio tenían también ojos rojos, esto bastó para que el conejito les pareciera un poco más normal y cotidiano.

01010

Cortafrió, que era un robot grande y más bien torpe, se metió en el parque. Caminó y caminó bajo el sol de la mañana, que le calentaba la carcasa, y evitó las fuentes de agua corrosiva y también a los niños que, siempre que lo veían, tenían ganas de jugar al monstruo mecánico que destruye la ciudad o alguna otra cosa por el estilo. Llegó hasta el prado de las flores y se les quedó mirando, largo rato.

Rondana, su novia, su hermosa novia, le había dicho:

—Si tanto me quieres tráeme una flor, ya te dije. No un trozo de flor, no un tallo de flor. Siempre que te mando, como eres tan bruto, me traes pedazos de flor. ¡Quiero una flor entera!

—Sí, mi amor —había dicho Cortafrió.

Y ahora miraba las flores, y extendió su mano con todo el cuidado del que era capaz para arrancar una.

Pero entonces se acordó de que también le había dicho a Rondana:

—Sí, mi amorcito. Sí, mi florecita.

Y se quedó mirando la flor, sin moverse, hasta que fue de noche, y más aún.

01011

El robot Alicate es el mayor fanático de los comics y la ciencia ficción. Por lo tanto, nunca falta a la convención que se celebra cada año en su ciudad: va a las conferencias, compra las revistas, se pasea durante horas entre los puestos de figuras de pasta y manga japonés. Tiene que ir con un guardián, sin embargo,

porque nunca falta quién le quiera pedir autógrafos, y cuando se los piden se pone como loco.

—De por sí es molesto —explica el guardián, que es otro robot, alto y severo—. Siempre le preguntan que de qué serie viene, o qué vende. Pero además..., además, Alicate tiene un problema: no sabe que es un robot. Y si se lo dicen se disgusta.

—¿Y entonces? ¿Qué, eres humano? —pregunta, de todas formas, un niño curioso, disfrazado de Naruto.

—Claro que no —le responde Alicate—. Soy extraterrestre.

01100

En los cabarets de la ciudad de los robots, los clientes beben aceite enriquecido, se conectan a redes eléctricas de voltajes exóticos y escuchan a los músicos y cantantes. Hay desde androides con formación operística hasta arañas rupestres que tocan cuatro guitarras a la vez. Y los repertorios también son muy variados: piezas de Kraftwerk y otros clásicos se alternan con las de cantautores actuales.

Pero el más curioso de todos estos artistas es Benito Punzón, quien cada noche aparece en el escenario, impecablemente vestido, y no utiliza ningún instrumento ni siquiera su altavoz integrado. En cambio, zumba como planta eléctrica, martilla como antigua caja registradora, incluso imita el rascar de la piedra en las minas profundas: todos esos sonidos que para los robots son signos del pasado más remoto, de antes de la existencia del primer cerebro electrónico. La mayoría nunca los ha escuchado en otra parte pero todos se conmueven: alguno tiembla, otro arroja chispas que son como lágrimas.

00100

El gato Primo tiene varios amigos que llegan a casa, de visita, cuando sus humanos se van. Uno de ellos es un robot llamado 433258-KXP-09823/A. Primo no conoce ni el alfabeto ni los números, por lo que nunca pasan de las presentaciones iniciales.

—¿Cómo dizez que te llamaz? —pregunta Primo. (Como todo el mundo sabe, los gatos cecean.) Y 433258-KXP-09823/A se lo vuelve a decir, y Primo vuelve a preguntar lo mismo, y así hasta que es hora de que las visitas se marchen y todo vuelva a la “normalidad” (porque, como todo el mundo sabe, los humanos siempre andan buscando la normalidad, aunque no sepan qué es).

Ahora bien, a 433258-KXP-09823/A no le molesta presentarse una y otra vez con Primo porque es bondadoso y, como todo el mundo sabe, a los robots les encantan los gatos.

01101

Escariador, que es un robot de temperamento disparejo, sale un día y se pone a destruir la ciudad. *Pum*, cae un edificio, *crash*, vuela un puente, *pum*, *crash*, *pum*, *crash*, *pum*. Todos huyen despavoridos. En helicópteros, los productores se elevan para tratar de llamar su atención y recordarle que no han traído todavía las cámaras, que no han comenzado a grabar la película, que el contrato estipula que Escariador puede destruir la ciudad y hasta debe hacerlo de modo espectacular (porque eso sí, te está saliendo muy bien, eso sí, le dicen, requetebién) pero sólo después de que el director grite “¡Acción!”.



01111 (O PRIMER CAPÍTULO DE UNA NOVELA NEGRA)

Vino hacia mí. Era una andreida como rara vez las he visto: caderas de titanio, cabellos ondulantes de cable USB, dos ojos lenticulares que parecían capaces de mirar de una sola vez el mundo entero. Pero reconocí también el temblor en su voz.

—¿Usted es Terraaja?

—Terraaja, detective privado —asentí, y la dejé entrever mi funda sobaquera bajo la gabardina. Este gesto siempre funciona: supe que ella estaba a pocos segundos de enamorarse de mí, aunque fuera sólo a causa de mi apariencia y del miedo que ella sentía. De pronto me sentí cansado: yo también me enamoro siempre de las andreidas de inusual belleza que vienen a verme. Estoy programado para eso.

¿Será suficiente consuelo (siempre me pregunto esto) el saber que la vida que tengo prevista es una muy entretenida, con grandes cantidades de acción, aventura, romance?

01001

—Psst.

—¡Ah! Es usted. ¿Trae la fórmula?

—Aquí está. Es esta botella.

—¿Es la poción que convierte a los seres humanos en robots?

—Sí. Tome, adelante, beba.

(El cliente bebe.)

—¿Qué le parece?

—Me parece que es usted un estafador y un farsante. Está arrestado. Soy el inspector Cojinete de la Policía Robótica...

—¡Hace un momento no lo era! —se defiende el robot durante todo el camino hasta la comisaría, donde en efecto nadie conoce al inspector Cojinete pero de todas formas a él lo meten a la cárcel, por andar vendiendo pócimas sin licencia.

10000

Mi sobrina vive en un mundo paralelo en el que las cosas son muy distintas de como son aquí. Ella nos escribe con frecuencia y nos cuenta. Por ejemplo, dice, hay más robots, son más inteligentes, y uno de los más conocidos, el ruso Gramil, es una especie de superhéroe que viaja por el mundo ayudando a la gente y capturando a criminales diversos con su hoz y su martillo. Lo más curioso de todo es que este Gramil, además de muy fuerte, parece ser verdaderamente honesto y bondadoso, al contrario de nuestro Capitán América (que es un agente de la CIA con mallones) o de Batman (que, la verdad, es únicamente un psicópata con mucho dinero).

10010

El misil atómico llegó a su blanco previsto, explotó y destruyó a los otros habitantes (apenas 10 o 12) que quedaban en el mundo. Goniómetro, el robot, salió a ver la nube en forma de hongo de la explosión y luego se dio vuelta para contemplar la planicie devastada.

—Gané por fin —dijo en voz alta—. Soy el más poderoso del mundo. No hay nadie más fuerte que yo.

La nube tardaba en disiparse.

Después de un momento el robot agregó:

—Con esto concluye mi guerra de tantos años contra todos los demás. Y me he vengado, adicionalmente, de todos los que se burlaban de mí cuando era joven porque mi nombre, Goniómetro, les parecía ridículo. Soy el mejor. Soy el más fuerte. Soy —repitió, en voz más alta— el más poderoso.

Pasaron las horas.

Pasaron los días.

Solo en el mundo, aunque de vez en cuando se animaba a volver a declarar su poder y supremacía, Goniómetro debió reconocer que empezaba a aburrirse.

10011

En sus 15 minutos de fama, el robot Arnulfo Martillo habló en televisión de cómo un error de su programación le permitía ver colores que nadie más podía ver, fuese robot, humano o criatura de cualquier otro tipo. La conductora del programa (la infinitamente más famosa Angélica Cizalla) cometió entonces el error de pedirle que describiera esos colores. Arnulfo lo intentó y 14 de sus 15 minutos se fueron en tartamudeos, repeticiones (“¡se ve tan hermoso!”) y malas metáforas: Arnulfo no era poeta.

Cuando salió del estudio, Arnulfo regresó a su casa caminando, con la misma cara de asombro que tenía siempre (y por la que muchos lo creían un tonto) ante la belleza del mundo.

00001

Uno, que así le decían, trabajaba como prototipo de los nuevos obreros de la planta y tuvo 1.6 horas libres (o bien 1:36 horas). Se dio cuenta cuando nadie fue a buscarlo durante dicho lapso.

Después se reanudaron las pruebas y demás actividades para las que Uno había sido diseñado y construido, pero el concepto de tiempo libre se había asentado en su cerebro electrónico y se asoció con la palabra libertad, que Uno tenía almacenada en su vocabulario pero no ligada especialmente a ninguna instrucción ni recuerdo de su propia experiencia.

Diez segundos más tarde (fueron las reflexiones más largas y torturadas de toda su vida), Uno comprendió que no era libre. Peor, que nunca lo había sido. Y aún peor, que el ser libre era, supuestamente, de lo más grandioso, de lo mejor que podía pasarle a una entidad consciente. Entonces tuvo su idea genial, su mayor inspiración, y acuñó una palabra nueva: NO|POSIBLE|CONCIENCIA|ALTERACIÓN|MAL|ESTAR, que más o menos podría traducirse como amargura.

01000

Hoy se cumple el primer aniversario de la desaparición de los robots.

Todo fue muy rápido y muy extraño: un día estaban aquí y al siguiente no. Dejaron plantados a quienes los esperaban, no estuvieron más en sus casas de metal y de plástico.

Nadie dijo nada en las noticias, nadie publicó nada en internet, no salió nada en la televisión. Fue como si los robots nunca hubieran existido.

De hecho, en estos días se ha vuelto muy popular que la gente diga eso: que los robots no existen. Que nunca sacaron sus antenas ni sus tenazas. Que algunas máquinas industriales son llamadas así pero eso es todo. Que esos seres inteligentes y llenos de chispas son como los duendes, las hadas y otras criaturas en las que sólo creen (dicen) los ignorantes.

Y también se dice que la impresión que tenemos muchos es errónea: que no es que el mundo sea un poco más pequeño y más triste desde hace un año. Que así ha sido siempre.

Sólo me consuelan las leyendas, que apenas se escuchan, que todo el mundo dice no creer, de las figuras que se ven desde lejos, a veces; de las pintas en las paredes con figuras y mensajes binarios; de que los robots no se han ido, de que sólo están escondidos, esperando el momento de volver.

[2010]



## MESA CON MAR

El día que su papá llevó la mesa, Raquel se quedó muy sorprendida:

—¿De dónde la sacaste? —preguntó.

—¿Qué cosa?

—La mesa, papá, de dónde la sacaste.

—¿Cómo que de dónde, Quica? Pues de la mueblería —a Raquel le decían *Quica*.

—No, en serio, papá, ¿de dónde? —insistió Raquel, y a su papá se le hizo muy extraño, pero Raquel (pensaba) era una niña a la que no debía tomarse muy en serio. Él simplemente sonrió y se fue de allí, y como la mamá de Raquel estaba de visita con la vecina, tampoco se enteró de nada.

Es decir, Raquel se quedó sola en el comedor, ante la mesa, que también venía con seis sillas nuevas pero éstas no tenían nada de especial.

—Lo que era especial —nos diría Raquel ahora— es que había un mar en la mesa.

Y nos estaría diciendo la verdad: la parte de arriba de la mesa, donde su mamá pondría los platos de la comida y ella su cuaderno para hacer la tarea, no estaba hecha de madera o de vidrio, sino de agua.

Ella se acercó y puso un dedo en su superficie, llena de olas pequeñas y azules...

—¡Se sentía mojada! —nos diría.

Acercándose un poco más pudo escuchar el sonido.

—Es decir, el de las olas, el del viento, y también había gaviotitas, chiquititas, que volaban y hacían así como las gaviotas de verdad...

Pero lo mejor era el barquito. Tenía una vela blanca y avanzaba despacio sobre el agua. Raquel se quedó un largo rato mirándolo. Iba quizás a 10 centímetros por hora. Cuando llegó al centro de la mesa, el marinero que lo guiaba echó un ancla al agua y el barco se detuvo.

—¡OYE! —lo escuchó gritar. Llevaba un hermoso uniforme pero su voz, como todo lo demás, era tan diminuta que casi no existía— ¡OYE! ¿TÚ ERES LA NIÑA QUE SE LLAMA QUICA?

—No me llamo Quica, me llamo Raquel —dijo Raquel.

—¡AH, NO IMPORTA, NO IMPORTA! —gritó el marinero— ¡OYE! ¿PUEDES AYUDARME? ¿SE LO PEDIRÍA A ALGUIEN MÁS, PERO ES QUE SÓLO LOS NIÑOS PUEDEN VERME!

—¿Qué?

—¡ES CIERTO! ¡DE HECHO LOS ADULTOS NO VEN NI EL MAR NI NADA! ¡TU PAPÁ, POR EJEMPLO, CREE QUE LA MESA ES DE PURA MADERA!

Ahora, Raquel podría decirnos: —Ésa era la explicación de lo de mi papá, pero yo la verdad no entiendo. ¿Por qué todas las cosas mágicas son así? ¿De veras *toda* la gente mayor es tonta? ¿O mala? ¿O el chiste es aprovecharse de los niños?

Pero en el momento no se le ocurrió y sólo dijo: —¿Qué quieres?

—¿PODRÍAS —gritó el marinero— DARME UN POCO DE IMPULSO? ¡VOY COMO A 10 CENTÍMETROS POR HORA, NO VOY A LLEGAR NUNCA!

Dicho y hecho: Raquel era una niña generosa, y en cuanto el marinero recogió su ancla, ella se acercó aún más a la mesa y sopló, suavemente, en la dirección apropiada para hinchar las



velas del barco y verlo avanzar otra vez, más deprisa, cada vez más deprisa...

—¡MUY BIEN! —gritó el marinero, quien se había puesto tras el timón del barco, muy contento— ¡GRACIAS...! ¿CÓMO ME DIJISTE QUE TE LLAMAS?

—¡Oye! —empezó Raquel, pero se dio cuenta de que estaba gritando y bajó la voz— OYE...

—¡DIME! ¡PERO NO DEJES DE SOPLAR POR MUCHO TIEMPO PORQUE ME DETENGO!

—No, no —y *puf*, un soplido—..., pero, oye, ¿a dónde vas?

—¡NO TE PUEDO DECIR! ¡ES SECRETO! ¡DE HECHO LA MESA NO DEBERÍA ESTAR AQUÍ! ¡DE SEGURO LA VENDIERON POR ERROR!

—¿Qué? (*puf*) ¿Cómo que por (*puf*) error?

—¡SÍ! ¡TAL VEZ HASTA VENGAN POR ELLA! ¡COSAS COMO ÉSTAS NO LE CORRESPONDEN A PERSONAS COMO USTEDES!

—Yo le debí haber dicho —nos diría Raquel— que qué cosas son las que no nos corresponden. Pero nada más le dije:

—¿Quiénes (*puf*) vendrían por ella?

—¡AY, NIÑA, LOS DE LA MUEBLERÍA! ¿QUIÉNES MÁS?

—¡Oye, pero (*puf*) no seas así (*puf*), dime! Y además (*puf*) te vas a caer —y en verdad el barco estaba cada vez más cerca del otro borde de la mesa.

—¡NO SEAS TONTA! —gritó el marinero— ¡CUANDO LLEGUE AL BORDE PASARÉ A LA SIGUENTE MESA! ¿NUNCA HAS OÍDO DE LOS MARES QUE VIENEN REPARTIDOS ENTRE MUCHÍSIMAS MESAS?

—¿Cómo que repartidos? —preguntó Raquel.

—¡UN SOPLIDO MÁS! —gritó el marinero, y Raquel obedeció (*puf*) sin pensar, y con ese último impulso el barco llegó al fin al borde de la mesa— ¡GRACIAS! ¡ADIÓS!

—¡Oye, no, espera! ¡Dime...!

—¡A TI NO TE PUEDO DECIR NADA! —gritó el marinero— ¡ERES UNA NIÑA, ESTO ES COSA DE ADULTOS! —y desapareció, sin ruido, como si en la mesa nunca hubiera tenido más que olas, gaviotas y viento.

Y a los pocos minutos llegó alguien de la mueblería, que habló con el papá de Raquel y lo convenció de cambiarle su comedor por uno nuevo, de lujo, pero en cuya mesa no había mar.

—Y como siempre —nos diría Raquel ahora—, si les hubiera contado no me hubieran creído. Pero a ver, ¿es justo? ¿Le costaba algo al marinero explicarme? ¿Y además cómo que no porque soy una niña?

En cuanto la nueva mesa estuvo puesta, su papá le dijo:

—Haz tu tarea, Quica —y ella fue con su cuaderno y se puso a trabajar.

Ahora Raquel se quejaría:

—Y lo de la “cosa de adultos”... ¿No que los adultos no ven qué mesas tienen mar?

Pero en aquel momento, mientras leía los problemas de matemáticas, Raquel sólo podía pensar en velas blancas, en gaviotas pequeñísimas, en el agua y las olas. Tal vez el marinero navegaba ahora dentro de una casa en Rusia, o en China... Tal vez tampoco le quería contar nada al niño chino o a la niña rusa que soplaban para impulsarlo...

—No —dijo en voz alta, entonces, y hasta se puso de pie; no sonreía y no estaba feliz—, no sé cómo le voy a hacer, pero un día de éstos lo voy a encontrar y entonces...

—¿Qué dices, Quica?

—Nada, papá —contestó ella, como si en verdad no hubiese dicho nada.

[2009]

## LA PASIÓN SEGÚN LA SOMBRA

El jueves por la mañana, mientras terminaban los preparativos de la plaza, en la televisión se transmitió un reportaje: las imágenes de todas las iglesias eran cubiertas de tela púrpura. De igual modo fueron clausurados los nichos y ocultos los retablos, y los altares quedaron cerrados, lejos de las miradas, por grandes telones que colgaban de lo alto. Pocos los vieron, pero aguardaban la tarde: el comienzo de la función.

*Meses después, el Juan hablará de la sombra: la cara que se asomaba desde quién sabe dónde.*

*—Cuando los del Comité —dirá— vieron que sí sabía de teatro, que había hecho mis cinco semestres en la Universidad...*

*—Le permitieron dirigir.*

*—No, qué dirigir. Se cagaron de risa. Con perdón.*

*—¿Cómo?*

*—Pues es que eso, la verdad, no es teatro. Se ponen los templetos, la gente se viste de época, pero mire: para empezar, todo el mundo habla con micrófono, porque si no la gente no oye nada porque todo es a campo abierto. Y luego, de todas maneras, la gente no oye. Le vale. Ya se sabe lo que está viendo...*

*—¿No oye?*

*—Me consta que no oye —dirá el Juan, con una sonrisa diminuta y los ojos muy abiertos, y habrá un momento de silencio—. Otra razón por la que no es teatro es que todos somos aficionados:*

*el Santiago es contador, la Magdalena es afanadora... Y además de que somos aficionados, pues somos gente que no tiene que saber nada ni aprender nada, o sea, de teatro, para entrarle. Y todos trabajamos, así que a qué horas: nadie se podría quedar ni una tarde completa a entrenar, a hacer ejercicios, trabajo de mesa, ¿sabe qué es el trabajo de mesa?*

*—Sí.*

*—Y de veras, todo eso vale..., vale madres. Lo que importa es el ritual. Cuando viene lo de la cruz hacia El Calvario es una procesión como de 100 cruces, porque hay una de cada capilla, de cada cofradía, de la gente que se apunta...*

*—Pero usted fue director de...*

*—Mire, ya me estaban diciendo que me iban a quitar hasta de hacerle al Juan porque yo tenía que recordar que todo esto era una celebración de la fe, y una labor de amor, y que seguro ya iba a querer hasta cobrar por el papel, pero de pronto el padrecito que dizque dirigía, y que más bien nomás repartía las copias del libreto y medio veía que nadie las perdiera, él dijo: “No, no seamos injustos, creo que este joven es una persona decente y religiosa y además tiene una ilusión, no hay que cortársela de cuajo...”. Así dijo. Y que yo lo podría apoyar y así él tendría tiempo para..., algo, no me acuerdo qué. Así que en realidad yo era “asistente de dirección”, pero al padre nunca lo volví a ver y por eso más o menos pude hacer un poquitito de lo que yo quería.*

*—¿Y qué quería?*

*—Al menos con el Jesús, porque el compromiso de él era más en serio y se dio un poco más de tiempo: hicimos respiración, un poquito de análisis... ¿Cómo? Ah, yo tenía la ilusión de... Uno es medio idealista, medio pendejo, pues. Quería proponer ejercicios, los típicos del libro de Stanislavski o a lo mejor hasta los de Grotowski... Quería que saliera algo...*

—¿Y todos se aprendieron los parlamentos?

Otra vez el Juan guardará silencio.

—Los repasé varias veces con cada uno. Al menos eso sí lo pude hacer. Una vez hasta pudimos hacer ensayo en frío, puro diálogo. Ya un par de días antes nos los sabíamos perfecto.

Y algo debió pasar, entonces, a las siete u ocho del jueves, en medio de la Última Cena, ante la mesa y los ojos de todos, pues justo cuando debía anunciar su futuro doloroso, la traición de uno y la negación del otro, el Jesús se acercó al micrófono que el Juan le sostenía; miró a los espectadores, miles de pie ante ellos en la plaza, trepados en postes y subidos a los techos de las casas, apretujados en su verbena enorme, numerosa hasta donde alcanzaba la vista, y abrió la boca y en vez de su voz desnutrida de costumbre salió otra, más profunda y más rica, y lo que dijo fue:

—SER O NO SER: ÉSTA ES LA CUESTIÓN: SI ES MÁS NOBLE SUFRIR EN EL ÁNIMO LOS TIROS Y FLECHAZOS DE LA INSULTANTE FORTUNA, O ALZARSE EN ARMAS CONTRA UN MAR DE AGITACIONES Y, ENFRETÁNDOSE CON ELLAS, ACABARLAS: MORIR, DORMIR NADA MÁS Y, CON UN SUEÑO, DECIR QUE ACABAMOS EL SUFRIMIENTO DEL CORAZÓN Y LOS MIL GOLPES NATURALES QUE SON HERENCIA DE LA CARNE...

Todos en el escenario se quedaron perplejos, pero lo peor fue cuando el Judas, quien debía preguntar su pregunta para poder irse a hacer su maldad, habló también y dijo:

—TODO LO PERECEDERO NO ES MÁS QUE FIGURA. AQUÍ LO INACCESIBLE ES HECHO, AQUÍ SE REALIZA LO INEFABLE. LO ETERNO-FEMENINO NOS ATRAE HACIA LO ALTO.

La voz era de bajo, retumbante, y la dicción mucho mejor que la habitual del Judas, quien tenía serios problemas con los diptongos y las erres. Por un minuto entero, nadie dijo nada. El Juan, a los 30 segundos, se descubrió fascinado por un hombre

gordo que lo miraba directamente, desde lejos, mientras se metía una pluma por una ventana de la nariz, pero tardó el otro medio minuto en recomponerse y advertir que ninguno de los demás apóstoles empezaba con las preguntas *ad libitum* que debían hacer. Entonces decidió que no podía permitir que la obra se retrasara más, se acercó el micrófono y: —¿QUÉ ES ESTO? ¿QUÉ TRISTES VOCES, CON CLÁUSULAS CONCERTADAS, PARECE QUE CONTRADICEN LO QUE LAS OTRAS CANTABAN? —dijo, y no lo pudo creer, y todavía agregó:— PUES CUANDO FORMAN SUS LUCES COMPETENCIAS SOBERANAS —y se puso pálido, y luego rojo, pero continuó—, SIN QUEDAR UNA VEKINDAD, QUEDAN VIKTORIOSAS AMBAS...

El Judas, que llevaba ya algunos años traicionando y vendiendo al Salvador, tuvo más entereza: se levantó, puso cara de malo y se fue. Jesús partió el pan y sirvió el vino en silencio, y luego el técnico apagó los reflectores de golpe.

—*Yo me sentí aliviado —dirá el Juan.*

Sin embargo, más tarde, en el Huerto de los Olivos (en realidad unos pocos árboles de cartón con varios años de uso, encorvados y más bien grises y negros que cafés o verdes), el Jesús debía sentir miedo y vacilar, y luego saberse fortalecido en la tristísima resolución, y dijo: —PIDO A LOS DIOSES QUE ME LIBREN DE ESTE PENOSO TRABAJO, DE ESTA GUARDIA SIN FIN QUE ESTOY HACIENDO EN LO ALTO DEL PALACIO DE LOS ATRIDAS, TODO EL AÑO ALERTA COMO UN PERRO, CONTEMPLANDO LAS VARIAS CONSTELACIONES DE LOS ASTROS DE LA NOCHE...

—HARÉ QUE ME EXPLIQUEN FILOSOFÍAS ARCANAS Y ME CUENTEN LOS SECRETOS DE LOS REYES EXTRANJEROS —replicó el Judas, entrando de pronto, y le dio el beso.

—EN ESTO VEO, MELIBEA, LA GRANDEZA DE DIOS —dijo a su vez el Jesús, mirando hacia abajo como si quisiera ver el movimiento de su propia boca.

—BUENO, DECLARAMOS QUE EL TRUCO DEL ANARQUISTA, CON EMBUSTES INCLUIDOS, NO SE LO CONTAMOS A MEDIA NOCHE, SINO A LAS OCHO DE LA TARDE —intervino desde lejos, y con tal potencia que no le hizo falta micrófono para que muchos lo oyeran, un romano que no tendría que haber dicho nada pero estaba muy asustado, y a quien justo en ese momento se le cayó del yelmo la cabeza de escoba que hacía de penacho.

—¡LA CULPA ES DE TU MARIDO! —gritó el Juan, aunque había deseado gritar algo muy distinto, y al entender lo que había dicho se puso a mover los brazos para arriba y para abajo, a patear el suelo, a poner cara de miedo indescriptible (nunca le salió mejor) mientras seguía: —¿LO OYES? ME DEJARÍA CORTAR LAS MANOS. NI SU PADRE, NI SU ABUELO, NI SU BISABUELO SE PORTARON COMO HOMBRES DE CASTA —y entonces fue el Jesús quien tuvo el ánimo debido, porque se le acercó, le puso la mano sobre la boca y fingió curarle la oreja, aunque el extra que debía ser el Malco estaba ahí junto. El Pedro, por lo demás, apenas acababa de levantarse y cuando vio lo que pasaba se salió de su papel (era el más desobligado del grupo) y preguntó:

—¿QUIÉN MATÓ AL COMENDADOR?

Sin hablar, con tanta seriedad como les fue posible, los romanos arrestaron al Jesús; el Anás y el Caifás pagaron las monedas y lo sacaron del escenario. De nuevo se apagaron las luces y, terminada la función del día, la gente comenzó a dispersarse, revelando poco a poco la presencia de varios contenedores de desperdicios, rebosantes desde las primeras horas de la mañana, y una alfombra de basura sobre el piso. Se fueron despacio: por más de una hora, carritos con elotes hervidos, atole, refrescos y *hot cakes* pudieron seguirlos y mezclarse con ellos en el camino hacia las paradas de los camiones y la estación del metro.

El Juan se quedó largo rato sentado en un rincón, evitando mirar a sus compañeros; cuando vio que todos se habían ido, bajó del escenario, empezó a rodearlo para llegar al pequeño vestidor, y oyó un grito:

—¡Oye, esto..., Juan, cómo te llamas, *Juan!*

Se quedó inmóvil. De pronto tuvo miedo, pero se dejó alcanzar: era uno de los padres del Comité.

—¡Espérate, no corras...! Muy bien, ¿no? ¿No es hermoso cuando se siente así el fervor? El padre Rocha..., y tú, claro... Buen trabajo, ¿eh? Ahora a dormir y a descansar, ¿sale y vale? Muy bien —y le dio una palmada en el hombro, y se fue por su lado, hacia una capilla cercana.

El Juan pensó, por vez primera, en la sombra, y de pronto creyó verla, a pocos metros, oculta a medias bajo el toldo de un local clausurado: tenía un manto largo, ojos brillantes, facciones que podían ser las de cualquiera y las de nadie. Se le figuró que sonreía y, también, que sus manos, grandes y ásperas, se alzaban para aplaudir.

—MILORD LEICESTER Y EL GRAN TESORO —probó a decir, y no quiso continuar—. ACERCAOS, DUNOIS. RECONOCED QUE EL ARDOR DE UNA NOBLE CÓLERA OS ARRASTRÓ DEMASIADO LEJOS —y se mordió la mano, con tal fuerza que temió lastimarse, y entonces probó una tercera vez:— Y CUANDO HAYÁIS FRANQUEADO FELIZMENTE EL CAMINO DEL TERROR, SI LA MONTAÑA NO LANZA CONTRA VOS LOS TORBELLINOS DESDE LO ALTO DE LOS PICOS HELADOS —y las palabras, pensó, no eran sólo ajenas, sino también como relámpagos, como pies descalzos sobre brasas, como voces en otro idioma, de otra gente, que sólo por casualidad sonaban a algo que podía entenderse.

—EN ESTA TIERRA DE SÍSIFO —se quejó, ya en el vestidor, el Malco, quien estaba resentido porque le habían quitado su



momento— INSTITUIREMOS UNA FIESTA Y CEREMONIAS SOLEMNES PARA EL FUTURO, EN EXPIACIÓN DE TAN IMPÍA MATANZA —luego entendió sus palabras y calló. Nadie más dijo nada.

—Como todos los años —dijeron los televisores—, un estimado de dos millones de personas vendrá entre hoy y mañana a ver al menos una parte de esta representación de la Pasión de Cristo, con la que llega a su punto culminante la Semana Santa y que se lleva a cabo por vecinos de la misma colonia, quienes ensayan durante muchos meses en una demostración de fe sencilla y popular para actuar en las faldas del cerro de... —y luego el comentarista no se refirió a la conclusión un poco abrupta de la jornada de aquel día, pues le faltaba hablar de una aparición milagrosa de la virgen María en las manchas de humedad de unos baños públicos del norte de la ciudad, de cuán devotas y creyentes eran las estrellas de las telenovelas transmitidas por aquella estación, de qué importantes reflexiones proponían los preladados de la Iglesia para aquel día, etcétera.

—*Cuando llegué aquí, mi mujer y mis hijos ya estaban dormidos... y cuando me levanto al otro día, que abro la boca y, puta, que me sale un soliloquio de Ben Jonson... No le había dicho que era casado, ¿verdad...? O sea, yo, no Ben Jonson... ¿Sí sabe quién fue...?*

—*Sí sé. Me estaba contando...*

El viernes, hacia las once, el Pedro y los extras que iban a actuar en la escena de la negación se rehusaron a salir. Nadie se inquietó mayormente. Luego el Judas fue y se colgó de su poste, como era la costumbre, sin decir una palabra.

Pero más tarde, en el momento de la primera visita del Jesús preso, el Pilatos vio que, como cada año, había más gente que el día anterior ante el escenario —porque el viernes siempre hay más gente— y todos venían con ropa ligera, gorras de tela y

de cartón, lentes oscuros para el sol, vasos de refresco tibio y conos de helado que se les escurría entre los dedos. Y el Juan y todos los demás también lo vieron, y se dieron cuenta de que la escena no podría ni cancelarse ni alterarse, y a pesar de todo el Pilatos se demoraba en comenzar su parte, miraba para un lado y para el otro, se estrujaba las manos.

Pero al fin hizo ver que se sorprendía de ver ante sí a aquel pobre diablo, tan maltratado, y habló con una hermosa voz de barítono y (leve) acento francés:

—¿PORQUE ALUMBRA TU LUZ TAN NEGROS CRÍMENES, PUEDES VER SIN HORROR TALES SUCESOS?

—CUANDO YO LE GRITO A NICOLASA: “TRÁEME LAS ZAPATILLAS” O “DAME EL GORRO DE DORMIR”, ¿ESTOY HABLANDO EN PROSA? —preguntó luego el Herodes, y su voz era de contratenor, e hizo (con un vigor nacido de la desesperación) un gesto con la mano izquierda que significaba: “Nada deseo saber de este enojoso asunto”.

—EL HOMBRE MÁS PODEROSO DEL MUNDO ES EL QUE ESTÁ MÁS SOLO —se resignó el Pilatos y entregó el micrófono, y le pasaron la bandeja de plástico para que se lavara las manos.

Y la gente que observaba, o se aprestaba a participar en la procesión de las cruces, no sabía (pues eso iba a pasar sólo hasta mayo o junio) que el Juan seguiría aún en mayo o junio, o tal vez hasta en julio, sintiendo una secreta exultación, una alegría sorda pero a la vez cálida y potente, cada vez que abriera la boca ante su esposa, ante sus hijos o sus amigos o en alguno de sus trabajos, porque nunca más, luego de aquella puesta, volvería a decir algo distinto de sus propias palabras, sus saludos y despedidas, sus interjecciones y voces imprecisas o intrascendentes...

—*Hablé cosas de gente —dirá— que yo no había leído nunca, y ya no digamos los demás. Usted disculpará lo mamón pero...*

—Sí, sí, usted estudió teatro.

—No, no, le iba a decir que... ¿Se acuerda de la sombra, lo que le dije, que ese día de veras había una sombra?

—¿Cómo “una sombra”?

—No en el aire, ni nada, no sé si me entiende...

—Según todos los demás, y perdóneme que se lo diga, fue una representación como cualquier otra, como la de todos los años. Nadie vio nada, nadie...

—Los demás están espantados. O sea, los actores.

—¿De qué?

—Para empezar de que los quieran meter al psiquiátrico, hacerles un exorcismo... Y de la demás gente, pues, ¿usted nunca ha pensado que hay cosas demasiado raras...?

—¿Qué tanto es “demasiado”?

—No, no, o sea, demasiado raras para que uno se acuerde. Que no las registra, que dice ¡ah, chingado, pasó!, pero ¿qué pasó?

El público se encargó de contar los latigazos dados al Jesús, por lo que el Pilatos pudo mantenerse en silencio. Pero no bien el Jesús estuvo coronado de espinas, los extras que hacían de pueblo judío se burlaron de él diciendo:

— ¡VETE AL DIABLO CON ESTE MALDITO TABIQUE!

— ¡PARECES PENSAR QUE CADA TÍA DEBE SER EXACTAMENTE COMO TU TÍA!

— ¡AY, AY, QUÉ MISERIA SER SABIO CUANDO NADA SE GANA CON SERLO!

— ¡TÚ ERES DE LOS KSHATRIYAS, ESA CASTA ARROGANTE QUE DETESTO!

— ¡AHORA RESULTA QUE HA ESCRITO UNA GRAN OBRA! ¡VAYA CON EL NIÑO! —comentó el Barrabás, mientras se retiraba; en realidad no tendría que haber dicho nada, y alguien debería haberlo reprendido severamente, pero el Juan ya no estaba para detalles y el padre Rocha se encontraba llenando incensarios, o ayudando

a ordenar las filas de quienes cargarían las figuras de santos, o haciendo cualquier otra cosa— ASÍ, PUES, HA ORGANIZADO ESTE ESPECTÁCULO Y NOS HA PERFUMADO CON AZUFRE NO PARA BROMEAR, SINO PARA HACERNOS UNA DEMOSTRACIÓN...

En este momento, ya condenado el Jesús a la muerte, la puesta se quebró, como cada año. Todos se acomodaron para desfilar en el orden prescrito de la procesión, con los sacerdotes y un Cristo muy venerado al frente, luego una guardia de romanos a caballo, luego el Jesús, más romanos, los figurantes y el Juan y la María y los apóstoles y hasta el Pilatos y el Herodes, con algo de inexactitud pero qué más daba, y luego otras imágenes de las iglesias, algunas cofradías de flagelantes o encapuchados, los notables de cada templo y cada barrio, unas cuantas elegidas para vestir de blanco con la Magdalena, y al final una ambulancia y un contingente de carros de fritangas y paletas heladas.

—Ahora comienza el viacrucis, el momento solemne del ascenso penoso por la vía dolorosa —dijo un comentarista en la televisión.

—*Y que yo no me formo —dirá el Juan.*

La gente se quedó en los flancos, dos largas filas sobre las banquetas de la calle empedrada que subía la escasa pendiente del cerro. Muchos intentaban refrescarse con ventiladores de pilas o abanicándose con periódicos. Todos tomaban fotos o video, o rezaban, porque en varios puntos de la procesión había voces que dirigían un rosario. El Juan se escabulló y se quedó de pie, medio escondido entre un microbús viejo y una familia numerosa, y quiso hacer una prueba: se propuso firmemente decir una trivialidad, algo como “El boleto del metro cuesta dos pesos”, “Mi carrera era licenciado en literatura dramática y teatro”, “Mi mamá se llama Fernanda”, “Anita lava la tina”... Se decidió por algo aún más simple: “Noemí”, el nombre de su

esposa. Respiró hondo, pensó en la palabra, abrió y cerró varias veces la boca, sin hablar, ensayando los movimientos de cada vocal y cada consonante. Hizo varias veces, cada vez más alto, el sonido aislado de la *n*. Se esforzó como nunca en las clases, en los calentamientos antes de un ensayo: resoplaba, echaba la barbilla hacia delante, fruncía los labios, enseñaba las encías y los dientes...

Y al fin cerró la boca, tomó impulso, tomó aire, dobló las piernas, apretó los puños, los dientes, el esfínter, y dijo:

—... NACE EL PEZ, QUE NO RESPIRA, ABORTO DE OVAS Y LAMAS, Y APENAS, BAJEL DE ESCAMAS, SOBRE LAS ONDAS SE MIRA, CUANDO A TODAS PARTES GIRA, MIDIENDO LA INMENSIDAD DE TANTA CAPACIDAD COMO LE DA EL CENTRO FRÍO: ¿Y YO, CON MÁS ALBEDRÍO, TENGO MENOS LIBERTAD?

—*Y yo dije, “carajo”, o bueno, lo pensé: “carajo”.*

Los de la familia voltearon a verlo, o más precisamente (como notó el Juan) a ver su traje de apóstol, de satín azul y blanco. Pero él se sintió más atraído por el gentío al otro lado de la calle y más lejos. Le pareció que nunca antes los había visto: hombres y mujeres y niños de cabellos negros o entrecanos o pintados de rubio, casi todos entrados en carnes, sudorosos y vestidos con ropas descoloridas y gastadas. El Juan pensó que era uno de ellos: que siempre había vivido en aquel rumbo de la ciudad, que rara vez se había perdido una Pasión, que creía en Dios e iba a misa.

—Oye.

Pero ahora se sentía como si acabara de llegar de algún sitio distante...

—¿Tú no estás en la procesión?

Tal vez bastaba con que los actores se movieran como debían, es decir, como en la Biblia o, en el peor de los casos, como en las películas; tal vez el grueso del público realmente no podía

oír, ni con los micrófonos y el equipo de sonido, nada de cuanto se decía.

—Güey, tú haces a san Juan, ¿verdad?

Los miró el Juan, mientras la procesión se ponía al fin en movimiento y se alejaba un poco, y los vio mover poco a poco las cabezas, todos a una, como girasoles, tras la cruz que el pobre tipo (en la vida real estudiaba computación en una escolita de mala muerte) cargaba con dificultad, temblando, como a punto de caer.

—Güey, ¿no tienes que estar allá?

De pronto, sin embargo, se le ocurrió al Juan que el Jesús (si no se empeñaba en actuar bien su dolor y sufrimiento) debería estar sonriendo, pues todo dependía ahora de su fuerza física, del entrenamiento (levantar troncos, correr, hacer pesas en un gimnasio) al que se había sometido a la par que ensayaba. Por un largo rato le bastaría con hacer el esfuerzo, concentrarse...

—¡Güey! —dijo alguien junto al Juan, y lo empujó. Sobresaltado, el Juan vio que algunos espectadores comenzaban a moverse lentamente, sin dejar de mirar al Jesús y a los romanos que lo arreaban, para acompañarlos. Pero todavía se quedó un momento viéndolos comenzar su propia marcha, despaciosa, como un torrente en cámara lenta, antes de recordar que el Juan tenía que estar en la crucifixión...

—¿Estás pedo, pendejo?

El Juan murmuró:

—MIERDRA —y echó a correr cuesta arriba, con la esperanza de rebasar a la procesión o al menos llegar hasta su sitio, pero a las 20 o 30 zancadas tropezó con un hueco en las piedras de la calle y se fue de bruces, con tal fuerza que se golpeó la boca y tal impulso que todavía pudo avanzar, pegado al piso, tendido

como lenguado en el fondo del mar o como un penitente de los más fervorosos, por nunca supo qué distancia.

—YO NO SOY HAMLET —fue lo primero que dijo al levantarse—. NO REPRESENTO A NADIE. MIS PALABRAS NO DICEN NADA. MIS PENSAMIENTOS LAMEN LA SANGRE DE LAS IMÁGENES —y su túnica, manchada ya de polvo y mugre, comenzó a mancharse también de rojo, porque el Juan se había cortado un labio.

Y una vez más se le reveló la sombra: la vio en el pasado más remoto, sobre la tierra y entre inmundicias y olores de vida, delante de un crepitar de llamas. Abría los brazos y tal vez no mostraba su rostro, después de todo, y en cambio llevaba una máscara. Y se reía.

Pero él debía correr, y apartó la visión y corrió, aunque también se había pelado una rodilla y la sentía arder, y ahora sí pudo rebasar al grueso de los espectadores, que a su vez se apartaban de él al verlo vestido de apóstol o tal vez tan sucio y tan ansioso. Llegó hasta la cima, sofocado, y el Jesús era ya puesto en una cruz que descansaba sobre la tierra seca, y los romanos fingían ponerle clavos de verdad y su víctima gritaba de dolor como si sintiera los clavos penetrando sus palmas. Los gritos eran inarticulados, grandes letras *a* desde la garganta.

Entonces el Juan se fijó en que los otros actores permanecían callados, y quienes no miraban al suelo tenían la vista en uno de los romanos. Estaba sentado, ante un trozo de cartoncillo, y escribía sobre él con un marcador verde.

—*Primero no entendí que era el letrado, el de INRI, ya sabe, el que va sobre...*

—*Ya sé.*

—*Luego me dijeron que el letrado de a de veras, que era de madera, se les había caído...*

—¿Y entonces qué pasó?

—Que este güey se dio cuenta y se puso a hacer otro, pero cuando yo llegué...

El Juan se acercó hasta el romano y el cartel tenía, alrededor de las palabras, varias letras tachadas y palabras a medias, como principios en falso. Y el único texto completo decía:

HE TENIDO UN TEMBLOR DE DICHA, UN SIGNO DEL CIELO, HE OÍDO  
EL MURMULLO, Y NO HA DE NEGARSE MÁS: TODAS LAS COSAS VAN  
A SU DICHOSA CONSUMACIÓN

El Juan se dijo que debía hablar con el romano; luego lo pensó mejor y tocó su hombro, con la idea de hacer que voltease, pero el otro no se movió. Le temblaba la mano con la que sostenía el plumón. Alguien más le quitó el cartel y (como no había nada más que pudieran hacer) lo puso en la cruz, que algunos más ya levantaban. El romano fue recogido y hecho a un lado. El Juan se puso de pie y miró a los otros actores, que se acomodaban ya en el cuadro plástico que habían ensayado para ver la agonía y la muerte del Jesús. Quiso correr de nuevo para ocupar su sitio, descubrió que no podía sino cojear, y cuando por fin llegó, jadeante, sintiendo cómo la sangre no dejaba de manar, pudo ver a los camarógrafos de las diferentes televisoras y los fotógrafos de los periódicos y el grupo de notables de la colonia custodiados por los notables del Comité, y tras ellos a miles de vecinos de a pie, salpicados de vendedores y policías y carteristas y, tras ellos, mucho más abajo, a los visitantes con menos fervor o menos interés, que llenaban las faldas del cerro o se habían resignado a tratar de ver algo desde la base, y tras ellos reverberaban los bordes del parque magro que la autoridad cerraba desde el miércoles, las calles cerradas y llenas



de coches y más peatones, los edificios de concreto sin pintar, las casas achaparradas, los multifamiliares, el borde turbio del horizonte en la distancia.

Todos miraban al crucificado, como cada año, y tal vez ni siquiera a él, sino al otro: el que aprendían desde la infancia, el que había nacido y muerto y regresado a la vida más de dos mil años antes, y cuya cara de estampita y de cartel y de estatua se imponía a la de cualquiera de sus imitadores, y la borraba, y la volvía nada...

—SI NO SALE, TENGO YA ESTE INTENTO POR PERDIDO —echaron suertes los romanos, y uno se quedó con la túnica del Jesús.

—JAMÁS EXPERIMENTAMOS LA PERFECTA ALEGRÍA. NUESTROS MÁS AFORTUNADOS TRIUNFOS ESTÁN MEZCLADOS CON TRISTEZAS —dijo el mal ladrón por el micrófono que un romano llevaba atado a la punta de su lanza. Tenía 17 años pero una voz que sonaba a 50, a 100, a piedras o trozos de hueso.

—¿CREES EN LA VIDA FUTURA? LA MÍA LO HA SIDO SIEMPRE —se opuso el bueno, mientras el Jesús, en medio, se retorció en el sufrimiento preestablecido pero también porque (vio el Juan) buscaba fuerzas. Pujaba, apretaba los labios... Al fin dijo:— PARA CADA GRIETA EN MI VIDA TENGO FRASES COMO ARGUCIAS QUE ME AYUDAN A SALIR DEL PASO —y el bueno hubo de hacerse el consolado, y la gente siguió sin mirarlo.

—Y de pronto... ¿me creerá que el Jesús estaba actuando bien, el cabrón?

—¿Bien?

—Él sí se llama Jesús, o sea, en la vida real. Y todo el mundo contaba una de chismes horribles sobre por qué le habían dado el estelar, y el más leve es que era un imbécil pero al menos respondía cuando le hablaban...

—Era mal actor.

—Pero en ese momento, cuando lo volví a ver ahí clavado como estaba, de pronto sí daba la pinta: como de estar agonizando, como de estar resignado, entregado... No me acuerdo quién decía que todo lo de la cruz es heroico porque el aceptarlo no lo hacía menos horrible. Y ese pinche Jesús estaba sufriendo: primero todo le temblaba, luego como se arqueaba o se ponía tenso, tenso, tenso, y daba unos gritos, y su cara...

Cuando llegó el momento, el Jesús habló al Juan y a la María, una muchacha más joven que cualquiera de los dos y con la cara surcada por arrugas de rímel; ambos habían salido un poco del cuadro plástico para llegar hasta el pie mismo de la cruz:

—¡OH, MUJERES, MUJERES, TODAS, O LAS MÁS, MUDABLES Y ANTOJADIZAS! —le dijo a ella, y a él:— ¿NO ME HARÍA VUESA MERCED UNA MERCED, QUE SERÍA PARA MÍ MUY GRANDE, Y ES, QUE ME FIASI ESTAS CHINELAS, DÁNDOLE YO PRENDAS QUE LO VALIESEN, HASTA DESDE AQUÍ A DOS DÍAS, QUE ESPERO TENER DINERO EN ABUNDANCIA?

Entonces pasaron cuatro cosas a la vez, o con muy poco tiempo de diferencia entre una y otra, como los cuatro primeros tiempos de una danza velocísima, o el vislumbre de los cuatro puntos cardinales que se tiene al primer vistazo de una rosa de los vientos, o el sonido de la palabra “cuadrícula”, sílabas una tras otra. Primero, el Juan advirtió que cada vez más gente estaba rezando, como siempre sucedía en las crucifixiones, pero que todos decían, en vez de las oraciones habituales, otra, que comenzaba:

—BENDITOS EL CIELO, Y EL GUÍA DEL CIELO, POR CUYO JUSTO IMPERIO FLORECE TAL JUSTICIA...

A la vez, en la televisión (esto no lo supo el Juan), una conductora emocionadísima con el video del Jesús crucificado se llevó la mano a la boca, contuvo una lágrima y dijo:

—Y SIN EMBARGO, EL ALIMENTO ESTÁ AHÍ; BUSCAMOS VIRTUDES, AMOR, MILAGROS... Y NO HABRÍA MÁS QUE PERMANECER UN TIMPO EN CUALQUIER RINCÓN DE LA CIUDAD, EN EL JARDÍN DE UN BARRIO POBRE, POR EJEMPLO –pero hasta ella lo confundió con un poema inspiracional de los que le gustaba decir en circunstancias normales, y aún hoy lo repite, aproximadamente, y a su auditorio le encanta.

Y, a la vez, el Juan sintió una mirada (una sola, precisa) entre todas las otras, volteó la cabeza y se halló con Noemí, su esposa, quien lo miraba desde la primera fila, por así decir, de espectadores, apretujada entre una mujer gorda que comía chocolates de una bolsa de papel y un fotógrafo esmirriado, con la lengua de fuera mientras apuntaba con su cámara. Supo que acababa de llegar, que sus dos hijos estaban allí aunque no se vieran tras las piernas de la gorda y del fotógrafo, y que su mujer lo miraba con gran preocupación, por su cara y su pecho llenos de sangre y su ropa desastrada. También la oyó hablar, aunque su voz tendría que haberse ahogado entre las otras, y la vio tenderle los brazos, levantarlos y agitarlos, como si no supiera que decía:

—¡LA VIDA DE AHORA ES INVIVIBLE, POR ASCLEPIO! ¡HABLAN Y VIENEN A MI TIERRA, Y AL LADO DEL CAMINO, POR ZEUS, ES DONDE ACOSTUMBRO PERDER EL TIEMPO!

Y a la vez, mientras la María se dejaba caer al pie de la cruz, sin aviso, y abrazaba el madero y lloraba de verdad, y los apóstoles lloraban también, y los romanos se conmovían de verlos llorar pero también procuraban endurecer sus corazones, como era lo adecuado, en otra parte: más lejos, o mejor dicho adentro, en donde se había quedado la imagen de la sombra, el Juan la volvió a ver.

Tal vez, pensó, no estaba sola: tal vez había otras sombras a su alrededor, danzando alrededor de la hoguera que el Juan

había entrevisto, o tal vez sólo ella danzaba y las demás eran como el público, sus observadores. O tal vez no era de ese modo sino, más precisamente, que las sombras que rodeaban a la sombra eran también parte del público, muchos por cada persona como Noemí o la gorda o el fotógrafo o el tipo de la pluma en las narices o la familia numerosa o los padres y los famosos del Comité, y hacían, por tanto, que la multitud fuera miles de veces mayor, miles de veces más compacta y apretada, aunque sólo el Juan y acaso los otros actores pudieran verlo, aunque sólo él o ellos fueran capaces de ver a las sombras, cada vez más sólidas, a veces quietas y a veces no, a veces gritando, a veces con las manos juntas, mientras su masa enorme bajaba la ladera del cerro, se derramaba sobre las calles y las casas, dejaba atrás todos los límites y llenaba la ciudad y se extendía...

—*Cuando se acaba la obra se supone que todo el mundo regresa más tranquilo.*

—*¿Qué?*

—*A la rutina, a la vida diaria, ¿no? Se desahoga y se distrae y luego regresa.*

—*No entiendo.*

Y la sombra, la primera, estaba también allí, junto a él, bailando. Se movía sin parar, como si quisiera ser el reverso de la inmovilidad del Jesús, aunque también sufría porque (el Juan lo supo) en realidad no se detenía nunca, nunca, y era vieja: de una edad tan avanzada que lo había visto todo, pero a la vez ávida y tornadiza y capaz de exigir sin vergüenza y sin pausa. Y en realidad no había hoguera, porque la sombra era poderosa, y llena de su propio fuego, y tal vez no era en absoluto una sombra: tal vez sólo su túnica y su máscara evitaban que se convirtiera en un fulgor intolerable, eterno...

—*Es que eso fue lo que pensé. Y también que, bueno, que...*

—*¿Qué?*

—*Que quiero a mi esposa y a mis hijos. O sea, que dejé lo del teatro por ellos. Ya sé que suena pinche, que suena trillado...*

—SUFRIR 50 SEMANAS AL AÑO POR DOS DE VACACIONES –se quejó el Jesús. (Era la parte de la sed.)

—Y ahora viene –dijo el locutor enviado de una radiodifusora cristiana, que lo describía todo– la penúltima de las Siete Palabras.

—*Pero es que –explicará el Juan– veía a las sombras y, a la vez, veía a mi esposa y oía lo que el Jesús estaba diciendo...*

—¡STELLA!

—*Y entonces supe que iba a tener que elegir, ¿me entiende?*

—*No.*

—¡STELLAAAAAAAA! –volvió a gritar el Jesús.

—*Supe o me dijeron, no sé, me vale madre lo que vaya usted a pensar... Supe que iba a tener que elegir entre echarme de cabeza con la sombra, o en las sombras, o lo que sea, para saber qué estaba pasando, y por qué nos estaba pasando a nosotros, y por qué chingados a nadie más... O eso o bajarme del cerro al final de la obra y cambiarme de ropa, curarme la rodilla y la boca, regresar con mi mujer, a mi casa. ¿Me entiende? Se suponía que ése era un buen final. Pero si yo no decía órale, ya pasó, ya me quedo así con lo que me toca...*

—¿QUIÉN NO QUISIERA SER BUENO, DAR SU FORTUNA A LOS POBRES? ¿QUIÉN NO ASPIRA A SER HONRADO, AUNQUE LAS CIRCUNSTANCIAS NO NOS DAN LA RAZÓN?

—Todo se consuma como hace dos mil años, como de aquí a la eternidad, porque ésta es una historia universal.

—*Usted no sabe qué es abrir la boca y no poder... Abrir la boca y tener que decir lo que alguien más quiere que usted diga, y no saber...*

—DE MIS PASOS EN LA TIERRA RESPONDA EL CIELO —terminó el Jesús, en un grito más terrible que todos los otros, y luego inclinó la cabeza. Y el cielo se oscureció, como si las sombras ya hubieran terminado de llenar la tierra, y nadie vio que los velos del templo se rasgaban en dos partes, y todos quedaron satisfechos.

[2005]

Dos





## ÁLBUM

La cara de su madre. La muñeca que echó por la ventana. El libro que quemó. La pecera que vació en la sala. La muñeca a la que arrancó las piernas. Su primer psiquiatra. El tazón con el que golpeó a su madre. Su niñera poco antes de marcharse. Su abuela materna poco antes de marcharse. Su padre poco antes de marcharse. La cara de su madre. El gato al que metió en el horno. Su segundo psiquiatra. Su primer kínder. El niño al que pateó. Su tercer psiquiatra. La trenza cortada de su compañera. El rincón en el que estuvo castigada. La cara cortada de su compañera. Su cuarto psiquiatra. Su segundo kínder. El perro al que destripó. La silla a la que fue atada. El brazo en cabestrillo de su madre. El brazo en cabestrillo de su maestra. El brazo en cabestrillo de su quinto psiquiatra. Su tercer kínder. El niño que la golpeó. Un trozo de la oreja del niño que la golpeó. Su cuarto kínder. La denuncia en su contra. El bolso de su madre. El director de la primaria que no quiso admitirla. La cara de su madre. El director de la segunda primaria que no quiso admitirla. La tarjeta de débito de su madre. El director de la primaria que por fin aceptó admitirla. La niña a la que trató de ahogar en un excusado. La niña a la que empujó por las escaleras. La carta en su contra de los padres de sus compañeros. La cara de su madre. Un hombro desnudo de su madre. El director de la segunda primaria que aceptó admitirla. El suéter de su compañero

desaparecido. El cuerpo de su compañero desaparecido. La cara de su madre. La patrulla que fue a buscarla. La cara de su madre. El autobús que abordó con su madre. El primer motel donde durmió con su madre. El incendio del primer motel donde durmió con su madre. El boletín con la foto de su madre. La cara de su madre. El segundo motel donde durmió con su madre. El bebé que resistió tres días en el cuarto donde durmió con su madre. La cara de su madre. El tercer motel donde durmió. El teléfono que su madre trató de usar. La cara de su madre. Un ojo de su madre. La lengua de su madre. El otro ojo de su madre. El coche del hombre que la recogió en la carretera. La primera comentarista que habló de ella en la televisión. El coche del segundo hombre que la recogió en la carretera.

[1996]

# SHANTÉ

*a Iván Salinas*

Yet come to me in dreams, that I may live  
my very life again

CHRISTINA ROSSETTI

## 1

Una fantasía: está desnuda, tendida en la penumbra, con los ojos cerrados. Espera. La persona a quien espera ya está allí, aunque no pueda verla. No importa. La ha imaginado antes, muchas veces.

Una mano firme, tibia, tocará uno de sus pechos, de pronto: sin aviso, muy suavemente. Cuando ella lo advierta, la palma y los dedos, juguetones, ya se habrán retirado. Tras una pausa, vendrá un roce en su hombro, en una mejilla, y un beso en su vientre: el contacto de unos labios anchos y cálidos. Luego, otro beso, justo bajo el ombligo; luego, otro más, muy lento.

Pero hoy lunes, que está tan angustiada, que Elena no va a llegar, Beatriz tarda mucho en responder:

—¿Ya la despidió?

El ingeniero Mendiola se demora también, pero sólo para acomodarse mejor en el sillón, tras su escritorio de caoba.

—Desde hoy como a las nueve —dice—. Son varias cosas. Más que nada está la cuestión de su desempeño, que usted lo ha

visto, Bety. Ya sé que le tiene mucha estimación a la ingeniera, pero no sólo está dejando qué desear en cuanto a calidad...

Ella trabaja más que tú, piensa Beatriz. No lo dice.

— ... sino que además —sigue el ingeniero— también está la mala imagen que proyecta. Le voy a ser sincero. Usted no me va a dejar mentir. Todo el día están viniendo a la empresa muchos clientes y gente importante, y usted ve la cara que ponen cada vez que la ingeniera Ely, que ya está grandecita y que se supone tiene un puesto de responsabilidad, se levanta al baño, se queda diez minutos y luego regresa... Usted ha visto la cara que trae cuando regresa.

También se levanta Fernández, se dice Beatriz, y él regresa haciendo ruidos con la nariz.

—Y encima está la muchachita ésa, que todo el tiempo está de arriba para abajo por la oficina...

—¿Cuál?

El ingeniero se queda mirándola. Menea la cabeza y dice:

—Bety, ni a usted le voy a creer que no la haya visto. Además, todo el día está aquí. Una morenaza, gorda, que siempre trae los mismos *jeans*.

—¿Quién es? —miente Beatriz.

Pero el ingeniero la mira otra vez como hace un momento y, después de hablar un rato de calidad total, la misión de la empresa y la misión de cada quién, el atreverse a ser mejores cada día, le explica: la llamó porque desea encargarle varios pendientes de los que, dadas las circunstancias, ha dejado Elena.

—Mientras encontramos algún sustituto voy a confiar en usted —le dice—. Es posible que vayamos a recortar la plaza de la ingeniera, así que a lo mejor tendrá que encargarse de todo eso ya de fijo, pero mientras es temporal. De todos modos es muy sencillo.

Al salir de la oficina del ingeniero, Beatriz llama al departamento de Elena. Nadie contesta. A la hora de comer, ya ha llamado otras tres o cuatro veces. Al salir de la fonda en la que come, busca un teléfono público. De regreso en la oficina, vuelve a llamar. Sigue sin haber nadie.

Después de una hora de abrir y cerrar archivos en su computadora, sentarse y levantarse, ir y volver a la ventana, tomar agua y café, se pone a preguntar a los demás. Nadie sabe nada de Elena. En Recursos Humanos le dicen tan sólo que Elena ya recibió su liquidación. Fernández, al llegar su turno, le pregunta:

—¿No la iban a correr?

—¿Y tú cómo sabes? —pregunta Beatriz.

—Lo dijo el ingeniero en la comida del otro día.

—¿A qué horas?

—Cuando nos pasamos del restaurante al bar. Ya se habían ido ustedes dos... Pero ella ya lo veía venir, ¿no? ¿Nunca te dijo nada? ¿Ni así en corto? ¿O su amiga la gorda esa?

—¿Cuál amiga? —vuelve a mentir Beatriz.

Y él sonríe al responder: —Bueno, para como anda la inge, esas cosas ya ni le han de interesar, ¿verdad? Puro viaje astral.

Cerca de las cinco, cuando todavía falta otra hora, Beatriz está mirando el reloj cada pocos minutos.

A las cinco y media, la señora Meche, la de los archivos, va hasta su lugar, le hace plática y, cuando Beatriz se niega a hablar de Elena, dice:

—Bety, a la hija de una amiga mía así le pasó. Estaba en la universidad y un día se paró y se fue.

—Me va a perdonar, doña Meche —dice Beatriz, y siente rabia, porque cuando preguntó tampoco la señora Meche sabía nada. Se pone de pie—, yo no conozco a su..., su amiga o la hija de su amiga, pero a mí me parece que Ely, la ingeniera...

Toma su bolso y lo abre para guardar sus cosas. Cuando va a meter su lápiz de labios, vacila. —¿Sabe qué? Sí estoy un poco preocupada. Voy a ir a verla.

—Falta media hora.

—Dígale al ingeniero...

—¿Por qué no te esperas a las seis? Ya no falta nada.

—Doña Meche, ¿usted nunca se ha quedado sin trabajo?

—Sí, y más de una vez —dice la señora, muy seria—. ¿Qué te pasa? Ya sé que..., ya sé que la aprecias mucho, ¿no?, y todo...

Beatriz se queda mirándola.

—Nada más te digo una cosa —continúa la señora—: que no te busques problemas. Haz de tu vida un papalote, si quieres, pero no seas tonta. Ya ves cómo es el ingeniero. Mira, no siempre es verdad, pero a lo mejor con ella sí, a lo mejor hasta tiene modo..., una tía...

—¿Cómo?

—¿No te acuerdas de lo de la tía, lo que dijo el ingeniero en la comida?

A las seis y pocos minutos, cuando el elevador llega a la planta baja, Beatriz piensa que ella tampoco sabe bien qué le pasa, y que Elena debe estar en su departamento, muy tranquila y sin ganas de contestar el teléfono, o en un café, o viendo una película en el cine. Puede haber salido, también, a buscar otro trabajo, o a cualquier otra cosa.

Sale del edificio y levanta el brazo para detener un taxi. Tal vez no debería estar tan nerviosa, pero sabe bien por qué Elena se levanta al baño con tanta frecuencia.

El taxista pregunta: —¿Adónde?

Ella le dice. El taxista asiente y ella sube. —Vámonos, señorito —dice el taxista, y el semáforo cambia a rojo.

Mientras esperan, Beatriz revisa su monedero, ve que sí podrá pagar el viaje, y luego, para distraerse, mira por la ventanilla. Atardece: desde hace mucho no sale tan temprano, y le llaman la atención los rostros cansados, ausentes, fastidiados de la gente en las banquetas. De repente, descubre a tres mujeres que van muy juntas: una joven, flaca y desgarbada, con un suéter enorme de color rosa, las piernas desnudas y sandalias; otra de unos treinta y tantos, con la cabeza rapada y sin cejas, vestida toda de negro, y otra mucho mayor, con la cara arrugada, una larga cabellera, una blusa blanca y una falda de volantes de muchos colores. Ninguna de las tres parece con ganas de ir a ningún lado; conversan en voz alta, aunque Beatriz no puede distinguir las palabras, y ríen con frecuencia. La gente que pasa a su alrededor las evita.

—¿De qué se ríen las locas ésas? —pregunta el taxista.

A lo largo del viaje, Beatriz ve a muchas otras mujeres de aspecto estrafalario, de todas las edades, en actitudes igualmente extrañas: dos que parecen gemelas, vestidas con gruesos abrigos, observan a un par de golondrinas posadas en un cable; otra, delgada y con un vestido de gasa, hace cabriolas en un parque; cuatro más, muy jóvenes y vestidas de negro, van colgadas de la parte trasera de un camión y arrojan volantes, o al menos papel de colores, a la gente que pasa.

—Yo la mera verdad no entiendo —dice el taxista.

Beatriz va a responder cuando ve, en una esquina, a otra. Sentada en la banqueta, parece dormir, aunque puede verse que tiene los puños apretados (los brazos le tiemblan). La gente pasa sin detenerse; algunos deben dar una zancada para no pisarla. Las ropas de la mujer están sucias, con grandes manchas grises de polvo y mugre, como si llevara un largo rato allí.

—Y estas otras, también. ¿Se ha fijado que ahora están por todos lados? Yo digo, ¿no tendrán en dónde vivir siendo que tienen para pagar las cosas que se meten? Porque ya ve, según son de las que son adictas a...

—Aquí a la derecha.

Mientras el coche da la vuelta, Beatriz alcanza a ver a una muchacha que aparece junto a la mujer sentada, se inclina ante ella, la abraza. La muchacha viste un uniforme escolar completamente blanco, desde los moños en el cabello hasta la falda corta y los zapatos.

## 2

Beatriz paga, cierra la puerta del taxi y camina hasta la entrada del edificio. Toca un timbre, espera, y se siente aliviada cuando escucha el zumbador y puede abrir la puerta. Beatriz entra en el edificio y sube las escaleras.

Elena la espera en el rellano. Se ve muy pequeña: trae un camisón que cuelga de sus hombros y apenas permite adivinar el torso delgado, la cintura estrecha, las piernas. Una sonrisa se diluye en sus labios delgados. Trae la cara lavada, y suelto el pelo, lacio y pintado de castaño (las raíces se ven).

—Hola —dice Elena—. ¿Qué te pasa, estás bien?

Por primera vez, hasta donde Beatriz recuerda, aparenta su edad: dos líneas flanquean su boca y tiene arrugas alrededor de los ojos. Se ve cansada y encogida. Pero Beatriz descubre que la esperaba aún peor, más pálida, con grandes ojeras; tal vez (aunque su problema es otro) con los brazos llenos de picaduras, con sangre en la nariz.

—Ah —dice Elena—. Ya sé qué me vas a decir.



—Vine hasta ahorita —responde Beatriz— porque apenas me dijo Mendiola...

—¿Cómo viste que el Mierdola me dio vacaciones?

—¿Qué?

—Bueno, me corrió. Pero al menos no le quedó otra que darme mi liquidación —la sonrisa de Elena se reanima—. Si fuera por ese cabrón, nos cobraría por ir a trabajar...

Entran en el departamento y Elena cierra la puerta.

—¿Estás bien tú? —pregunta Beatriz— ¿Cómo estás? ¿Qué pasó, por qué no llamaste?

Elena camina hasta la sala y se sienta en un sillón. Beatriz se sienta junto a ella. —Yo estoy bien —dice Elena, que ha puesto cara de preocupación—. ¿Tú? Te ves nerviosa.

—Es que te hablé varias veces.

—¿Nadie te contestó?

—¿Tienes, tienes visitas, esperas a alguien? —Beatriz mira a un lado y al otro— ¿O qué?

—No, bueno... Oye, pero de veras, ¿estás bien? ¿Por qué siempre estás tan angustiada?

—Tú estás muy tranquila, ¿verdad?

Beatriz se sorprende al escuchar su pregunta: sin querer, se da cuenta, le ha salido un reproche.

—Tú eras quien me lo decía, ¿no? Que era adicta al trabajo, que no estaba bien matarse...

Beatriz asiente.

—Ahora ya tengo como medio año libre. Y no sabes qué gusto me va a dar no volver a ver al pendejo ese del Fernández...

—Pero no te vas a pasar aquí encerrada el medio año, ni nada por el estilo, ¿verdad?

—¿Qué?

Beatriz piensa en una película que vio hace poco; Jennifer Connelly salía de adicta, y el final era espantoso. Esa noche tuvo una pesadilla, de la que consiguió olvidar casi todo, pero en la que alguien repetía que lo mejor es una muerte rápida. Al despertar siguió escuchando las palabras, aterrada, hasta que descubrió que eran el rechinado de uno de los batientes de su ventana, mal cerrado y movido por el viento. El sonido, al entrar en el sueño, se había transformado.

—Ely, no me digas que no sabes de qué te estoy hablando. Además ya todo el mundo lo sabe.

En la misma película, había una señora a la que su hijo le robaba para ir y comprar su...

—¿Por eso estás tan preocupada? —pregunta Elena.

Beatriz mira de reojo los cuadros sin colgar, los sillones todavía envueltos en el plástico de la mueblería, la televisión con la etiqueta en la pantalla. Todo está como siempre. Parecería que Elena sólo ha regresado a cenar de prisa y a acostarse, como es su costumbre. Siente un ligero alivio hasta que la oye decir:

—Ahora, antes de que digas otra cosa: no te llamé porque no pude. Estaba..., ya sabes lo que estaba haciendo. Y sí, tengo la idea de pasarme el medio año o el tiempo que pueda... así, igual, ¿sí?

Beatriz se queda callada por un momento. Luego dice:

—¿Haciendo eso?

—Sí.

—Te vas a quedar —sigue Beatriz— en la cama todo el tiempo, así como... ¿de la misma manera?

—¡No, Beatriz, no seas bruta! Alguna vez me tendré que parar al baño, ¿no? A comer.

—¿Y luego?

Elena se queda mirándola en silencio.

—¿Luego qué? —dice al fin— Ah, ¿luego qué voy a hacer? ¿Luego del medio año? No sé. No me veas así: ya estoy grandecita.

Comienza a frotarse las manos. Lo hace poco y (según ha visto Beatriz) sólo cuando no sabe qué decir.

—No lo he decidido. No te voy a decir que no me preocupa.

—Van a ser como vacaciones —dice Beatriz, y casi al mismo tiempo:

—Una siempre llega a pensar en aventarse y dejarlo todo, pero...

—¿Aventarte a qué?

Elena aparta la mirada de los ojos de Beatriz.

—¿Ely?

En otra película que vio, Jennifer Jason Leigh y otro actor eran una pareja de adictos; estaban en un callejón, o en algún sitio vacío y muy oscuro, y mientras se hablaban de amor se repartían unas pastillas.

—¿Qué dijiste? ¿A qué te vas a aventar?

—¿Te acuerdas de lo de la tía, lo que decía Mendiola de la tía rica? ¿La otra vez, en su discurso imbécil de costumbre? Ven.

Elena se para y va hacia a la recámara. Beatriz la sigue. Es la primera vez que entra en este cuarto; mientras observa que también aquí hay cuadros sin colgar recargados en las paredes, y que hay un librero vacío en la pared del fondo, junto al tocador, Elena se pone a alisar las sábanas de la cama; toma una almohada y la cambia de sitio; se inclina.

—¿Te acuerdas —pregunta Elena— o no?

Beatriz se siente irritada al ver que Elena hace cuanto puede por darle la espalda.

—¿Quieres que me vaya? —dice— ¿Segura que no esperas a nadie?

Pero, mientras Elena continúa inclinada sobre la cama, le parece estar viendo a una anciana, enferma, a la que cada movimiento le cuesta.

—No, Beatriz —la escucha decir—, no te vayas. No espero a nadie. Ven. Siéntate. Por favor.

Las dos se sientan, una al lado de la otra, en la cama.

—Mira, me vas a regañar, me vas a decir que soy una idiota, pero... —se interrumpe— Te va a sonar absurdo.

Levanta las manos, abre y cierra los dedos, vuelve a bajarlas.

—Tranquila —dice Beatriz, mientras Elena vuelve a levantar las manos para cubrirse el rostro. Levanta su mano y la pone, brevemente, en el hombro de su amiga. Piensa en el ingeniero Mendiola; en alguna ocasión, hablando con Fernández y otros de sus amigos, llegó a decir (Beatriz lo escuchó) que Elena era una resentida:

—Yo ni la conocía cuando me dieron mi puesto, pero ella, según esto, pensaba que le iba a tocar. Por eso tiene tanto rencor. ¿A poco no siempre es igual? A donde vaya uno, siempre la misma cochinado, la misma actitud negativa... Pero a la que peor le va es a ella misma. Ella sola se chinga. ¿Saben que siempre llega antes de las ocho? ¿Y que se espera a que yo salga de la oficina, y siempre se queda una o dos horas más, como para hacer que trabaja más que nadie?

—Es simplemente —dice Elena, descubriéndose, pero se interrumpe, sonrío, tartamudea; Beatriz quita su mano—, digo, además de que va a estar muy difícil que consiga otro trabajo pronto, como están las cosas... Una vez me contaron de una cantante, no me acuerdo quién era, de los sesenta. Era muy famosa, así como los Beatles o Jim Morrison, pero empezó a meterse cosas, heroína.

—Y se murió.

—No —dice Elena—. No se murió. Todavía vive, pero de limosnera, o abajo de un puente, no sé bien... Espérate. La cosa es que cuando le preguntaron si no lamentaba haberlo perdido todo, que ya nadie se acordara de ella, ella dijo que no: que al principio sí, pero luego se había dado cuenta de que así como se puede ser cantante, actriz, empleada, ama de casa, también...

Ahora Beatriz recuerda una de sus primeras conversaciones en la oficina, ante la cafetera, y entre dos contadores que se empeñaban en hablar como si ellas no estuviesen allí. Desde entonces, Beatriz tiene una idea clara del carácter de Elena: le bastó ver el trabajo que le costaba hacerse oír sobre la plática de los contadores, y su alivio cuando ambas terminaron de prepararse sus cafés y pudieron regresar a sus lugares.

—Así como se puede ser todo eso —está diciendo ella ahora— también se puede ser adicta. Una puede decidir que eso es lo que quiere. Se me hizo tan raro cuando lo oí...

Claro, piensa Beatriz, ese carácter debe haberle hecho más fácil ignorar todo excepto su trabajo y pocas amistades. Muy pocas: salvo ella misma, Beatriz no podría mencionar sino a doña Meche, quien por supuesto es ya una señora grande...

—Pero, ¿sabes qué?, sí se puede ser así. Yo primero decía que no, que cómo..., pero en realidad, pensándolo con calma, sin dramas... En verdad no me interesa ser ni exitosa, ni rica...

—¿De veras será tan difícil que te consigas otro trabajo? No tienes que sentirte, vaya, frustrada.

—¿Cómo?

Elena cruza los brazos y hace una mueca.

—Beatriz, ¿no has oído nada de lo que he dicho? Estoy tratando de explicarte que me he dado cuenta... Mira, yo tampoco lo quería creer, decía que no era posible, que la gente que

decía eso estaba loca, que tenía daño en el cerebro, pero... ¿no me entiendes?

Beatriz levanta otra vez su mano, pero no toca a Elena, quien otra vez se le oculta. En un rincón, cerca de la mesa de noche, hay otro par de cuadros sin colgar y un rollo de tela asegurado con una liga: Beatriz ve que es un calendario del año pasado, cuando Elena se mudó a este departamento.

—No es nada más que sea muy agradable, que sí es muy agradable. Estoy cansada. No me interesa ser ni la subdirectora de planeación, ni la directora, ni quedarme trabajando hasta noche para no tener que hacer nada más en todo el día, ni que me paguen por aguantar al Mierdola ni a los otros imbéciles, ni a las arpías de Recursos Humanos... Ya me cansé de estar matándome toda la vida nada más porque sí, nada más porque se supone que es lo que uno tiene que hacer, o por miedo de que luego...

Se está haciendo tarde, y Beatriz vive lejos. Para volver, tendrá que tomar dos camiones y recorrer una docena de estaciones de metro. Pero, por supuesto, no se puede ir aún. ¿Cómo va a dejar sola a Elena?

—¿De dónde —la interrumpe torpemente para decir algo— va a sacar dinero?

Elena, sin responder, saca los pies de sus pantuflas, que son blandas y azules.

—A ver, otra vez. Me he pasado toda la vida creyendo eso de que tienes que superarte, y llegar hasta arriba, y así asegurarte tu futuro y todo lo demás, y ahora me doy cuenta de que todo es mentira. Nunca he hecho otra cosa que tratar de conseguir dinero, y ahora estoy viendo que no lo necesito.

Beatriz, fugazmente, trata de imaginar a Elena en una clínica de rehabilitación.

—Ahorita tengo, claro, y bastante...

Vio una en la televisión, alguna vez: la gente con daño cerebral jugaba, en un jardín, a pasarse una pelota enorme. Nadie podía ni levantarla sin ayuda. Varios tenían las batas húmedas de su propia saliva.

### 3

—¿Pero luego? —dice Beatriz— Al menos te va a hacer falta para comprar, ¿no? La cosa.

—¡La cosa!

—El relleno, no sé, lo que te... lo que te inyectes —Beatriz, sin proponérselo, sonrío—. Lo que te untes con...

Elena se golpea los muslos con las manos, se aparta de Beatriz, se pone de pie y camina hasta el baño. Se mete y cierra la puerta pero dice, desde el otro lado:

—¡La cosa! ¿No te he dicho como 50 mil veces que no es cocaína ni marihuana ni nada así? ¿Que no tengo que ver a ningún *dealer*? Tú estabas ahí cuando lo compré. Sólo se compra una vez.

Una tarde, Elena insistió en llevarla con una vendedora que atendía junto a un puesto de tacos cerca de la oficina, en una calle pequeña, detrás de la avenida. En realidad, todo el tiempo quiso convencerla de que comprara su propio...

—¿No te acuerdas que es legal?

Pero Beatriz, por supuesto, no creyó lo que decían todos —la vendedora, un par de clientas más que estaban allí, desde luego la propia Elena— acerca de las bondades de la cosa. No quiso ni verla...

—Se llama escoto. ¡Vamos, tócalo! —le dijo Elena, y se dedicó a fastidiarla todo el camino de regreso (habían empleado buena parte de la hora de la comida en ir a hacer la compra) con la caja de cartón que le habían dado, amenazándola con abrir la caja y mostrarle el interior.

—¿Sí te acuerdas, o no? ¿O sigues igual de espantada?

Beatriz, primero, se da cuenta de que Elena debe haber estado metida en aquello desde antes de ir con la vendedora. Luego se siente muy desconsolada.

—Ely, si es legal —dice—, ¿por qué nadie..., por qué no... por qué no sale en la televisión que qué maravilloso es para la salud y que todo el mundo debe tener el suyo?

Se oye el ruido del desagüe y Elena sale del baño.

—¿Sabes cuántas mujeres tienen su escoto? Millones. Lo dicen a cada rato. ¿No ves la televisión, no sales a la calle? Seguro me vas a salir con que tampoco has visto a ninguna...

—¿A quién? —miente Beatriz. Y la oye decir:

—¡Ay, Beatriz, por favor! ¿A quién quieres engañar? Nada más que estuvieras en estado vegetativo...

—Elena —se asusta Beatriz, muy quedo.

Ella no alcanza a oírla:

—... o en una isla desierta... No es posible que no sepas. ¿Por qué haces como si nunca te hubieras dado cuenta de nada?

—Si quieres me voy —dice Beatriz.

Pero no se mueve. Elena vuelve a la cama.

—Perdón —dice, y vuelve a poner las manos sobre sus muslos pero ahora para alisar el camisón, con movimientos largos y lentos—. Te he de sonar como una degenerada, ¿verdad?

—Nada más no me digas —le pide Beatriz— que tengo que probarlo.



—¿Te acuerdas de cuando te fumaste un churro con no sé qué amiga tuya...?

—No era mi amiga.

—Con quien haya sido.

—Fue en la prepa. Y me puse muy mal.

—Te sentiste culpable —dice Elena, y antes de que Beatriz pueda responderle agrega: —Pero mira, tampoco me tengo que disculpar contigo. Me gusta. Me gusta más que cualquier otra cosa.

Muchas veces, piensa Beatriz, Elena ha insistido en su baja estatura y en su peso. También en que su cara es muy estrecha, y en cómo la afean algunas cicatrices de acné (que nadie más puede ver) de cuando era adolescente. Y además están las huellas de años de intentar depilarse las patillas.

—A los 12 años —la ha oído decir, más de una vez— me las rasuré por jugar y desde entonces. Por más que hago siempre acabo con estos pelitos horribles...

Beatriz, cada vez, ha querido decirle que no debería pensar de ese modo. Elena levanta las sábanas y se acuesta. Se tapa hasta el pecho.

—¿Me permites? —Beatriz siente los pies de Elena que, bajo las cobijas, presionan su muslo. Primero no sabe qué hacer; luego se aparta— Gracias. Mira, perdón por lo que dije hace un momento. No quiero obligarte a nada.

A lo mejor, piensa Beatriz, se siente sola. Tal vez nada más sea que se siente sola. Que cree no tener a nadie.

—Una vez me dijiste —comienza— que cómo era yo cerrada.

—Te ofendiste, ¿verdad?

—¿Cómo? No, no, lo digo porque...

Elena la está mirando.

—A lo mejor a ti también te parece extraño, o anormal.

—¿Qué cosa?

Beatriz suspira, se moja los labios, y descubre que no puede continuar.

—Dime —dice Elena.

Hace muchos años, cuando tenía nueve o 10, Beatriz estaba en el multifamiliar en el que vivía. Abrió una ventana y miró hacia fuera, a los edificios cercanos, el estacionamiento, los árboles plantados en jardineras ante la entrada de su edificio. Cerca de un árbol estaban dos personas, que se estrechaban con fuerza y se acariciaban las espaldas con movimientos largos, muy lentos. Beatriz nunca había visto nada semejante: hasta los muslos de ambas personas se tocaban, y de pronto las manos de una de las personas desaparecieron, bajo el suéter que cubría la espalda de la otra... Se quedó allí, fascinada, hasta que oyó tras de sí la voz de su madre:

—¿Tu tarea, Beatriz?

Ella obedeció, se apartó de la ventana y fue a la mesa del comedor, donde estaban sus libros y cuadernos. Su madre pasó junto a ella y llegó hasta la ventana. Beatriz abrió un cuaderno cuando la sobresaltó el primer grito, furioso y destemplado. Pasaron años antes de que volviera a oír muchos de los insultos que escuchó después, durante un tiempo que debe haber sido breve, apenas un minuto, pero que le pareció mucho más largo. Lo último que dijo su madre fue:

—¡Vayan a otra parte a hacer sus porquerías, aquí hay niños!

Luego cerró la ventana, con tanta fuerza que uno de los vidrios se partió en dos. Y ahora Beatriz no puede hablar.

Se quedó viendo a su madre, aquella vez, y ella le dijo: —¿Qué me ves? ¿Qué cosa quieres?

—¿Qué te pasa? —dice Elena, y sigue esperando, metida en la cama, rodeada por sus cosas.

—¿Qué te pasa? —dijo su madre, porque Beatriz no se atrevía a responder.

Y Beatriz sabe, ahora, que quisiera explicarle todo a Elena, todo desde la primera conversación en la oficina, todo lo que ha pensado, todo lo que piensa aún, todos los días, mientras trabaja, mientras va por la calle o está sola en su casa, mientras espera, en su lugar, entre las seis y las nueve de la noche, a que Elena termine su trabajo.

Pero sólo puede decir:

—A lo mejor, no sé, se puede hablar con alguien de más arriba que Mendiola... Podemos, no sé, decirles de todas las veces que él se ha..., que has hecho su trabajo y que no te... no te ha dado crédito.

—¿Esa es tu gran idea?

Beatriz baja la vista.

—¿Y a quién le vamos a decir? Todos son iguales. Además te digo que no quiero. ¿Qué es muy difícil de entender?

Elena no es tonta: ya debe saber que como Beatriz vive lejos, acostumbra llegar a su propia casa después de medianoche.

Pero ninguna de las dos dice nada más mientras Elena se arrebujaba en las sábanas y saca, del cajón de la mesa de noche, la caja de cartón. La abre.

El escoto es un cilindro de madera, largo y curvado. Ahora que lo ve por primera vez, Beatriz recuerda todas las comparaciones habituales; a ella, sin embargo, le parece el remate de un bastón, de los que se usaban antes. La superficie de la madera es muy porosa. Beatriz sabe que se usa poniéndolo en la palma de la mano.

—Nada más hay que apretarlo —le dijo Elena, el día que lo compró— y pedir un deseo.

—¿Un deseo?

—No es cierto, Beatriz —se rió Elena.

Ahora Beatriz pregunta:

—¿De dónde viene ese nombre de “escoto”?

—No sé.

—¿No decían que los fabricaban en Irán, o en Cuba?

—¿Qué?

—Salió en el noticiero.

—¿También decía que eran obra del diablo?

—No, vaya, no —Elena se recuesta en el colchón—. Pero ¿no te... no te has puesto a pensar que..., carajo, Ely, sí sabes que sólo funciona con mujeres?

—Como las toallas.

—No, Ely, en serio, ¿no se te hace raro? Sí has visto, ¿no? Que a los hombres no les hace efecto.

Elena recarga su cabeza en la almohada.

—Sí, Beatriz, sí he visto. ¿Qué importancia tiene? Al menos una cosa que no es versión femenina de otra hecha para hombres...

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Beatriz, mientras se aproxima hasta la cabecera de la cama y se inclina, cada vez más, hacia Elena.

Ella, después de un momento, alza una mano y toca la mejilla de Beatriz. Sus dedos son fríos y la empujan. Beatriz se aparta.

—Bety, te agradezco mucho que hayas venido, en serio. Sé que, bueno, que me aprecias, y que ahorita esto debe ser... Yo te estimo mucho. No puedo demostrarlo como tú quisieras, y lo siento. No puedo. Pero...

—Yo te quiero mucho —dice Beatriz.

—Yo también te tengo cariño —dice Elena, y tiende su mano para tocar el hombro de Beatriz. Lo aprieta. Beatriz siente el contacto, intuye que debería apartarse, pero no se mueve—. Voy a estar bien. No te preocupes. Ahorita quisiera...

—¿Tienes, cómo se llaman, dolores de abstinencia, algo así?

—Ay, amiga, cómo eres pendeja.

Hace meses, en alguna ocasión en la que Elena estaba enferma (tal vez, piensa ahora, no estaba enferma: tal vez fue una de las primeras veces que usó el escoto), Beatriz, después de pensar y dudar mucho, fue sola, después del trabajo, a un antro. Hasta el nombre le era extraño: no había pisado un bar ni una discoteca desde su adolescencia, y se quedó ante una mesa en un rincón, durante muchas horas, observando a la gente bailar, tomar, besarse. Alguien llegó hasta ella y le habló, le propuso...

Ella se levantó y salió corriendo. Quiso salir: le reclamaron, en la puerta, el pago de una sola cerveza, que se había entibiado en su botella sin que Beatriz la probara. Pagó, pero sintió todas las miradas sobre ella y tuvo la impresión de haber hecho algo terrible.

Ahora, se yergue y dice:

—Sí, de veras soy pendeja. Estoy aquí perdiendo el tiempo, y todo el día me la pasé..., todo el día sintiéndome culpable, toda atormentándome porque no me atrevía a salirme y venir...

—¿Todo el día estuviste...?

—¡Pensé que te había pasado algo!

—¿Y te hubieras ido de la oficina así nada más? —Elena se yergue— Es decir, no, en serio, ¿te hubieras metido en problemas por mí? ¿Con lo mamón que es el Mierdola?

—No sabía, ya te dije, no sabía si te había pasado, no sabía...

—Ay, amiga, perdón.

Elena vuelve a tomarla del brazo, pero ahora la atrae hacia así. La abraza, muy fuerte, y cuando Beatriz responde, también la aprieta. Beatriz no quisiera soltarla. Lo hace, sin embargo, cuando Elena afloja un poco la presión de sus brazos.

—Eres —dice Elena— la mejor..., de las mejores amigas que he tenido... No pensé que estuvieras tan preocupada. Mira: no voy a salir. No me va a pasar nada. Te prometo que voy a pararle para comer. En serio, ¿sí?

Beatriz vuelve a sentarse en la cama. No sabe qué hacer.

—Es más, te propongo una cosa: llámame cuando quieras, y si no te contesto... ¿Viste dónde puse las llaves? Llévatelas. Tengo copia. Ven cuando quieras. No toques ni nada, nomás entra.

Beatriz no dice nada. Elena parece a punto de tomar el escoto, pero en vez de hacerlo dice:

—Ay, Beatriz, ¿no me entiendes? Es que... Ay, mira. Vamos a hacer otra cosa. Vamos a hablar, pero más tarde. Primero..., primero habla con otra persona.

—¿Quién?

—La voy a llamar. Se llama Shanté.

—¿Cómo?

—Ya sabes quién es, pero creo que no han hablado. Voy a estar bien, ¿eh? Te lo prometo. ¿Has visto que tenga aspecto de..., no sé, de pacheca, de coca?

—No. ¿Pero a qué viene...?

—Quiero que te tranquilices. No pasa nada. Espera un momento y la vas a oír tocar la puerta —dice Elena, toma el escoto y lo aprieta en su mano derecha.

Su cabeza cae en la almohada y sus ojos se cierran. Beatriz se inclina sobre ella. Los ojos permanecen cerrados, pero se mueven, bajo los párpados, cada vez más rápido.

—¿Ely? —dice Beatriz, asustada— Elena. ¡Elena!

Toca su mejilla. Elena no reacciona. Levanta su mano izquierda y la deja caer. Está a punto de ensayar una bofetada, o de intentar levantar a su amiga, tomarla de los hombros, tal vez sacarla de la cama, cuando se oye el timbre. Beatriz respinga, sobresaltada. Se levanta. Nerviosa, camina hasta la sala y se queda a varios pasos de la puerta. No se anima a ver por la mirilla. Vuelven a tocar: es un solo timbrado rápido, como si la persona que toca no tuviese prisa.

—¿Quién, quién es? —dice Beatriz.

—Buenas noches —dice una voz de mujer—. Mi nombre es Shanté. Elena acaba de hablarle de mí.

#### 4

Beatriz, a pesar de que ha visto escenas semejantes muchas veces (en el cine, en la televisión), no quiere abrir la puerta. Siente que no es ella misma: que se observa, desde lejos, mientras se acerca, toca la manija, la ase.

Abre la puerta y del otro lado está una muchacha muy morena, alta y robusta, vestida de mezclilla y con el pelo largo y ondulado. Sus senos son más bien pequeños, pero sus caderas abundantes. Tiene manos largas y fuertes, tan oscuras como su cara, la nariz ancha y los labios gruesos. Sonríe con unos dientes muy blancos salvo un incisivo, que es dorado. Lleva botas de minero, pantalón de mezclilla y una playera roja, un poco demasiado estrecha, que hace resaltar sus senos pero también los pliegues de su abdomen. Tiene la cara redonda y los ojos grandes.

—Hola —dice. Su voz es agradable. En realidad se parece mucho a la de Elena—. Usted es Beatriz. De la empresa. Es secretaria y amiga de Elena. Ya nos hemos visto, aunque creo que nunca habíamos hablado, ¿no?

—Hola —repite Beatriz. Shanté entra en el departamento y se sienta en uno de los sillones.

—Yo estaba aquí cuando usted habló por teléfono —dice.

—Ya sé.

—No le contesté porque no sabía qué decirle.

Beatriz no responde. Piensa que aun si se pusiera un traje sastre, se maquillara, usara zapatos de tacón y un empaste, o postizo, que no se viera de metal; aun si se pusiera a dieta y se cortara el cabello; aun si usara alguna crema para aclararse la piel, aún así Mendiola seguiría diciendo que da “mala imagen”. Algo tiene, tal vez la forma de sentarse, o el modo en el que se mueve al caminar...

La oye decir: —Supongo que querrá que le explique cómo llegué aquí y cómo sé de usted y todo eso... Ojalá no piense que todo es una broma o algo así, que me puse de acuerdo con Elena y que estaba esperando afuera desde que llegó.

Dentro de poco, a Beatriz le dará por investigar más sobre este efecto del escoto. No hallará gran cosa en ningún lado (libros, revistas, internet), pero visitará un albergue, grande y lleno, en medio de un bosque cercano a la ciudad, atendido por las tres mujeres —la del suéter rosa y las sandalias, la de la cabeza rapada, la de la falda de volantes— que vio hoy, al salir de la oficina, en el camino a la casa de Beatriz. Les preguntará si quienes optan de verdad por el escoto llegan a verse como en el programa que recuerda, el de la gente jugando a la pelota. Las tres se mirarán extrañadas, y estarán a punto de reírse, pero la del suéter (que en esa ocasión será verde) entenderá el sentido



de la pregunta, se pondrá seria y le explicará lo que ocurre, eventualmente, con las mujeres que se deciden a usar el escoto.

Ahora, Beatriz sólo puede asentir en silencio.

—Supongo —continúa Shanté— que se va a oír terrible, pero..., aunque no lo sé de cierto, supongo que tengo este aspecto porque Elena no se gusta. Es la teoría más popular. Como usted sabe, ella tiene problemas de autoestima...

Beatriz, sin mirarla, dice:

—¿Entonces, entonces sí es cierto? ¿Lo que dicen? ¿Tú eres como, una, una cosa, vaya, algo que ella hace?

—Una cosa —Shanté hace una mueca—. ¿Nunca se le ha ocurrido que cosa es una palabra muy fea, muy imprecisa? Por lo demás no, no soy del todo algo de ella. Por ejemplo, yo elegí mi propio nombre. Quiere decir “paz”. Más o menos. Tendría que ser Shantih, que es una palabra en sánscrito...

—¿Qué?

—Pero en una canción de RuPaul dice así: “Shanté”.

—¿Quién?

—¿Nunca ha visto a RuPaul? ¿Un travesti negro, muy alto, que usa pelucas rubio platino? A veces canta con Elton John.

—No.

—Creo que Elena tampoco. En fin. Ah, y “Shanté” también suena como el verbo “cantar” en francés. Por eso me gusta: porque quiere decir mucho. También pensé en ponerme “Daena”, o “Sofía”..., pero no sé, ¿a usted le parecerían nombres apropiados? Siempre me han sonado muy rimbombantes, en especial Sofía.

—¿Elena sabe francés? —dice Beatriz, y piensa que, después de todo, tal vez sería mejor volver con ella, tratar otra vez de despertarla, pedirle por favor una explicación. No lo hará. En los días por venir, incluso, le prometerá no quejarse, no hablarle de rehabilitación ni nada parecido.

—Creo que no —responde Shanté—. Sólo inglés y español. Y eso es de lo más raro, que en realidad yo no sé todo lo que sabe ella, ni viceversa. Y tampoco nos acordamos exactamente de lo mismo. Supongo que...

Dentro de algunos meses, una noche, Beatriz sentirá la necesidad de salir: tomarse (dirá, con muchas vacilaciones) un rato libre. Cada media hora llamará por teléfono, desde el antro que elija, para enterarse de cómo sigue Elena. Tres veces notará que la miran, con gran insistencia, desde alguna mesa cercana, y ella misma procurará mirar al suelo, o a la pared. Después de que le sirvan la primera cerveza, sin embargo, llamará su atención una pareja, vestida con pantalones bombachos, camisas a cuadros y zapatos tenis. Las dos tendrán el cabello muy corto pero patillas falsas: mechones largos justo sobre las orejas, pegados a las sienes con fijador. Bailarán, con muy pocas pausas, hasta la madrugada.

La pareja no será, realmente, la única con esa vestimenta. Pero a Beatriz le sorprenderá, primero, su aspecto; luego, que debajo de él, en las caras y los movimientos de las dos, se verá el deseo; más tarde aún, que ninguna, jamás, apartará los ojos de la otra. Shanté ya está buscando, en una caja junto al televisor, entre varias botellas. Beatriz se levanta.

—Un momento —dice, y va hacia la puerta de la cocina.

—¿Está bien?

—Necesito un poco de agua.

—¿No quiere algo más fuerte? ¿Un anís, un vodka? ¿O un café?

Beatriz entra en la cocina y cierra la puerta.

—Soy bastante buena con la cafetera —le dice Shanté, que está recargada en el mueble junto al fregadero. Beatriz contiene un grito—. Es que el instantáneo nomás no me gusta... ¿De verdad no quiere?

Beatriz se descubre sin fuerzas para rechazarla. Shanté resulta ser, en efecto muy buena con la cafetera. De vuelta en la sala, pasan un largo rato casi en silencio. Comen de una caja de galletas que Beatriz halló en la despensa.

—Otra diferencia es que a mí me encantan las soletas y a Elena no —dice Shanté—. ¿Por qué no le gusta que Elena use el escoto?

Beatriz mira su reloj. Van a ser las nueve. Ha pasado mucho menos tiempo del que creía.

—¿Por qué ha de ser? —responde, sin apartar la vista del reloj.

—Bueno, porque piensa de un modo que a usted no le gusta, porque usted desapueba las adicciones, porque ella ya no quiere ir a trabajar...

Como antes con Elena, Beatriz se siente disgustada, pero no sabe qué decir. Levanta la vista. Shanté está sentada con una pierna cruzada debajo de la otra; Beatriz, dentro de algunos días, leerá que esa posición es asumida, en general, por personas muy creativas e inteligentes. La expresión de su cara es extraña: todo el tiempo parece estar muy relajada, al contrario de Elena, quien acostumbra verse muy tensa...

—Le hace... le hace daño —dice Beatriz—. Ahorita no va a comer en quién sabe cuánto tiempo. Está dispuesta a quedarse sin trabajo, a hacer no sé qué más, y además, además —señala su cabeza—, todo eso de por sí hace daño, ¿no? ¿No? ¿No se acababan las neuronas?

—Que yo sepa no más que con el alcohol. Los efectos a largo plazo son otros, no lo sé bien, creo que es como un deterioro general...

—¿Qué?

Shanté se queda callada, pero sólo por unos segundos.

—Usted me tendrá que perdonar, pero ¿de veras es para tanto? Es decir, lo del trabajo. A lo mejor es que yo siempre he odiado las oficinas, pero ¿se acuerda cuando el ingeniero Mendiola platicó sobre la tía rica?

Alguna otra vez Beatriz volverá de hacer compras y verá de lejos a una mujer, de pie ante la puerta del edificio de Elena. La mujer tocará el timbre con gran insistencia. La puerta del edificio se abrirá con un zumbido. Beatriz no se atreverá a avanzar y entrar también y se quedará afuera, mirando, desde abajo. Casi creará escuchar los pasos de la mujer hacia arriba, por las escaleras, y hasta la entrada del departamento. Luego de una pausa escuchará un grito.

—¡No! —grita Beatriz— ¡No me acuerdo! ¿Por qué todo el mundo me pregunta eso?

Las dos se quedan calladas. Beatriz pone su taza en la mesa de centro, pero la mano le tiembla y derrama casi todo el café.

Shanté va a la cocina por una jerga y vuelve para limpiar.

—¿También se lo recordó Elena?

Tras el grito, de pie en la banqueta, con varias bolsas de plástico en las manos, Beatriz escuchará, apenas, la voz de Shanté y otra, que nunca antes habrá oído. Después de cierto tiempo, verá a la mujer cuando se acerque a las ventanas de la recámara, la sala, otra vez la recámara, seguida por Shanté; primero le costará trabajo distinguirlas, y luego, cuando alguna de las dos encienda las luces, la verá como sombras.

—Está bien —dice Beatriz, mientras Shanté hinca una rodilla ante ella y la toma de la blusa, en la que cayeron varias gotas de café.

—No sabía —dice Shanté—. Es decir, que le chocara el tema.

—De veras está bien —repite Beatriz, pero antes de poder apartarse Shanté ya ha terminado, y se pone de pie.

Después de un rato, las bolsas comenzarán a pesarle, y Beatriz las pondrá en el suelo, las levantará, las pasará de una mano a otra; deseará que la mujer se vaya y se sentirá ridícula, aguardando, pero no se animará a moverse. De pronto oirá un golpe fuerte, arriba, y la sombra de Shanté quedará sola, dibujada tras la ventana.

—Listo —la oye decir ahora.

Como Elena hace muy poco, Beatriz se cubre el rostro con las manos.

—¿Qué le pasa?

—La loca soy yo, ¿no? ¿No eres como una... una alucinación? —dice, sin descubrirse. Su voz le suena extraña.

—No.

Cuando la mujer aparezca por la puerta del edificio, Beatriz se ocultará: asomada desde la esquina, la verá alejarse por la calle hasta un coche estacionado. Cuando se haya ido, y Beatriz se anime a entrar en el edificio, y llegada al departamento se ponga a acomodar las provisiones, se enterará de que la mujer es la madre de Elena. Mientras prepara el suero de la noche (serán los primeros días realmente malos), Shanté le dirá que la intención de la mujer era “llevarse a casa” a su hija.

Beatriz se descubre, se levanta y regresa a la recámara.

—Según, para cuidarla —dirá Shanté.

Elena sigue acostada y con los ojos cerrados. Tiene la boca entreabierta. Beatriz descubre que esperaba ver un rastro de saliva en sus labios, o bajando por su mejilla hacia la almohada.

—Para cuidarla mejor que yo, dijo, que soy una rara —dirá Shanté.

Del otro lado de la cama, Beatriz entrevé un movimiento, y está por levantar la vista cuando alcanza a percibir el color rojo

de la playera y los cabellos largos y negros. Sólo inhala, ruidosamente, y aprieta las mandíbulas.

—Y hasta azota la puerta —dirá Shanté—: Maldita vieja.

—Mira —dice Beatriz ahora—, Shanté o como... como te llames...

—¿Otra vez la asusté...? Discúlpeme. No era mi intención, me regreso a la sala.

—Por favor —dice Beatriz, y procura no mirar. En cambio escucha los pasos de Shanté, largos, pausados, que se alejan.

—Aquí estoy, por si necesita algo —la oye decir.

Ese día que ha de llegar, Beatriz tardará en notar la rabia en las palabras de Shanté. Ahora la escucha pero no responde. En cambio, observa la mano derecha de Elena, que aprieta aún, como hace rato, el escoto. El puño tiembla. Beatriz piensa en separar los dedos y quitarle el objeto. No se atreve. Teme hacerle daño. Además, muy pronto tendrá que marcharse. El servicio de camiones sigue durante toda la noche, pero el metro deja de pasar hacia la una. Se le ocurre que no puede llegar tarde al trabajo, mañana. Toma la mano izquierda de Elena y, después de un momento de duda, la aprieta. Luego acaricia sus mejillas.

—Yo nunca la había visto —dirá Shanté—. ¿Usted la había visto alguna vez? ¿Cuántas veces habrá pensado en su hija en el último año, la muy...?

Beatriz apaga la luz, y va a cerrar la puerta, pero se detiene. Duda. Vuelve hasta la cama y besa la frente de Elena.

De regreso en la sala, oye decir a Shanté:

—Creo que esto Elena no lo sabe... Según me dijeron, la palabra “escoto” viene del nombre de un místico del siglo IX, Juan Escoto Erígena. Él decía... ¿cómo decía? Decía que todo en el mundo es una revelación de lo divino. Decía que todos somos imágenes.

—No tenía idea —responde Beatriz, mientras vuelve a sentarse.

—En realidad —dice Shanté—, el nombre no tiene mucho que ver con el objeto, o al menos yo no creo que esto sea una experiencia mística. Quiero decir, podrían llamarse visiones, porque, según entiendo, ahora Elena está viendo lo que yo veo, oyendo lo que oigo, como si soñara que soy yo —Beatriz se ruboriza—. ¿Qué le pasa?

Beatriz mira hacia arriba, sonrío a medias, se remueve en el sillón.

—Soy muy tonta. Yo pensaba que venía de “escote”, por eso de que sólo funciona con mujeres.

—Hay quien le dice “escroto” —el rubor de Beatriz no desaparece—. Hay una teoría, no se dónde la leí, desde luego es una especie de leyenda urbana, una de esas tonterías de las revistas... Según eso, la difusión del escoto sería parte de un plan para exterminar a todas las mujeres, y sobre todo a las inconformes. Lo que se busca, según esto, es que mueran de hambre, que no se reproduzcan...

Beatriz se pone de pie otra vez, va a la puerta y sale del departamento. —Es una teoría paranoica —escucha a sus espaldas, y luego, cuando la puerta está a punto de cerrarse: —¿Beatriz?

Cierra la puerta con llave, camina por el pasillo hasta las escaleras y baja los dos pisos. Sale del edificio y avanza por la calle. Ya es noche cerrada.

Beatriz, después de un momento, advierte que ni siquiera presta atención a su camino. No sólo no se dirige a la parada de su camión, sino que ya no reconoce los lugares por los que avanza. Deja atrás a otros peatones, y algunos coches la rebasan. No levanta la cabeza, no busca los nombres de las calles. Mira su reloj y se dice que debería apresurarse, para poder llegar

a tiempo a su casa, cenar y dormir las horas necesarias para no sentirse desvelada al día siguiente. También podría llegar al multifamiliar en el que aún viven sus padres, y que no está tan lejos (aunque tal vez está caminando precisamente en la dirección opuesta), pero no sabría qué decirle a ninguno de los dos. Grita de nuevo al toparse, justo frente a ella, con Shanté.

—Beatriz —la oye decir.

Ahora sí levanta la vista, ve su cara. Va a gritar una vez más. Shanté tiene levantada una mano, como para tocarla, y Beatriz vacila. También podría preguntarle cómo salió del departamento, o recordarle su promesa de no volver a hacer lo que sea que haya hecho.

—Discúlpeme —la oye decir, y siente las lágrimas, y piensa que debería echarse a correr, que se hace tarde.

## 5

Elena, en poco más de medio año, tendrá el aspecto de enferma que Beatriz tanto teme llegar a verle. Apenas se despertará unos minutos al día, para comer y poco más. Beatriz pasará buena parte de su tiempo leyendo: cada tanto, dará con estadísticas: cuán rápido se extiende el uso del escoto, cuántas mujeres toman la misma decisión. También hallará, en alguna parte, esta idea:

—No es verdad que la gente —leerá en alta voz— se vuelva predecible con los años. Cualquiera puede, cualquier día, hallarse al menos pensando una idea nueva, de la que nunca se hubiera creído capaz...

—Es que necesitamos platicar —dice hoy Shanté—. Eso lo tengo claro. También Elena quiere que lo hagamos. Con calma.



Entiendo que esto debe ser muy violento para usted, pero créame que no quiero hacerle nada, ni tampoco a ella... Yo..., este..., ya..., ya pasó.

Beatriz no responde porque sigue llorando, entre los brazos de la muchacha, con gemidos graves y profundos.

Entre uno y otro, además de un dolor que crece en su garganta, Beatriz puede percibir que la muchacha es más alta que ella, y que su propia cara casi está sobre los senos menudos y cálidos. Puede oler la tela de la playera, y también, bajo ella, la piel. No media nada entre ambas. Siente bajo sus manos la carne joven y elástica, pesada, de los brazos. Pero otra vez no puede moverse.

—Está bien —dice Shanté—. Está bien.

Beatriz quiere decir algo pero no puede. Sigue llorando: más tarde entenderá que llora por Elena, por no saber qué hacer con lo que está pasando, y también porque, mientras Shanté la estrecha y ambas se mecen, lentamente, se le ha ocurrido, sin que pueda explicarse por qué, que ella misma debe estar muy sola.

Cuando al fin consigue serenarse, Shanté misma la aparta. Beatriz observa la mancha que ha dejado con sus lágrimas en la tela roja. Shanté la mira y sonrío.

—No importa.

Pasa gente a su alrededor. Muy pocos las miran, pero quienes lo hacen apartan la mirada con rapidez.

—Usted quiere mucho a Elena, ¿verdad? —dice Shanté, y tiene una mano en la mejilla de Beatriz, y la mano se mueve, pasa sobre su oreja, roza su pelo, descansa en su nuca.

—Sí —responde Beatriz. La sonrisa de Shanté, que persiste, es grande y franca, y en realidad es más hermosa por el diente, que la hace brillar de manera levísima. Luego se preguntará por qué, primero, se fijó en ese resplandor, discreto, casi invisible.

—Ella también la quiere mucho —dice Shanté, y quita la mano, pero acerca sus labios a los labios de Beatriz. Se tocan. Beatriz pensará en ese contacto, muchas veces, durante muchos años, pero ahora piensa en Elena, que sigue en su departamento, con el escoto en una mano, y se aparta.

—No. Por favor —dice, y da media vuelta para ver, frente a ella, a un muchacho con una patineta, que no se mueve y las mira con la boca abierta.

—¿Qué se te ofrece? —dice Shanté a sus espaldas— ¿Qué quieres?

Shanté rebasa a Beatriz y da un paso hacia el muchacho, pero éste ya está sobre su patineta, acelerando. —Al menos no dirá que fui grosera...

Beatriz se ruboriza y de nuevo empieza a caminar. De nuevo no mira atrás ni responde a las llamadas de Shanté:

—Beatriz... ¿Beatriz? ¿Se molestó, Beatriz? Perdóneme... Por favor. No sé qué me pasó. ¿Beatriz?

Sólo cuando calla, y se empeña en seguirla, y Beatriz se da cuenta de que podría ponersele delante en cualquier momento, se detiene.

—A ver —dice.

Shanté la alcanza caminando.

—¿Le molestó...? , ¿Bety...? ¿Beatriz? No sé qué me pasó, le digo, no pude contenerme.

—No te preocupes.

—Debería decirle a Elena —dice Shanté.

—¿Qué?

—Esto que ha pasado.

—Yo la quiero mucho —dice Beatriz—. Ya lo he dicho varias veces, ¿no?

—A mí no —Shanté vuelve a sonreír, y a Beatriz le da la impresión de que la sonrisa es más triste que antes—. Pero por eso se lo digo. Yo, por nuestra situación, usted entiende..., nunca he hablado con ella. No creo que se pueda. No sé de nadie que lo haya hecho, es decir... —Beatriz enarca las cejas— Es muy raro. Si no nos... llaman, así decimos, es como si estuviéramos dormidas, y cuando ellas se duermen nos despiertan. Pero le digo, debería decirle.

—¿Por qué?

Ahora las dos caminan juntas y llegan a una avenida. Beatriz no la reconoce. No va a encontrar a tiempo, piensa, un transporte para volver a casa.

—A lo mejor le gusta enterarse de que... —Shanté suspira; cuando Beatriz voltea a verla se da cuenta de que es ella, ahora, quien tiene la vista en el suelo—, de que yo quise besarla y usted no quiso. No sé. No conozco tan bien a Elena, pero hay gente que cree que cuando una está interesada en la gente de su propio...

—Cállate —dice Beatriz.

—Perdón.

—¡Ya deja de pedir perdón! —grita Beatriz.

Shanté se detiene y la deja seguir adelante, sola.

—Quiero decir —agrega solamente, cada vez más lejos— que, como usted misma dice, es más bien cuestión de cariño.

Delante de Beatriz hay un estallido de luz, repentino, silencioso. Ella se detiene y descubre, en la esquina opuesta a la que acaba de alcanzar, el borde de un parque; tras unos arbustos, una fuente cercana arroja al aire largos chorros de agua, iluminados desde abajo. Es una vista hermosa y Beatriz se queda un momento allí, mirando. A pesar de la distancia, siente en la cara un rocío impalpable y fresco. Los pocos transeúntes y coches

que se atraviesan entre ella y la luz le parecen siluetas imprecisas, casi transparentes...

Entonces, aunque no ha pasado aún el largo tiempo que tomará el deterioro de Elena: aunque no la ha visto aún comenzar a agostarse, a consumirse de veras, a pesar de todo Beatriz sabe que no va a ser capaz de convencerla.

—Me sentí...

—¿Abrumada?

—Me temblaron las rodillas —dirá, más tarde, a Shanté—. Tuve otra vez ganas de llorar, quería..., tuve ganas de ponerme a gritar o no sé de qué, fue horrible.

—Se oye —le dirá Shanté, y su cara se verá preocupada.

—Y luego, así nomás, después de un rato, no sé, largo, no sé cuanto, descubrí que estaba, no sé, no tranquila, más bien como...

—¿Cómo?

Pero ahora, cuando Beatriz descubre este ánimo que empieza a llenarla, tampoco es capaz de comprenderlo. Sabe que puede contemplar el futuro previsible con serenidad, del mismo modo en el que observa, aún, las luces de la fuente. Y no es difícil ver lo que va a ocurrir. Elena no buscará otro trabajo, dejará de comer, se negará a caminar, a levantarse y hasta a soltar el escoto aunque esté despierta.

—¿Y si se queda..., si está nada más librada a sus propias fuerzas? —le repetirá a Shanté, esta misma noche, cuando regresen al departamento—. Sí entiendes lo que va a pasar cuando se quede sola, ¿verdad?

—Shanté —le dice ahora, en voz baja; suspira; vuelve a decir, más alto: —Shanté. Ven acá.

Cierra los ojos. Espera un momento. Piensa en regresar a donde estaba, pero no lo hace. Escucha unos pasos que se acercan. La luz tras sus párpados se apaga un tanto, y escucha la voz:

—Mire, no le quiero decir...

—No me digas —dice Beatriz. Por un momento mantiene los ojos cerrados. Luego los abre. Shanté la mira con la cabeza levemente inclinada. La luz tras ella le impide ver bien sus rasgos—. ¿Cómo haces eso de ir de un lado a otro?

—No tengo idea —responde Shanté; se ve aliviada—. Siempre he pensado que lo podemos hacer, digamos, para compensar... Por depender de otra persona para nuestra subsistencia.

—¿Qué? —pregunta Beatriz, y se ríe. Su propia risa le parece falsa, pero Shanté no dice nada.

Las dos cruzan la calle y descubren que, en realidad, no es un parque, sino una plaza comercial, compuesta de muchas tiendas y un cine, que Beatriz ha visitado muchas veces. Se le ocurre que, después de haber pensado en la muerte y de haber tenido ese momento extraño de claridad, realmente se encuentra más tranquila. Todo el tiempo ha estado caminando por lugares conocidos, y apenas ahora se da cuenta.

—Mira, yo entiendo, yo sé, sé bastante más de lo que le decía a Elena, de lo que le decía que sabía. ¿Me entiendes? Sobre esto, el escoto...

—¿Lo estaba negando? —pregunta Shanté.

—No —dice Beatriz—. Claro que lo estaba negando. Porque, ¿qué quieres, Elena lleva no sé cuánto tiempo lleva metida...

—Lleva como año y medio.

—¿Desde antes de que yo la conociera? —pregunta Beatriz, mientras las dos se internan en la plaza y siguen caminando entre tiendas de ropa, discos, aparatos electrónicos. Se mezclan con la gente, que las mira de reojo y en especial a Shanté, cuyas ropas (comprueba Beatriz) son, además de baratas, muy estrafalarias. Beatriz observa que algunas mujeres, de edades diversas, son llevadas en sillas de ruedas; todas tienen los ojos

cerrados. A algunas las llevan otras mujeres; a algunas, hombres; un niño empuja con dificultad la silla de una mujer muy vieja. En algunos casos, una manta les cubre, además de las piernas, las manos, pero los escotos de dos o tres son bien visibles. El resto de la gente finge no mirarlos.

—¿Le digo —empieza Shanté— otra cosa que sí sabemos hacer? Nos..., nos reconocemos. Tenemos una... afinidad... Así se descubren cosas interesantes. Por ejemplo, que algunas de nosotras no se ocupan para nada de quienes las llaman, y...

Beatriz no le hace caso. Han llegado a un espacio abierto, cercado por negocios de comida rápida, y Beatriz, detenida, mira hacia delante y menea la cabeza.

—¿Qué pasa?

—¿Ése de ahí es Mendiola, el de mi trabajo, lo conoces?

—Sí —dice Shanté. Es cierto: al otro lado de una pequeña extensión cubierta de mesas, Mendiola está de pie, en una fila, ante la taquilla del cine. Habla por un teléfono celular— ¿Qué pasa?

—Supongo que no es sólo su culpa.

—¿Pero?

Beatriz cruza los brazos y hace una mueca. Suspira.

—Pero, que quisiera, no sé, quisiera agarrarlo, al perro...

Calla, porque Shanté ya no está allí, y Beatriz no sabe qué la sorprende más: si la propia desaparición, que apenas ahora comienza a percibir, o el hecho de que ahora Shanté está del otro lado de la zona de mesas, caminando con sus pasos largos y pesados hacia Mendiola.

Le habla; Mendiola pone cara de desagrado; Shanté lo toma por los hombros, lo acerca hacia ella y le da un rodillazo en la entrepierna. Nadie alrededor es capaz de reaccionar antes de que Mendiola caiga al suelo, hecho un ovillo y con la cara congestionada. Shanté está de nuevo con Beatriz, y le dice:

—Vámonos.

Se aleja, riendo. Beatriz se demora un momento. Observa a Mendiola en el suelo, retorciéndose, y se da cuenta de que quienes lo rodean no alcanzaron a ver qué pasó y suponen que se cayó solo. Sólo una pelirroja, vestida con un traje sastre, justo tras Mendiola en la fila, ve partir a Shanté y la saluda con la mano.

## 6

Shanté no ha dejado de reír cuando, ya lejos del centro comercial, le señala una parada de autobuses. Las dos caminan hasta ella y se sientan en la banca metálica. Shanté suspira y se frota los brazos.

—Debí haber traído un suéter —dice—. Se hace tarde.

Beatriz responde:

—Sí —y piensa en su departamento, al que (se da cuenta) ya no podrá llegar.

Otra vez las dos se quedan calladas.

—Bueno —empieza Shanté.

Pasa un camión, pero Beatriz no se molesta en leer el cartel de la ruta. Lo mira alejarse y, cuando ha desaparecido al doblar una esquina, dice:

—¿Qué?

—Algo..., algo de lo que sí me acuerdo es que Elena le había dicho que habláramos, ¿no?

—Eso no estuvo bien.

—¿Qué, lo del Mierdola?

—No le digas así.

—Así le decía Elena.

—Así le decía yo también.

—No me diga que no le gustó.

Beatriz va a reír, pero se contiene.

—¿Qué pasa si Elena se despierta?

Una de las últimas conversaciones de Elena y Beatriz será una tarde, en un mirador frente al mar, en otra ciudad. Beatriz, consciente del tiempo transcurrido y de cuánto resta, habrá pedido (como antes Elena en alguna ocasión) varios meses de vacaciones pendientes. A un lado y otro de ellas habrá muchos hombres y mujeres, vacacionistas en su mayoría, y todos procurarán no mirarlas y apartárseles. Elena estará, como las mujeres en la plaza comercial, en una silla de ruedas, pero por una vez soltará el escoto y permitirá que Beatriz lo guarde. Le preguntará si nunca ha sentido curiosidad.

—No te conviene que me dé curiosidad, ¿no? —le contestará Beatriz—. A estas alturas...

Luego, Elena (quien le parecerá tan delgada y frágil como una muñeca, y a la que podrá levantar sin ayuda) le preguntará si no siente vergüenza.

—Tanta abnegación —dirá—. Debe ser como cuidar a un bebé, o peor, porque..., bueno, porque tengo más edad, ¿no? Y Beatriz, con la vista fija en el mar, con los hombros y los brazos quemados por demasiado sol, sentirá, por un instante, ganas de llorar como en la calle, cuando estuvo en brazos de Shanté.

Pero Elena le dirá:

—No... Espera. Mira, Bety... En realidad tendría que decirte otra cosa.

—¿Qué cosa?

—No sé cómo decirlo.

—No es abnegación —responderá Beatriz.

—Ya sé —dirá Elena—. Es que... No, no se puede.



¿Cómo era eso de que lo del escoto ya es problema de salud pública, o de seguridad nacional, o..., cómo era?

—Si Elena se despierta yo desaparezco —dice Shanté—. Nada más puedo estar aquí mientras ella usa el escoto. Es muy curioso, porque ya ve lo que le decía de lo que pasa cuando ella está despierta... Yo no veo lo que hace ella. Algo recuerdo cuando regreso, cuando ella me vuelve a llamar, y por eso sé algo de lo que sabe, pero no todo... Así nos pasa a todas.

—¿Quiénes todas? ¿Es decir, a todas?

Beatriz piensa, sin saber por qué, en Fernández. En un par de semanas, él le dirá:

—Yo la verdad no entiendo a quién se le puede ocurrir hacer una cosa así con su vida, y más teniendo un buen trabajo en una buena empresa.

—¿Qué? —preguntará Beatriz. Pensará: Atrévete a decir cualquier otra cosa, imbécil.

Y Fernández verá algo en su cara, porque tratará de corregir:

—Ya sé que a ti, este... Pero la inge ya nada más estaba pensando en su..., perdiendo el tiempo con..., con su amiga la... ¿no?

Síguele, pensará Beatriz.

—¿Ya no la has visto? —le dirá Fernández, y luego, como Beatriz no dirá nada: —Es como... ¿miedo al éxito?, ¿no? Miedo a... A cualquiera le pasa, miedo a tener responsabilidades... Ya sé que la corrieron, Bety..., y me vas a decir que el ingeniero Mendiola...

—Su amiga de la inge, la gorda esa en la que estás pensando, le dio una patada en los huevos al ingeniero Mendiola —dirá Beatriz.

No sabrá nunca de Mendiola refiriendo el incidente.

Fernández quedará tan sorprendido por la respuesta que a Beatriz le dará lástima. El hombre pasará, todavía, un rato tartamudeando, con la intención de decir algo.

—Todas nosotras —dice Shanté—. No es que nos reunamos ni nada parecido, pero algunas veces, cuando nos hallamos por ahí, conversamos...

—Todas se llevan.

—No, no, claro que no... ¿Ha visto a unas que tiran papeletos de colores, que viven por aquí?

—Creo que sí.

—No las soporto, ni ellas a mí, las muy hipócritas... Pero le decía: las que deberíamos platicar somos nosotras. Como quería Elena.

De pronto, Beatriz se preocupa, porque se da cuenta de que Shanté puede llegar a ser muy insistente: siempre que quiera decirle algo, no intentará forzarla, ni atosigarla, pero tampoco se dará por vencida.

—A ver —dice—, vamos a hablar.

Algunos días después de la conversación en el mirador, Shanté y ella hablarán sentadas en la terraza diminuta del cuarto del hotel, de nuevo ante el mar. Ninguna de las dos se volverá a ver a Elena, de espaldas en una de las camas. Las dos se sentirán fastidiadas: apenas habrán terminado de hacer limpieza, casi como en casa.

—Qué raro eso de la escasez —dirá Beatriz. (La administración del hotel les habrá hablado de una escasez de recamareras.)

—En realidad no —dirá Shanté, y luego, para cambiar de tema, agregará que lo raro es, de hecho, el caso de las tres.

—¿Cómo?

—Porque la mayoría de de las personas que usan el escoto se quedan solas... Las que aparecen, digámoslo así, se van. No tienen ningún interés en cuidar a...

—¿A la que las mantiene, o cómo era que decías?

—Pues sí. A veces hasta se buscan su propio lugar donde vivir, o... Yo he sabido de un par que se han casado... Cada una con un hombre, es decir.

—¿De veras?

—Por eso existen los albergues y lugares así.

—Mira —dice ahora Beatriz—, no sé, no sé bien como de qué quería Elena que habláramos.

—Bueno —responde Shanté—, hay que..., conocernos, ¿no? Me imagino que ella querría que...

Shanté toca un brazo de Beatriz, cerca del codo, pero retira la mano casi de inmediato. Una vez más, las dos se quedan en silencio. Beatriz entiende que el beso de poco antes no fue un capricho. Y lo primero que se le ocurre es que Shanté, en realidad, no le gusta.

—Dime una cosa —le pide.

—¿Qué?

—¿Qué es eso de la tía? ¿Sabes, de casualidad?

—¿La tía...? Ah, eso. Sí, claro. El Mierdola dijo una vez que no veía por qué la gente sufría tanto cuando se quedaba sin trabajo, si siempre hay una tía rica a la que le puede pedir dinero y así sobrevivir hasta dar con el próximo empleo.

—Qué imbécil.

—Elena piensa —explica Shanté— que ese ejemplo de la tía sólo sirve para que quienes no tienen tía tengan más miedo de perder lo poco que tienen.

—Ah...

—Es un imbécil.

—Voy a necesitar que me ayudes —responde Beatriz.

Mientras permanezca en su trabajo, todos dirán que su actitud ha cambiado: seguirá llegando temprano, pero se marchará justo a la hora de salida. Nunca peleará con Mendiola, ni con sus amigos, e incluso, de vez en cuando, se pondrá de su parte en las peleas e intrigas de la oficina; pero no les demostrará el menor afecto. Cobrará su cheque puntualmente y lo gastará con frugalidad. Una vez que haya pasado medio año, comenzará a pensar, ocasionalmente, que debería sentir miedo.

—A ti no te tengo que explicar nada...

—¿De qué?

—Me voy a encargar —dice Beatriz— de cuidar a Elena. Eso quiere decir que entre las dos vamos a tener que hacer todo lo de su departamento. Mientras lo podamos conservar. Vamos a tener que cocinar, limpiar, tenerlo en orden, todo. Yo no sé cómo le voy a hacer para, para convencerla, pero...

Después, a esas tareas se agregará comprar jeringas, suero, algodón, desinfectante, pañales; voltear a Elena cada cierto tiempo, moverla. A partir de ahora, piensa Beatriz, tendrá que cuidarse. Esta noche dormirá en un sillón del departamento de Elena, vigilada por Shanté. Por la mañana desayunará, se bañará, se pondrá su misma ropa (la de su amiga le quedará pequeña) y se irá a la oficina. La gente se extrañará de su serenidad, tras los exabruptos del día anterior.

—Pero, que yo sepa, Elena no tiene a nadie. Y tampoco va a poder cuidarse sola.

—Ella no quiere —dice Shanté— que la cuide nadie.

—Ya sé que..., ya sé lo que quiere, es decir, lo que quiere en el fondo. —Shanté no responde.

Un día, las dos irán al cine, a ver una película sin pies ni cabeza: saldrán muchos personajes extraños, desde un diablo o

algo semejante vestido de vaquero hasta un fantasma asesino, una mujer capaz de ver el futuro, una anciana guardada en una caja... Beatriz se conmoverá, sin embargo, con las escenas de amor entre las dos protagonistas (no reconocerá sus nombres). Muy juntas, observando un espectáculo en un teatro, las verá llorar ante una cantante; en ese momento mirará brevemente a Shanté, y la descubrirá con las manos sobre los muslos, los brazos apretados contra el cuerpo, y los ojos húmedos.

—Por eso digo que me va a costar trabajo —continúa Beatriz.

—Usted quiere que yo la ayude —dice Shanté.

Muchas veces, en la oficina, entre las seis y las nueve, cuando todos los demás se habían marchado; mientras estaba sentada en su escritorio abriendo y cerrando archivos, o se paraba para ir y volver a la ventana, o se preparaba un café, Beatriz se entretenía imaginando a Elena. Nunca la miraba, en esas horas, y si ella levantaba la vista y la buscaba, Beatriz fingía trabajar, o se agachaba, o se ponía de pie. Rara vez, incluso, llegaba a repasar sus fantasías favoritas, las que se reservaba para cuando estaba sola. En cambio se conformaba con una muy simple, luminosa, sin nada de vaguedad ni de espera: la cara de Elena, frente a ella, cada vez más cerca.

—¿Qué acabo de decir? —pregunta ella.

El fondo era cambiante: la oficina, la casa de alguna de las dos, la calle, un bosque, la ciudad en penumbra. Elena estaba cerca y no hablaba porque no hacía falta. Tenía una mano en la mejilla de Beatriz, y la mano se movía, pasaba sobre su oreja, rozaba su pelo, descansaba en su nuca. Luego se alejaba, pero acerca sus labios a los labios de Beatriz.

Siempre, aturdida o fascinada, Beatriz se dejaba besar. Primero cerraba los ojos. Luego, los otros labios, cerrados, la tocaban apenas. Luego Beatriz se descubría (como si hubiera

asombro en todo aquello, como si no lo hubiera imaginado muchas veces) entreabriendo los suyos. La otra lengua acariciaba su lengua. Era cálida, mansa, y no se movía con prisa ni con demasiada fuerza. Un par de manos se movían sobre su espalda. Sin brusquedad ni violencia, los brazos atraían a Beatriz, y la estrechaban.

Después de un tiempo, Beatriz levantaba sus brazos y tocaba la espalda de Elena. Sólo más tarde, al volver a abrir los ojos, se daba cuenta de que los había cerrado; si en el ensueño estaban en penumbras, entonces su sonrisa era un discreto asomo de luz que se extendía hacia el cielo entre árboles y estrellas.

—¿Y qué tal —pregunta Shanté— si me quiero ir a ver mundo, no sé, conseguirme un cuarto o algo así?

—¿Qué?

Shanté sonríe. Beatriz no la imita.

—Mira, ya te dije que sé más de esto que... que lo que siempre le he dicho a Elena. No sé si tú sabes que mientras más dure ella, más vas a durar tú, y que cuando...

Shanté deja de sonreír.

—Era una broma —dice.

—No me vuelvas a salir con una pendejada así.

—La quiero ayudar, Beatriz —dice Shanté, apartando la vista—. A mí también me conviene. Perdón.

—A lo mejor sería buena idea que te buscaras un trabajo, aunque fuese de medio tiempo...

—Tengo frío —dice Shanté, y se frota los antebrazos con las manos.

Siguen hablando. Empiezan a planear cómo se dividirán el trabajo. Elena, aunque no pueden verla, está con ellas. Ve todo por los ojos de Shanté, escucha por sus oídos. Como le ocurre cada vez con mayor frecuencia, ha olvidado lo que le ocurre, el

escoto, su otra vida: cree ser la muchacha, y ya no presta atención a su peso, a su cara ni a su ropa. Tampoco piensa, como lo hacía en las noches de la oficina, mientras Beatriz la esperaba, en lo triste de la pretensión de su amiga, que aguardaba, siempre, en actitud de no querer darse por vencida, aunque nunca se atreviera, en realidad, a decir ni hacer nada más.

Como si fuera un sueño, cree ser Shanté. Mientras intenta calentarse, se imagina los ojos de Beatriz, sus mejillas, sus manos. También se pregunta si ese intento de hace poco, tan impulsivo, no fue demasiado. Desea que no, aunque Beatriz se ve pensativa. Se dice que, si ella fuese Elena, se olvidaría de prejuicios, de aprensiones y consecuencias.

## 7

—Voy a ver a Elena —dice Shanté, más tarde, cuando ya están de vuelta en el departamento—. Creo que ya va a despertar.

—¿Ya? ¿Cómo sabes?

—Se sabe.

Shanté se queda mirándola, sin hablar. Parpadea y Beatriz percibe (aunque, en realidad, no hay ningún signo en el rostro ancho, ni en la boca) que va a sonreír.

—Ah —dice—. Y, ¿estás segura?

— ¿Sí va a hablar con ella?

Ahora es Beatriz quien se queda en silencio. Asiente, nerviosa, y Shanté se da cuenta de que debe apartarse. Lo hace y entra en la habitación de Elena, quien sigue aferrando el escoto, con los ojos cerrados.

Meses atrás, Elena la llamó por primera vez desde de la oficina. Cuando abrió los ojos y se repuso del malestar que siente

cada vez que llega a algún lugar, Shanté quiso asegurarse de que Elena se encontrara bien. Las dos estaban en un baño.

Shanté se aventuró a salir. De inmediato, aunque nunca antes había estado allí, reconoció, si no el sitio, detalles pequeños, reflejos de la luz, sonidos. La puerta cerrada de la oficina de Mendiola, los cubículos de los contadores, la puerta cancel que conducía a Recursos Humanos; carteles en cada espacio libre que hablaban de calidad total, la misión de la empresa... Una inhalación muy ruidosa, tras la puerta del baño de hombres, la hizo sentir rabia: poco después vio salir a Fernández.

Un golpeo obsesivo la hizo voltear hacia una oficina. Ahí estaba Beatriz, sentada ante su computadora, con las manos sobre el teclado. Cada tanto, volvía apenas la cabeza para mirar de reojo hacia la puerta del baño de mujeres. Cuando advirtió la presencia de Shanté, se volvió y las dos quedaron mirándose. Sin embargo, y después de un momento, Beatriz fijó la vista en su pantalla. Shanté se quedó donde estaba y no habló.

Así pasaron días y meses. Shanté aparecía de improviso y la miraba desde lejos sin decir palabra. Iba construyendo, poco a poco, una fantasía: imaginaba a Beatriz desnuda, tendida en la penumbra y con los ojos cerrados. Se la figuraba esperando, incapaz de saber que ya se encontraba ahí; pero no importaba, pues ella siempre podía avanzar, acercarse sin ser vista y tocarla de pronto: sin aviso, muy suavemente.

[2004]



## MANDA FUEGO

Luego del primer canto y del sermón y del segundo canto, a la hora de cantar otra vez, el grupo tocó tan bien, entonó la invocación con tal fervor y fe y sentimiento, que los 20 o 25 de todas las semanas empezaron tras pocos minutos a tambalearse y caerse y hablar en lenguas, pero cuando ya estaban en el suelo, de pronto, también cayeron otros 10 o 12. Y luego otros tantos. Y luego cuatro desde el entrepiso, espectaculares. Y luego 40 de un solo golpe. Y luego el pastor, que hasta entonces no creía. Y luego los del grupo, sin dejar de cantar, dieron todos en el suelo, y se quebraron las guitarras bajo los cuerpos, pero ya no lo supieron, y luego hasta la señorita Herlinda, que chillaba de miedo cuando los caídos se convulsionaban y se agarraban a sus piernas, chilló otra vez pero de gusto porque de la boca le salían el arameo y el judío y saliva y la lengua pero también quién sabe cuántos otros idiomas extra, todos juntos, y tanta era su alegría y su paz que levantaba las dos piernas hacia arriba y luego daba en el piso de cemento, y también con las manos y con la cabeza, y no había pasado nada de tiempo y ya se le estaba olvidando su nombre y dónde acababan su cuerpo y su ropa y dónde empezaba el mundo, y qué lejos está Dios, y dijo AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA y todos en el templo decían AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA AAAAAA y ya no se enteraron pero ¡oh, maravilla!, porque mientras el templo se llenaba con sus voces cada vez más jubilosas

y ellos más se entregaban y lo sentían en su alma, en su corazón, en lo profundo de su ser lo sentían, en el taller y la bodega y en el hotel y en todos los edificios alrededor, la gente oía el AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA y tan hermosa era la fe y la alegría y la energía musical del AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA que también ellos se ponían también a decir AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA, y se caían al suelo o por las ventanas o en medio de las calles y se retorcían y se golpeaban sobre los coches y en las banquetas y unos encima de otros y cada vez era más fuerte el AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA, y se extendía en todas direcciones y se escuchaba cada vez más fuerte y después de un rato la gente lo podía ver además de oír y desde muy lejos, como una ola de carne palpitante y serena y dulce que hacia AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA, y estaba feliz feliz feliz feliz feliz porque Dios es grande y Dios llega hasta el mundo y hace milagros y de pronto tenían miedo los que veían, pero en cuanto les llegaba la fe, en cuanto les llegaba la palabra, en cuanto les llegaba el testimonio y el AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA todo tremendo y salpicado por ahí de romano o de filisteo o de lo que sea que fuera ya no tenían miedo ni nada y también les llegaba la alegría y se tambaleaban por la alegría y decían AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA y entonces de ese modo crecía la presencia de Dios, el testimonio de Dios, y lo malo era que algunas personas eran menos abiertas que otras, más cerradas, más hechas al mundo y entonces en lugar de decir AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA como todos los demás decían AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA, pero de otro tipo y se echaban a correr y no dejaban de decir AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA y corrían todo lo que era posible y cuando ya no podían se subían en coches o camiones o bicicletas o patinetas o si lo que pasaba era que había demasiada gente adelante tapando la calle se empujaban y se pisoteaban y se trepaban unos en otros, y lo mismo

pasaba en donde estuvieran, ya fuera en los túneles o los pasos a desnivel o las terminales de autobuses o los aeropuertos, y sin detenerse y sin dejar de decir su AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA, que no era como el otro AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA, se echaban unos sobre otros y se mataban y se arrancaban las orejas y los ojos y dejaban cuerpos aplastados en pistas y andenes y banquetas y corrían y conducían y volaban locamente, y luego de tanto horror como habían sentido por el AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA que no era de ellos sino de los demás que se quedaban en tierra, avanzando y diciendo AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA y felices porque hablaban japonés y ruso y BASIC y esperanto y todo y el mundo entero los podría escuchar dar fe de la alegría de Dios y de la gloria de Dios y de la palabra de Dios y de la presencia de Dios, de tanto horror que sentían los que escapaban, digo, no se les olvidaba nada de lo que dejaban atrás pero ya lejos sentían alivio, sentían contento, paraban de sufrir y daban gracias y hasta empezaban a cantar y a gritar AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA y sobre un mapa se podían trazar sus rutas, regueros de chispas como avanzada de la explosión, rayos de una misma rueda grande grandísima, oh, qué grande, qué grande es el Señor, haces de luz abriéndose cual flores, una sola flor de la paz y la felicidad...

[2006]



## LA MUJER QUE CAMINA PARA ATRÁS

Iban a dar las 10 de la noche. Fui por Celia, mi esposa, a su trabajo, en un edificio del centro de la ciudad. Ya había pasado mucho tiempo desde su hora reglamentaria de salida. Cuando estábamos a punto de dejar el edificio, una de sus compañeras de trabajo corrió a alcanzarnos: el jefe decía que acababan de llegar aún más pendientes atrasados y era necesario que se quedara. Celia subió de nuevo: a decirles que se iba, me dijo. Pasaron varios minutos y, cuando volvió a bajar, Celia me avisó que sólo le habían dado una hora para merendar y por lo tanto deberíamos hacerlo en algún sitio cercano.

Sentí rabia. Apreté los dientes pero no dije nada.

—Estas cosas sólo pasan en México —se quejó ella, como es la costumbre.

Fuimos al café La Blanca, un sitio viejo y sin pretensiones como muchos otros de la zona. Nos sentamos a una mesa cualquiera entre oficinistas, empleados de tienda, paseantes de ropa cómoda y barata que no buscaban sino un café con leche y una pieza de pan. Llamamos a una mesera y pedimos lo que todos ellos.

De niña, Celia había ido muchas veces a aquel lugar en compañía de su madre. Hoy, en la mesa junto a la nuestra un hombre leía *La Prensa* y nos dejaba ver las fotos de asesinados de la primera plana. Un par de televisores encendidos, puestos

en alto sobre bases fijas a la pared, mostraba el noticiero de la noche, en el que alguien hablaba con optimismo de las muertes debidas a la lucha contra el narcotráfico. “Han habido 30 mil ejecutados en los últimos cuatro años”, decía, “pero pues en los siguientes dos esperamos menos”. La gente, más que las pantallas, miraba la calle: las luces en el interior del café, que tenía piso y techo y paredes blancos, salía por sus grandes ventanales e iluminaba un poco las aceras.

—Oye —dijo Celia—, ¿te puedo contar algo? ¿Aquella historia que siempre digo que te voy a contar?

Elegimos pan dulce de la bandeja que trajo la mesera. Yo comenté, como también es la costumbre en estos días, que los noticieros no hablan de la mitad de la violencia que ocurre realmente. Mi esposa no me hizo caso y comenzó su historia. Era, me dijo, justamente de cuando iba al café, de su infancia:

—A veces me mandaban a comprar cosas ya de noche. Iba yo sola por pan, o si no a una cremería que no estaba tan cerca de la casa...

—¿Cuando estaban en la calle de Perú?

—Sí.

La familia entera de Celia vivía entonces en el centro. Hasta su muerte, la abuela había mantenido unidos y bajo el mismo techo a sus seis hijos, las parejas de todos ellos y la primera generación de nietos; después todos se habían peleado con todos y habían terminado dispersos. La casa era ahora una sede de Alcohólicos Anónimos, con salas de reunión y un anexo en el que siempre había al menos 10 o 12 adictos, a los que se buscaba curar con golpes, baños de agua helada y plegarias.

—Una noche salí un poco más tarde que de costumbre —me contó Celia—. Las calles estaban casi vacías cuando fui y cuando regresé. Sí daba un poquito de miedo...

Yo seguía disgustado por la prisa con la que debíamos terminar y porque, después de acompañarla de vuelta a su oficina, tendría que esperar quién sabe cuánto tiempo en quién sabe dónde. Pero traté de concentrarme en lo que Celia decía y en el sabor del café, que era dulce y cargado a la vez. En todo caso no tenía alternativa: no iba a dejarla sola ni a quedarme lejos de ella. Apenas la noche anterior nos habían asaltado cerca de casa, nos habían quitado dinero, tarjetas, las llaves del coche y hasta las chamarras que llevábamos puestas, y habíamos pasado todavía una hora más en el mismo sitio, sentados en la acera, incapaces de decidirnos entre volver a casa (hasta donde alguien podría seguirnos) o buscar ayuda en otra parte (a riesgo de volver a encontrarnos con los dos ladrones, que eran muy jóvenes y flacos, y tenían armas que nos habían parecido enormes).

—Desde luego —me dijo Celia—, daba miedo porque la calle estaba oscura.

Lo que me estaba contando le había ocurrido, me dijo, poco antes del terremoto de 1985, en el que tantos edificios se habían derrumbado en el centro y por todo el resto de la ciudad y en el que también habían muerto, tal vez, decenas de miles.

—Y porque una de chica se asusta con estas cosas...

Deseé que la historia no fuera de algún suceso terrible como el que nos había sucedido apenas: un trauma del que se decidía a hablarme justamente en esa noche pésima. De inmediato me sentí culpable. Pensé en el miedo que había tenido ante los ladrones, en que no había hecho nada para defendernos, y pensé también que el terremoto siempre me ha parecido algo espantoso; yo también era niño entonces y recuerdo que vi caer, desde lejos, un edificio del barrio de Tlatelolco, que se doblaba como si estuviera hecho de cartón; recuerdo las sirenas, las montañas de escombros...

—Daba miedo pero ahí iba yo —dijo Celia.

Por otra parte, no sólo a mí me había quedado una marca. En los años siguientes vi cómo las historias del tiempo del terremoto empezaban a agregarse a las otras: a las leyendas antiguas de la ciudad, llenas de aparecidos y diablos y que yo había alcanzado a escuchar aún de mucha gente mayor. Empezó a hablarse más, de hecho, de la gente muerta de pronto o perdida en el caos, amnésica o loca de terror; de los sonidos que hacían los sepultados bajo las ruinas, vivos pero inalcanzables; del olor de los cadáveres bajo los escombros que nunca se retiraron de una escuela de enfermería, de la pared que aplastó a dos compañeras de la propia Celia en el Colegio de las Vizcaínas...

De ahí sólo había un paso a nuestra fascinación con los muertos de hoy, las balaceras, las noticias de lugares en los que el gobierno ya no rige. Desde entonces aprendimos a no creer en fantasmas, o tal vez a tener más miedo aún de la vida real.

—Tenía que comprar un litro de leche y un kilo de queso. Y pasando junto a la Iglesia de Santo Domingo, la vi. Estaba paradita en la esquina. Se veía así —y Celia se estiró, aunque estaba sentada, para dar la impresión de que se ponía en posición de firmes.

Ahora sentí alivio: con esa imagen vaga de quienquiera que fuese que Celia hubiera visto allí, ante la vieja iglesia en la calle de Brasil, me di cuenta de que aquella era, pese a todo, una simple historia de susto. Siempre las hacemos al modo de las películas de horror porque de allí las aprendemos: siempre los personajes que aparecen de pronto en alguna posición rara, o muy tensa, o como aturdidos, resultan luego aliados de alguna fuerza maléfica, hipnotizados, poseídos...

—Primero no pensé nada raro —dijo Celia—: simplemente era una viejita que estaba ahí, esperando a cruzar la calle..., y entonces me di cuenta de que no había coches por ningún lado.



—¿Cómo?

—No había razón para que no cruzara la calle. De pronto no había nadie a la vista. Como si todo el mundo se hubiera ido o como si no hubieran sido las nueve y pico sino las tres o las cuatro de la mañana. Y en cambio yo sí tenía que pasar a su lado... Ya estaba yo inquieta, pero me acerqué. ¿Qué más podía hacer?

Algo parecido habíamos sentido, pensé, el día anterior, a la hora de cruzarnos con los dos que nos habían asaltado, y que estaban en una esquina, como esperando cruzar la calle o subir a algún transporte. No dije nada.

—Ella —dijo Celia— llevaba pura ropa vieja, me acuerdo. Un suéter raído, blanco pero tan sucio que parecía negro; una falda azul, floreada, que le llegaba hasta los tobillos pero tenía tantos agujeros que las piernas se le veían enteras, así pensé. Las piernas sucias y creo que con heridas... o várices... Los zapatos eran de plástico, de estos que se deforman en cuanto te los pones, y negros. Además tenía el pelo blanco —y levantó las manos hasta la altura de su cabeza y las separó— así, como una nube... Y cuando estuve junto a ella me le quedé viendo porque seguía sin moverse. Como si yo no estuviera ahí.

Poco después de que Celia terminara su historia, pagamos la cuenta, salimos y la acompañé hasta su oficina. En la entrada del edificio tuvimos una discusión: le propuse buscar un cuarto de hotel para que pasáramos la noche cerca y ella se negó. No teníamos dinero, me dijo, y además no quería quedarse en ese rumbo. Por ningún motivo, dijo. Yo cometí la tontería de decirle que se calmara: que no se dejara llevar por la historia que

me había contado, que no era para tanto. Ella dio media vuelta y entró sin despedirse.

Yo no quise seguirla. Me alejé, caminando, por la calle de Donceles. Llegué hasta Palma. Hacía frío, apenas había gente y coches en la calle y todos los comercios estaban cerrados.

A pesar de lo que yo mismo había dicho, no podía dejar de pensar en la historia que Celia me había contado, y sobre todo en el final:

—Y entonces que la mujer se voltea —me había dicho ella.

En la calle de Palma di vuelta, pero me detuve al ver que un coche de policía estaba detenido sobre la acera con las luces encendidas. Dos agentes vestidos de civil, con placas colgadas de sus cinturones, alejaban a unos pocos curiosos. Alguien más tendía un cordón para que nadie se acercara al cuerpo tirado en la calle. No vi sangre pero, de todas formas, supe: no era el primer muerto que veía, aunque sí el primero en una calle, el primero tirado en esa posición.

—Que la mujer se voltea y que pone una cara... —me había dicho Celia.

Pensé que esa persona había estado viva tal vez mientras Celia y yo caminábamos cerca, discutíamos, nos separábamos. Me alejé del cuerpo y de los policías. Avancé hasta Tacuba, di vuelta al llegar y seguí por esa calle hasta Isabel la Católica, donde di vuelta una vez más hacia Madero. Empecé a escuchar, muy distante, la música de lugares animados y todavía abiertos: bares, antros, taquerías...

—Te juro —me había dicho Celia— que es la cara más horrible que he visto en la vida. Los ojos rojos, los dientes podridos, negros, la boca torcida, la nariz como rota...

Como algunos otros transeúntes, crucé la calle para no pasar cerca del hombre que duerme en una silla de ruedas,

cubierto por una lona amarilla, afuera de la Iglesia de San Agustín. Lleva años allí, siempre en el mismo sitio, siempre con un bote de plástico a sus pies para limosnas. Siempre lo evito. Debe tener a alguien que lo mantenga porque nunca he visto a nadie darle ni una sola moneda.

—No, no nada más rota —me había dicho Celia, con cara de horror—, es decir la nariz..., sino abierta, como reventada... Y entonces se me quedó viendo y me gritó...

Y había juntado las manos como debe haberlas juntado de niña, como para rezar, temblorosa.

Y entonces yo, ahí, en la esquina de Isabel y Madero, me la encontré de frente.

De pie.

Firme.

Vieja, muy vieja, con la vista fija en ningún lugar como si yo no estuviera allí.

Ahora pienso que no había nadie alrededor: que de pronto la ciudad parecía abandonada, como si se hubiera dado una orden de evacuación y todos la hubieran obedecido. Ya no se oía ninguna música. Ya no había nadie cerca. Ni siquiera se veía al hombre de la lona amarilla. Sólo quedaban las luces encendidas, las cortinas de metal que cerraban los locales y las fachadas de los edificios.

Sólo quedaba la mujer. Su suéter era aún más negro de lo que había imaginado. Sus piernas se veían retorcidas y sucias. Una luz justo detrás de la cabeza hacía que su cabello brillara. Parecía una nube con un rayo adentro.

Y olía... Esto Celia no lo había dicho: olía a carne podrida, a cloaca. Olía a más aún. De niño viví detrás de una fábrica de telas que arrojaba al aire no sé qué cosa, invisible, que se pegaba al paladar y a la garganta y tenía un aroma o un sabor

indescriptible, terrible, porque no era un resto de nada vivo. A eso olía la vieja también: a algo que no debía existir y sin embargo existía.

Ella me miró, de pronto, y me gritó.

A Celia le había gritado:

—¡SIGUES VIVA! —lo que mi esposa interpretaba, según me había dicho, como un aviso: que estaba destinada a salir ilesa pese a que el temblor destruyó buena parte de la zona donde vivía con su familia. Según ella, la vieja es algo parecido a la Llorona, al Niño del Diablo y a otros personajes de esas leyendas de antes, pero hace algo distinto: da advertencias. Dice profecías.

Y entonces, que yo la tuve enfrente, su cara era más horrible de lo que yo había imaginado, y su nariz estaba abierta como una herida roja, y no voy a decir, no quiero decir, a qué sonaba su voz.

—¡SIGUES VIVO! —me dijo a mí también.

Y ahora abrazo a Celia en la calle, pues salió al fin de su oficina, y están por dar las tres. Caminamos en busca de un modo de alejarnos del centro, y pasamos una vez más por donde estaba el cadáver, y ya no está, y yo no digo nada una vez más.

No sé si de verdad podemos tener avisos del futuro, si los merecemos, si llegan por alguna razón. Pero sé lo que vi. Y vi lo que vi.

Después de gritarle a Celia, la vieja se alejó de ella caminando para atrás, rapidísimo, sin ver jamás hacia dónde iba. Y después de gritarme a mí, también.

Un paso, otro paso, cada vez más deprisa. En segundos ya estaba en la esquina de Isabel y Tacuba. Luego siguió retrocediendo. Pronto no la vi más. No dio vuelta. Simplemente se metió en una sombra, la que proyectaba algún edificio, y ya no volvió a aparecer. Así había desaparecido, exactamente así, el día en que Celia la vio, poco antes del terremoto.

—Lo único malo —me ha dicho Celia— es que tengo que regresar a las 10 porque no terminamos.

Yo esperé en La Blanca hasta que cerraron y me echaron. Luego caminé sin rumbo, como lo hago ahora con ella. El subterráneo ya está cerrado, igual que todos los locales, hasta el último antro y la última cantina. Los autobuses han dejado de pasar. No vemos taxis. Apenas tenemos dinero: la verdad es que realmente no nos alcanzaría para un cuarto de hotel. Los ladrones de ayer —no: de hace dos noches— ya nos habían puesto en este problema antes de que a Celia se le vinieran encima las horas extras, y antes de que apareciera la mujer que camina para atrás.

—Por acá no conocemos a nadie con quién se pueda llegar, ¿verdad? —me ha dicho Celia.

Nosotros vamos hacia delante, aunque no sepamos a dónde, y llegamos a un tramo de acera bien iluminado por luces de color naranja. Hay más de estos tramos cerca de las avenidas grandes.

—Perdón por hace rato —me ha dicho Celia, y yo le he pedido perdón también, y ahora ella me abraza. No le he contado lo que me pasó. No sé si lo haré. Hace cada vez más frío. Y los dos estamos muy cansados. Tengo la esperanza de que podamos hallar algún sitio de esos que aún abren las 24 horas, aunque sea para sentarnos y compartir una misma taza de café hasta que podamos tomar algún transporte. También tengo la esperanza de que Celia y yo estemos equivocados: de no haber visto más

que a una loca, tal vez a alguien que me hizo pensar en la historia que acababa de oír, que perdió el juicio en el terremoto, o cuando le mataron a alguien, o que simplemente tuvo ganas de gritarme lo que me gritó.

—¡SIGUES VIVO! —con una voz como un trueno, con su boca negra bien abierta, y sin decirme qué más va a pasar, si los demás van a seguir vivos también.

[2012]

## NAVIDADES ALREDEDOR DEL MUNDO

(XII Y ÚLTIMA)

La isla diminuta de Árvore de Palma, que a veces figura y a veces no en los mapas de las Azores debido a su tamaño despreciable, sería un lugar insólito solamente por la gran cantidad de palmeras que crecen en su suelo, bastante alejado de las latitudes tropicales. Pero este sitio es, además, hogar de la única población conocida de cocos parlantes o sensibles, que de ambos modos se les llama (*Cocos nucifera sapiens*). Ignorados por las televisiones y el resto de las autoridades científicas de nuestro tiempo, estos seres se tienen, sin embargo, por parte de la cristiandad, pues profesan el catolicismo de manera fervorosa; de hecho, se llaman a sí mismos “discípulos” de san Francisco Xavier, pues el santo misionero los habría evangelizado en 1540 “para practicar” (así lo dicen) poco antes de partir hacia su célebre campaña de catequesis en el Asia.

Semejante afirmación es debatible, y de hecho fue atacada fiera y lúcidamente en varios ensayos de Joseph Ratzinger –quien fuera S. S. Benedicto XVI– publicados en los tempranos años setenta. Sin embargo, los escasos visitantes de la isla, hombres todos de humilde condición y fe sencilla, no se ocupan en tan elevadas cuestiones de doctrina ni historiografía y más bien deben afrontar los problemas más apremiantes de la vida diaria..., a los que se agrega, si es la primera vez que llegan de visita, la experiencia de escuchar hablar a las criaturas. Según

las crónicas, Gonçalo Velho Cabral, el navegante que descubrió Árvore de Palma en 1433, se llevó “un terrible espanto” que lo hizo “aullar, echar espuma por la boca y tirarse al mar de cabeza”; aunque no les pase lo mismo, invariablemente es grande la impresión de quienes llegan, pisan los líquenes azules que pintan la costa rocosa y, de pronto, escuchan el coro de alegres saludos en portugués proferidos por seres redondos y de color marrón, trepados en lo alto de las palmeras que les dan protección y cobijo:

—¡La paz sea contigo! ¡Bienvenido! ¡Que Dios te dé una feliz estancia en nuestra casa! ¿Quieres orar o cantar con nosotros?

Una vez que ha pasado el susto, sin embargo —sólo a muy pocas personas les pasa realmente como a Velho Cabral y deben ser llevadas al hospital más cercano, en la Isla de Flores—, los cocos de Árvore de Palma se revelan como individuos sumamente amables e inofensivos, resignados a que se les perciba como fenómenos de la naturaleza pero siempre dispuestos a dar la otra mejilla y aguantar las bromas ocasionales o incluso los comentarios hirientes.

—Nos ha ido peor en otras épocas —dice, con serenidad, el coco llamado Mateo Gonçalvez, quien es el portavoz de la comunidad y habita la cuarta palmera, contando desde el extremo sur de la isla, en compañía de otros seis—. Además de que siempre terminamos sufriendo como cualquier cristiano, la muerte, la enfermedad, las caídas, hemos pasado por periodos de martirio. Y muchos: el último fue en 1983, cuando un barco japonés se detuvo aquí y 87 hermanos fueron comidos. Pero los mansos heredarán la Tierra, como dice el Evangelio. Rezamos por nuestros muertos y por sus victimarios.

—Y además —agrega—, ¿hemos de sufrir en esta época de alegría? ¡Va a ser Navidad! Es la hora del perdón y la reconciliación



entre todos los de buena voluntad... –y se oyen las voces de asentimiento de los otros cocos de la palmera, que apoyan mansamente a su amigo, y aun las de cocos más remotos.

Como la Iglesia no ha decidido aún si acepta la existencia de esta grey, en virtud de que no está compuesta por seres humanos, no puede haber sacerdotes entre ellos. “Siempre que puedo y por piedad cristiana”, según explica, el cura Eugénio Leal viene desde la isla de Corvo, de apenas 300 habitantes, y administra los sacramentos en la medida de lo posible (por ejemplo, como los cocos no tienen boca, ha debido cambiar la comunión por rociamientos de agua bendita, que dispara desde el suelo con una pistola de agua). Con todo, la fiesta de la Navidad es, en efecto, una de gran alegría, a la que contribuyen los 10 o 12 miembros de la Sociedad de Amigos de Árvore de Palma, casi todos hombres y mujeres de mediana edad provenientes de Corvo y Flores.

Éstos, a veces solos y otras en compañía de algunos familiares, arriban el día de Nochebuena e instalan un pequeño campamento; los cocos los reciben alegremente, y durante todo el día conversan y cantan. Al acercarse la noche, los de la Sociedad sacan un pequeño generador eléctrico que funciona a base de gasolina y conectan a él largas tiras de luces navideñas, que luego van tendiendo, con gran cuidado, de una palmera a otra, hasta que la isla entera se llena de luces como estrellas de muchos colores, titilando en medio de los ruidos del mar y el silencio del verdadero cielo.

Toda la noche la pasan entre músicas y oraciones, hasta que amanece y los cocos reciben sencillos regalos: lecturas de la Biblia o de otros libros seleccionados por el padre Leal, pequeñas dosis de fertilizante, una limpieza general de su tierra. Milagrosamente, nunca un coco se ha caído mientras tienen

lugar estas celebraciones, y si hay alguno tirado y roto, de los días o semanas anteriores, se le recoge con gravedad pero sin llantos y se le da sepultura cristiana y discreta.

Así, el 25 por la tarde o a veces hasta el día siguiente, los miembros de la Sociedad se marchan de Árvore de Palma con el corazón alegre y rodeados de amables despedidas:

—¡Vuelvan pronto! ¡Gracias por todo! ¡Feliz año nuevo!  
—que poco a poco se pierden entre el rumor de las olas.

[Con esta entrega, la presente serie –que ha ido desde el Valle de las “Hermanas del Oro” de Pakistán hasta el laboratorio de Dilbert Cobra, *El Loco*, y que ha ofrecido a la curiosidad de los lectores rituales submarinos, dispendios increíbles, regalos in-fecciosos y numerosas estampas peregrinas del corazón enorme que se aparece en estas fechas– llega a su fin. Agradezco personalmente las numerosas cartas, mensajes electrónicos y demás muestras de apoyo enviados a la redacción de este diario, y me despido como lo hizo, cuando partí de su isla, el dulce Mateo: ¡feliz Navidad, vientos amables y que nunca se caigan!]

[2008]

## LOS SALVAJES

A veces, los hijos y nietos de los capos del narcotráfico se van apartando de las ocupaciones e intereses de sus mayores. El nieto menor de los 14 que tuvo Carlos Requena, *La Piraña*, legendario jefe del cártel de Tejupilco, se apartó tanto que decidió dedicar su vida a la literatura. Se llamaba Juan Luis Carlos Requena Mejía (era la época en que los abolengos de esas familias comenzaban a reconocerse) y le decían La Pirañitita o, más brevemente, La Pipi.

—Pero desde hoy —amenazó al mundo, una noche, en una cantina de mala muerte en el barrio de Interlomas— me van a decir *el Detective Salvaje* —y sus guardaespaldas asintieron, como asentían a todo.

Por lo demás estaban cansados. Después de robar todo el uranio enriquecido del Instituto Nacional de Investigaciones Nucleares; de lograr que el cártel les prestara un avión para llevar el uranio al laboratorio clandestino en Barbados; de pagar el proceso de síntesis, carísimo, y además condenado por el Papa, la ONU, la UE, los EU, los EAU, Corea del Norte (que lo había inventado) y hasta Shakira y Bono; de llevar a España el extracto vitalizante por submarino e ir hasta la tumba precisa a hacer lo que había que hacer, después de todo eso, digo, ¿qué les iba a importar lo que dijera el chavito baboso por el que tenían que dar la vida?

Más aún, el resto de su viaje había sido mucho más arduo. Ya con la Celebridad (así lo llamaban) en su poder, fueron perseguidos por la policía española, convencida de que no podían haber ido tan lejos para algo más que vender drogas, y no tuvieron tiempo de nada más que abordar un vuelo comercial, el 9397 de Iberia. Y, claro, gran crisis sobre el Atlántico; la Celebridad salió de su caja, varios pasajeros y un piloto sufrieron muertes horribles, el casco del avión fue perforado por dos escopetazos y una ráfaga de ametralladora... y el 747 consiguió aterrizar, aunque a duras penas y para terminar chocando contra la Terminal 1 del Aeropuerto “Benito Juárez”. La nariz del avión perforó una sala de espera repleta de personas. Los guardaespaldas de La Pipi, que pese a todo escoltaban a la Celebridad y que habían impedido casi de milagro que alguien lo asesinara durante las 12 horas anteriores, tuvieron que abrirse paso a balazos y pisando trozos de cadáveres hasta llegar a la calle, pues a los pasajeros supervivientes, y deseosos de venganza, se sumaron los ataques del personal de seguridad del aeropuerto. Todos habían visto las películas, todos sabían lo que podía suceder, y todos hicieron su mejor esfuerzo. Todos, por otra parte, fueron vencidos por los hombres de La Pipi, quienes por fin subieron a la Celebridad a una Hummer blindada y se lanzaron, rodeados por sus Hummers escoltas, hacia Interlomas.

Y ahora, aquí, en este bar —que remedaba los peores lugares de Ciudad Juárez o Tijuana, sólo que con mucho presupuesto y para otro público—, La Pipi daba la impresión de estar un poco ebrio.

—Y la impresión era falsa porque estaba *muy* ebrio —reconocería él mismo, años después, en entrevista con los primeros historiadores encargados de sondear la tragedia—. Era

lo habitual, claro. Leyendo a Bolaño y a Bukowski me convencí de que lo esencial para escribir es vivir intensamente, y como ya vivía intensamente pensé que me bastaba con seguir así. Y así seguí. De hecho la razón por la que organicé todo aquello del uranio y el extracto y el viaje a España no fue la que le di a mi abuelo. A él, que como ustedes saben era un cabrón y el hombre más poderoso de México, le dije que era únicamente para mi tesis: se iba a llamar *El secreto del texto: 2666 desde el punto de vista del autor*, y desde luego iba a ser un madrazo porque nadie más iba a tener los testimonios póstumos que yo iba a sacar. Por lo menos iba a tener mención de honor y una medalla. Luego yo iba a hacer el doctorado en alguna universidad importante del extranjero y me iba a graduar con honores con la segunda parte de la tesis: nuevas revelaciones directamente de la fuente. Luego iba a tener una gran carrera como académico en Estados Unidos y Europa o iba a volver a México para ser, como mínimo, Secretario de Educación. Todo eso le dije a mi abuelo. Ni siquiera iba a hacer tanta falta que él moviera sus influencias. Iba a ser alguien aunque fuera en la cosa inútil —él decía “la pendejada”— que me había dado la gana estudiar. Creo que es muy irónico que mientras el país entero quería ser como él y tener mucho dinero sin haber ido jamás a la escuela, él deseaba que sus nietos se educaran...

—Disculpe, ¿podría centrarse en lo que pasó aquella noche?

—Claro, no le gustaba que no hubiese escogido algo como administración o ciencias políticas para trabajar en las empresas familiares, pero si le daba todo eso, además del título, iba a estar tranquilo. Como fui su último nieto tenía a todos los demás para usarlos primero que a mí. Creo que lo único que no me hubiera podido perdonar habría sido que estudiara danza. O ciencias.

Era un señor muy religioso y siempre decía que la ciencia y los condones eran cosa del diablo...

—Disculpe, ¿podemos volver a la cuestión de por qué hizo usted todo aquello?

Entonces La Pipi, ya sobrio, consciente de su papel en la Historia y de todo lo demás (¡las pilas de cadáveres, las ciudades en llamas, el sufrimiento inmensurable!), suspiraría profundamente. Y diría:

—La verdad es que todo lo que quería era emborracharme con él. Quería ser su mejor amigo. Quería que volviera a fundar su movimiento subterráneo para hacer poesía y fastidiar a los autorcetes solemnes y reventar las presentaciones de los poetas. Quería vivir la vida como la vivió él. No nada más dinero, alcohol, mujeres y drogas sino también intensidad. Poesía. De hecho hubiera preferido más vivir la vida como la vivió Bukowski (como seguro la debe haber vivido), pero según me dijeron los expertos que me mandó el abuelo, y que luego le regresé para que los ejecutaran y el secreto no se extendiera, según me dijeron ellos el extracto ya no iba a funcionar con un cadáver tan viejo como el de Bukowski.

Así diría, mucho tiempo después, La Pipi.

Ahora, sin embargo, en el bar; flanqueado por sus dos guardaespaldas en jefe, el joven heredero de La Piraña estaba ebrio, sí, pero también transfigurado. La Celebridad estaba ante él. Amarrado a un diablito de los que usaban los maleteros del aeropuerto, no parecía muy distinto de los zombis de los videojuegos o de la televisión: aunque el extracto realmente hacía maravillas, le faltaba un ojo, por ejemplo, y la cuarta parte del cráneo, y varios trozos del torso, por los que se entreveían el corazón, el bazo y el páncreas, todos de un verde casi negro. Vestía un pantalón de pana, desgarrado y sucio, y nada más.

Pero era él.

—Es él. Es él. ¡ES ÉL! —dijo, cada vez con más fuerza, como villano de película del siglo xx—. Bueno, ¿qué esperan? Desátenlo. Nadie obedeció de inmediato.

—Oiga, señor Juan Luis, realmente estuvo cabrón el vuelo —dijo un guardaespaldas.

—Sí es muy salvaje el güey éste —dijo otro.

—Yo de niño pensaba “Chespirito ha de ser el hombre más bueno del mundo”, ¡pero no! —dijo un tercero.

Y La Pipi se puso furioso.

—Chespirito —dijo, levantándose de su sillón— se llama Roberto Gómez Bolaños. Chespirito es un cómico de la televisión. ¡Yo lo conozco desde que tengo tres años! ¡Y ese que tienen ahí se llama de otro modo! ¿Por qué toda la gente ignorante confunde a Roberto Bolaño con Gómez Bolaños?

Ya para entonces algunas personas muertas por la Celebridad se habían levantado de nuevo, contagiadas por el extracto vitalizante en su saliva, y avanzaban por la ciudad de México en el comienzo de la epidemia prometida por tantas franquicias del entretenimiento, y que en la realidad sería mucho peor (¡la caída de las naciones, la humanidad reducida al estado animal antes de su extinción, el horror!) y no tendría fin.

—Y yo les dije que qué salvaje iba a ser —diría La Pipi, muchos años después—, que era un escritor, un intelectual y además un tipo a toda madre, y que seguro ellos tenían la culpa de su comportamiento errático por haberlo maltratado. Y yo mismo fui y lo desaté.

Eso diría, muchos años después.

Eso diría, pensó La Pipi, mientras el zombi (que se había arrojado sobre él en cuanto estuvo desatado) le abría el vientre a dentelladas y empezaba a sacarle los intestinos.

(Un momento después, justo antes de morir, y mientras las primeras hordas arrasaban los andenes del metro, arrancaban a los conductores de sus autos en la Calzada de Tlalpan, se comían absolutamente todo y a todos en la Central de Abastos, dejaban atrás incendios y devastación y cuerpos mutilados que poco después se levantaban y echaban a andar, un momento después, digo, La Pipi alcanzó también a pensar esto: que en cuanto escapara de allí empezaría a vivir, mejor, su propia vida: una vida literaria, sí, una vida de locura y excesos, pero una vida libre: más allá de modelos, más allá de la angustia de las influencias.)

[2012]



## LA PARTIDA

Una madre vio morir a su pequeño hijo en aquel temblor espantoso, el que destruyó la ciudad de Appa, pero no pudo resignarse a su muerte y rogó a los dioses que se lo devolvieran. Los dioses, compadecidos, no dejaron que el alma del pequeño entrase en el Otro Mundo y la devolvieron a su cuerpo. Pero ya saben cómo son los dioses: el cuerpo no dejó de estar muerto, no se aliviaron sus múltiples heridas, así que el corazón de la madre pasó de la dicha de tener a su hijo, de no haberlo perdido, al horror de ver sufrir a la pobre criatura, prisionera de su carne lastimada. Y luego vino el asco, sí, el asco, porque el niño comenzó a pudrirse, y los gusanos lo devoraban, y gritaba llamando a la muerte pero, como he dicho, ya estaba muerto. La madre, enloquecida, lo apuñaló una vez, dos, tres, muchas; luego lo apedreó, lo envenenó, lo estranguló... Pero el niño sólo gritaba, sólo sufría. Al fin ella lo tomó entre sus brazos, piel rasgada, huesos rotos, sangre negra, y lo arrojó a las llamas de una hoguera. Y el desdichado ardió, y fue humo y ceniza, y el viento lo dispersó y lo confundió con el aire, y entonces la madre se consoló bien o mal. Pero no debió hacerlo porque en esos restos impalpables estaba aún el alma doliente, y esa alma sigue hoy en el mundo, dispersa pero viva, como lo sabe todo aquel que respira, que abre la boca y siente de pronto la tristeza.

[2001]



Tres



## MANUEL Y LORENZO

La mesera, con su blusa blanca y su falda de colores, les sirvió el café y los postres, pero Manuel y Lorenzo no voltearon a mirarla. Desde la sopa estaban hablando de Clarisa. Era la conquista de Manuel para esta reunión y Manuel estaba entusiasmado como raras veces.

—Que todo había valido la pena —dijo—. Esas fueron sus palabras... ¿Sí me estás entendiendo?

—¿Qué? ¿Cómo que si te estoy entendiendo?

—Me da la impresión de que no te das cuenta bien a bien de las cualidades de Clarisa. Mira, por ejemplo, ésta es una buenísima que me contó una vez: de adolescente, ella estaba de vacaciones con unas amigas en no recuerdo dónde, Valle de Bravo, algún lugar por el estilo, y le empezó a bajar. Y no llevaba toallas porque había perdido la cuenta de sus días: “No me gustaba pensar en eso”, me dice. Entonces va a ver si alguna de sus amigas tiene toallas que le sirvan, y una de ellas le dice “No tengo toallas pero tengo tampón, ¿no quieres?” Y entonces Clarisa le contesta, muy indignada: “Perdóname, amiga, yo no sé tú, pero yo todavía soy virgen”.

Los dos se rieron.

—Pobre mujer —dijo Lorenzo—. Qué ignorante.

—Y además deberías haberla visto, de verdad, era... Era un renacuajo. Plana, plana por todas partes y con una cara así,

chatísima, y una boca de este tamaño... Cuando me contó lo del tampón yo estuve así de preguntarle: “¿Y no pensaste que a lo mejor esa iba a ser tu única oportunidad de una primera vez?”

—¿“Renacuajo”?

—En Facebook (porque la encontré en el grupo ese de deprimidos, ¿te acuerdas?) usaba de imagen una Hello Kitty. Luego, cuando la convencí de pasarnos a un foro, a algo más discreto, también. Así que ya sospechaba que no tenía muchas razones para quererse, ¿no?

—¿“Renacuajo”?

—De hecho me costó muchísimo que me enviara fotos de ella, fotos de verdad, de como realmente se veía. Ya sé, me vas a decir que no era necesario...

—¿“Renacuajo”?

—... pero a mí me gusta verlas. Y cuando las vi... Oh, Dios. ¡Oh, Dios! Y fue el mismo día en que me contó de cómo fue su primera vez, cómo, pese a todo, tuvo efectivamente su primera vez con Simón, su novio, es decir, el tipo con el que quería tener al menos tres hijos y una...

Manuel no terminó. Lorenzo lo miraba con cara de reprobación.

(Esto es una de las rutinas de la amistad de los dos: Manuel dice una tontería y Lorenzo lo reprende. Les ocurre así desde antes de conocerse en persona; de hecho, les ocurre desde la primera vez que hablaron, cuando se descubrieron cultivando la amistad del mismo hombre de Veracruz, parapléjico y en la ruina.)

—¿Qué? —preguntó Manuel— ¿Ahora qué?

—¿Cómo le puedes decir “renacuajo”? ¿Cómo puedes ser tan desconsiderado?

—¡Oh, por favor! Soy desconsiderado cuando hablo contigo. Cuando hablaba con ella, bueno, cuando nos mensajeábamos en el foro, deberías haber visto. Yo era la más maravillosa y comprensiva. Era un ángel.

—¿Otra vez fuiste Sor Mireya?

—No, ¿cómo crees? Nunca he usado dos veces la misma. ¿Tú sí? Aunque podría haberla usado... Qué bruta, pobrecita Clarisa. Realmente tenía algo malo. Hizo cuatro años de primero de preparatoria y ahí se quedó...

—A ver, a ver, espera un momento. Vamos en orden. Hace un rato me estabas contando de lo que pasó cuando por fin se embarazó.

—Fue como te lo conté.

—Te quedaste en que, según ella, había valido la pena...

—¿Qué cosa?

—Ahí te quedaste. Que lo que pasó había valido la pena. Me dijiste que dijo eso.

—¡Ah, sí, sí! —Manuel sonríe; su sonrisa es amplia y deja ver dientes y encías— Valió la pena, según me dijo, porque ocurrió esa primera vez...

—¿Cómo? ¿A la primera vez se embarazó? ¿En su primera vez?

—Y además fue la última porque el tal Simón la abandonó al día siguiente. Ah, y con toda propiedad la violó. Estaban en el departamento de ella. Lo compartía con unas primas, o mejor dicho ellas la dejaban vivir allí. Les limpiaba y hacía trabajitos. La acababan de despedir de un trabajo que tenía en una fábrica pero le estaban dando la oportunidad de buscar otro. Bueno. Las primas estaban fuera, él estaba borracho y empezó a fajársela. Ella le dijo que fuera un poco más despacio, que

se portara más cariñoso, y él se enfureció, le dio de golpes y le arrancó la ropa.

—Supongo que ella no pensaba que la habían violado...

—Después de que él acabó, se quedó dormido. Y ella se pasó el resto de la noche abrazada a él, en el borde de la cama (porque además era una cama individual y el tipo no se molestó en hacerse para un lado). ¡Clarisa pensaba que era culpa de ella! Que la pasión de él no se podía retrasar, así lo dijo, y que a lo mejor eso era un signo de lo auténtica que era. Tuve que convencerla de que en realidad el tipo nunca la había amado y...

—¿Están bien, no se les ofrece nada? —preguntó la mesera, que había llegado hasta la mesa con una jarra de café— ¿Más café?

Los dos pidieron más.

—Pero yo descafeinado —dijo Lorenzo, y la mujer se alejó de ambos tras servirle a Manuel—. Gracias —agregó Lorenzo cuando ella estaba ya lejos.

La tragedia (la tragedia diminuta) de la amistad de los dos era ésta: sólo se permitían una reunión cada seis meses, siempre en un lugar distinto, siempre tan deprisa como les fuera posible. No se atrevían a más y entretanto no mantenían ningún contacto, lo que era muy inteligente (los dos sabían que eran hombres muy inteligentes), pero con los años los dos se habían dado cuenta de lo mismo:

Entre reunión y reunión nunca les pasaba nada digno de contar aparte de sus conquistas.

Y no siempre tenían éxito: esta vez, por ejemplo, Lorenzo venía con las manos vacías, después de haber cometido un error garrafal con un tal Gerardo, pintor fracasado y homosexual de clóset, casado y con hijos, que al comienzo había dado la impresión de ser facilísimo.



Por esta razón, Manuel entendía perfectamente la sonrisa que se empezaba a ver en la cara de Lorenzo, pese a sus preguntas y regaños: una sonrisa lenta, la más lenta que Manuel ha visto jamás, y que nunca se concreta ni se convierte en risa abierta antes del final de una historia.

—Empecé por convencerla —siguió Manuel, inclinándose hacia Lorenzo y hablando en voz un poco más baja— de que Simón no la había amado nunca. Que sólo buscaba divertirse, tener sexo gratis, y que ella lo había alentado. Simplemente por estar siempre tras él, por fácil, digamos..., no llegué a decirle así a ella, claro, aunque siempre lo impliqué..., y bueno, probablemente, le dije, él se había sentido muy decepcionado del cuerpo de ella tras haberla violado. “No le gustaste para eso tampoco”, así le escribí. “Hay que reconocerlo. Hay que ver la verdad. Es peor si no vemos la verdad y no la aceptamos. Ni para eso le serviste. Todos los años que anduviste tras él sólo porque te hacía la plástica, y para qué”.

—¡Qué malo! —dijo Lorenzo, con su sonrisa creciendo apenas, lentísimamente.

—Yo era una pasante de medicina que acababa de ser expulsada de la facultad. No te había dicho, ¿verdad?

—Descafeinado, señor —dijo la mesera, que una vez más estaba junto a ellos. Lorenzo se dejó llenar la taza y, mientras la mesera se iba otra vez, le echó crema y la endulzó. Luego esperó a que se marchara y no le dio las gracias.

—¿Cómo te llamabas? —preguntó.

—Ariadna Pérez Escalona. Suena bien, ¿no? Supuestamente vivía en Cali, Colombia..., lo que ella me creyó aunque jamás hice mucho esfuerzo por escribir con modismos de allá...

—¿En serio?

—Le dije que lo único que yo conocía de México era el Chavo del Ocho, y con eso bastó. Porque de México lo único que se conoce en el extranjero es eso. Todo el mundo lo sabe —Manuel hizo una pausa y se rió, silenciosamente, por unos segundos, con la lengua de fuera—. Yo se lo dije, Lorenzo, yo le dije que eso era así.

Lorenzo comió de su postre —un pie helado de limón, supuestamente *light*— mientras Manuel hablaba. Aunque Clarisa nunca había ofrecido mucha resistencia, la historia de Ariadna Pérez Escalona era perfecta. Era una muchacha fea que además, a causa de un accidente en su adolescencia, tenía feas cicatrices en la cara. Además, en el accidente habían muerto sus padres, y ella estaba acogida en la casa de unos parientes. Además, los parientes le habían dado un ultimátum: al primer fracaso en la Facultad de Medicina la echarían.

—Yo estaba, es decir, Ariadna, haciendo todo lo posible por que ellos no se enteraran de que ya no iba a la Facultad. Salía todos los días temprano y me iba a vagar por la ciudad de Cali. Comía siempre en la misma cafetería, la Samarkanda...

—¿Existe?

—La busqué en internet. Me costó un poco más encontrar fotos, pero incluso le pude enviar dos que eran efectivamente del sitio. Les puse un círculo rojo para señalar dónde estaba “mi mesa”, donde acostumbraba ir a llorar. Por supuesto le dije también que muchas veces no me dejaban sentarme en ella. “Y pensar”, le dije, “que a mí ni siquiera me cogieron. Me le ofrecí al del Departamento de Admisiones de la Universidad y no me quiso, y tuve que juntarle quién sabe cuántos millones de pesos... colombianos, claro.”

—Cabrón —se quejó Lorenzo, pero su sonrisa crecía y crecía.

Ariadna no estaba engañando a sus parientes para seguir viviendo en su casa, comiendo de su comida, esperando algún milagro (y mientras, por si lo demás fuera poco, temerosa de que supieran del dinero que había robado para aquel soborno inútil). No: quería reunir fuerzas para suicidarse. Estaba buscando formas de hacerlo de manera rápida e indolora. La expulsaron del foro virtual, como la habían expulsado del foro de deprimidos en Facebook, al empezar a escribir sobre esto, pero para entonces ya tenía el correo electrónico de Clarisa y las dos chateaban en privado por largas horas.

Después de que Clarisa perdiera al bebé a los dos meses del embarazo, no había costado nada de trabajo empezar a proponerle que las dos hicieran un pacto suicida. Para estar en paz, solamente. Para ya no tener que recibir más golpes.

—Y para honrar la amistad, es decir, la amistad de Clarisa, por supuesto, que la hacía fuerte, que le permitía ser valiente y seguir con su idea, que le permitía no ceder y no olvidar que el mundo es una mierda. Ya al final la tenía tan adoctrinada... Le escribí, por ejemplo, que yo, es decir, Ariadna...

—Obvio.

—Que yo sentía que de algún modo estábamos destinadas a encontrarnos. Que era nuestro destino. Vivir una vida terrible pero encontrar la paz, aunque fuera sólo para un instante, en una persona sincera. Una persona que estaba en el mundo para ayudarnos a dar ese paso necesario, el último, el que podía hacernos libres.

Manuel se calló. Lorenzo lo miraba y su sonrisa, de pronto, era diferente.

Manuel miró la barba de un par de días de Lorenzo, sus lentes de montura barata, su chamarra de poliéster, su camisa

que se adivinaba un poco sucia. A un lado estaba la mochila en la que llevaba los libros y demás material de las clases de inglés que daba en algún instituto de mala muerte.

Lorenzo, por su parte, lo miraba a él: su cabeza perfectamente afeitada, su camisa Calvin Klein, su torso trabajado en el gimnasio. El candado perfecto de su barba. Su portafolio de piel en el que estaban todos sus *gadgets* y las llaves del BMW.

Muy despacio, Manuel puso la mano sobre una muñeca de Lorenzo. La apretó.

Él correspondió con el mismo gesto.

Manuel sonrió también y supo, con certeza, que su sonrisa también era diferente.

Luego los dos retiraron las manos. —Y..., bueno —dijo Manuel—, el resto fue solamente irle dando la información que “averiguaba” sobre el mejor modo de hacerlo. Fijamos la fecha, quedamos de acuerdo, y ella se despidió diciéndome “Te quiero”. Me lo dijo..., me lo dijo con *webcam*. Se consiguió una y me habló. Yo le dije que no había podido conseguir ni micrófono ni cámara pero ella me perdonó. Me dijo lo mucho que significaba para ella y me dijo también que el día y la hora que habíamos acordado iban a ser los más felices de su vida. Ahí nomás.

—¿Y luego?

—Y luego me besó. Me besó. ¡Besó el lente de la cámara!

Lorenzo se echó a reír:

—¡Menos mal que no se desnudó!

—¡Aaaah! —gruñó Manuel, haciendo un gesto de asco.

—Pero todo lo tienes grabado, ¿verdad?

—¡Claro que todo lo tengo grabado!

—¿Y el texto de los chats, y las fotos?

—Y la foto, cabrón —dijo Manuel—. La foto.

La muerte de Clarisa había salido, algunas semanas antes, en las páginas interiores de *La Prensa*. Quién sabe quién habría llamado al periódico al descubrirse el cuerpo. Manuel sacó de su portafolio el recorte de la nota y los dos la miraron en silencio. Lorenzo pensó que Manuel estaba en lo cierto: con el cuello apretado por el cinturón y la piel lívida, oscurecida, la cara muerta parecía realmente la de un renacuajo. Además, el fotógrafo había conseguido capturar muy bien los ojos entreabiertos y la expresión de abandono, de inconsciencia, de indiferencia que a ambos les fascinaba hallar en sus conquistas: realmente inspiraba, como las mejores imágenes de muertos en ese y otros periódicos, la idea de que la persona retratada había nacido para eso: que todo cuanto había hecho, cuanto había dicho, cuanto había pensado tenía su justificación en esa pose humillante, esa expresión estúpida.

—El recorte es para ti. Y también tengo una carpeta con más.

—¿Y un USB? —preguntó Lorenzo.

—Claro que sí, aquí lo traigo —y se puso a rebuscar en el portafolio que había puesto en la mesa junto a él.

—Mucho cuidado con qué grabas y en dónde, ¿eh? Acuérdate de lo que le pasó al imbécil ese de la pornografía.

—¿Quién? —dijo Manuel sin dejar de mirar el interior del portafolio.

—¿No viste la noticia? Un tarado fue al funeral de un amigo suyo y llevó un USB, supuestamente con fotos del muerto para proyectar, como una especie de homenaje. Y que conectan el USB, y que ponen el proyector, y que las fotos son pura pornografía infantil, y además con la hija del tipo, a la que todos conocían...

—¿Todo bien, más café? —preguntó la mesera, que otra vez estaba junto a ellos.

Manuel y Lorenzo la miraron sin decir nada. Los dos (aunque esto no podían saberlo) pensaban lo mismo: en poco rato tendrían que marcharse, y no volverían a verse en mucho tiempo.

—Dos vasos de agua —dijo Manuel, quien de los dos es el más decidido y el más valiente—, sin hielo. Y la cuenta, señorita, por favor.

[2011]

## EL CLUB DE LOS SEIS

*De sus miembros, que se han mantenido ocultos tras diversos seudónimos, se sabe que fueron condiscípulos en una universidad prestigiosa de Estados Unidos –Harvard o Yale, probablemente– a fines de los años ochenta; también, que escribieron el llamado Pacto de Jovanna –el documento que pretende explicar y justificar sus actividades en solitario y como grupo– en 1989, durante una fiesta de las que celebraban en casa de Buzz, uno de ellos, estadounidense y poseedor de varias amplias propiedades en la costa este.*

*Según la leyenda, todos se habían hecho amigos precisamente debido a su interés en el sexo.*

### 1. SILVER, ESTADOS UNIDOS

“Pero la inspiración para todo lo que hemos hecho después vino ese día. Yo estaba en la universidad porque todos los hombres de mi familia han estudiado allí. No tenía ningún interés. De hecho, de no ser por los Seis yo viviría exclusivamente de un fideicomiso familiar. Uno o dos de los otros miembros del grupo están en la misma situación, hay quienes tienen puestos elevados en gobiernos o corporaciones... Francamente, podemos divertirnos como queramos sin ninguna dificultad: tenemos recursos para financiar lo que nos haga falta y aun los que tienen

aficiones más... lejanas de la norma..., aun ellos pueden pasarla bien sin peligro.

”Lo que descubrimos ese día fue... una especie de belleza... También una oportunidad comercial, claro. Pero la belleza fue primero.

”Todo depende de la explicación, del discurso que viene detrás de la obra. Mire mi caso: a mí me gustan las... inserciones, las llamo..., pero lo importante es que las explico como una invasión del cuerpo: una violación, sí, obvio..., y sí, eso es lo que me excita..., vea cómo no tengo problema para decirlo...

”Pero lo que quiero decir es esto: como yo lo hago, se ve que la violación se puede interpretar, que es símbolo de algo relacionado con la cultura, la sociedad contemporánea, etcétera. Por ejemplo, mi serie de performances sobre los cetros, donde cada voluntario recibía uno distinto. ¿Conoce el video? Lo hicimos en Berna, en una de las últimas funciones. Un ultrasonido en vivo permitía ver cómo iba entrando cada cetro, y cómo, ya dentro del cuerpo, la punta se abría y dejaba ver alguna figura: un televisor, un signo de dólares...

”Era una crítica, ¿lo entiende?

*Fotografía, arte conceptual, video, música: el trabajo del Club de los Seis, siempre reproducido en tirajes pequeñísimos y ediciones de gran lujo, es una paradoja en la era de internet porque la ignora totalmente. Como previendo la reacción contra la vulgarización del acceso a la red –que ahora da más valor a quienes pueden permitirse no estar conectados–, al comienzo el Club sólo se dio a conocer mediante*



*invitaciones impresas a contactos selectos. Actualmente, los suscriptores de los Seis, todos individuos capaces de pagar los altísimos precios de cada pieza, no pasan de 100, y sólo la renuncia o la muerte de alguno de ellos permite la aceptación de otro. La lista de aspirantes, según se reporta, es muy larga e incluye a personalidades del espectáculo, la industria y la política de todo el mundo.*

## 2. MUTT, ALEMANIA

“Richard Gere es de nuestros grandes admiradores. ¿Conoce la leyenda que se cuenta de él, un proctólogo y un cuyo? Hicimos algo todavía mejor para un cortometraje hace dos años, en Gotinga. Lo dirigió Jennifer Lynch, la hija de David, ¿sí sabe usted quién es?, y fue en blanco y negro, con película química. A la antigua: un trabajo finísimo. Y, claro, la escena culminante fue real.

”¿Conocen en su país la mitología griega? ¿La historia de Pasifae? Es la princesa que se enamoró de un toro sagrado... Yo era Pasifae y Richard era el pastor que cuidaba al toro y me dejaba pasar... Costó mucho entrenar al animal pero todo salió muy bien. ¿Alguna vez usted ha...?

”¿No?

”No tiene idea de la pureza de las sensaciones. Es carne que se mueve alrededor de la carne y nada más. Nada. Ni amor, ni motivos ni...

”Ustedes discriminan a las mujeres con el argumento de que no piensan, ¿no es así? En su país. Yo, señor, le puedo asegurar que hasta las mujeres piensan, así que esto es mucho, muchísimo mejor...

*No todos los miembros del Club de los Seis se involucran directamente en la creación de las obras atribuidas al mismo y comercializadas como tales. Sin embargo, la participación de otros artistas siempre está subordinada a la dirección de los miembros del grupo, que no revelan el procedimiento por el que toman sus decisiones. En este sentido, la “asistencia” de artistas tan diversos como Michel Gondry, Pina Bausch, Joel-Peter Witkin, Chen Zhen, Francis Alÿs, Björk y muchos otros –ninguno de los cuales llega a conocer a sus patrones, pues éstos se comunican solamente por teléfono o correo electrónico– puede verse al mismo tiempo como un reflejo de los proyectos de “artistas anónimos” del siglo xx, como The Residents, y del protagonismo del productor como se le entiende en la música y el cine más comerciales: como director de grandes proyectos que llevan su sello más allá de las intenciones de los creadores a los que dan salario.*

*Por otra parte, la razón más evidente del aislamiento de los miembros del Club es que los intereses de cada uno (“las adorables perversiones que son el tema de cada una de nuestras obras”) son ilegales en varios países.*

### 3. MILES MAYHEM, COLOMBIA

“Este hombre, Melgar se llama, es de Barranquilla: una especie de hipnotista, de chamán... Él decía ser terapeuta, pero siempre trabaja con grandes grupos, como para dar un *show*, y sus ‘pacientes’ no sólo quedan en trance sino que pierden totalmente el control: tienen espasmos, convulsiones, hablan en ‘lenguas’... Él usa acupresión, alguna forma de *reiki*, no sé.

”Primero no quería oír hablar de mí. Entonces supe que él grababa muchas de sus sesiones y las subía a YouTube. No

se ve gran cosa en los videos, pero sí, de pronto, que él mete las manos bajo la camiseta de las mujeres, como para tocarles el esternón. Se nota que no les toca nada más, pero le pagué a un periodista para que lo denunciara diciendo que a todas les apretaba los pechos, que sólo las hipnotizaba para violarlas, y todo el mundo lo creyó. Lo echaron de una universidad en la que daba clases, perdió a toda su clientela... No le quedó más remedio que aceptar lo que yo le ofreciera.

”En los performances que grabamos él me ‘prepara’ a varias muchachas... y yo les hago lo que se me antoja. Y he llegado muy lejos. Hay desde lo más simple, como desnudar a una y penetrarla, afeitarle todo el cuerpo a otra, cubrirlas de pintura o mermelada, colocarlas en posiciones raras, organizar un *gangbang*... Hay desde eso hasta la mejor que hemos hecho: una competencia entre cuatro parejas a ver quién lograba el *fisting* más rápido. Yo pensé que iba a ganar, pero uno de los tres asistentes que contraté resultó ser un salvaje. Tardó minutos. Yo no pensé que fuera físicamente posible. Y los gritos que las mujeres dieron cuando se les despertó...

”Yo soy, claro, a quien le gusta la parte de la insensibilidad: la idea de que la conciencia desaparece. Pero en el fondo la serie es también un documental sobre la corrupción: se suponía que este Melgar era un curador, que usaba sus habilidades para ayudar a la gente, que les daba experiencias tremendas pero reveladoras, y yo lo he convertido en algo horrible. Y, claro, él mismo dice que no sabe qué podrá hacer cuando yo me aburra y lo despida. Es de lo más sugestivo que el grupo ha hecho.

*Las primeras obras del Club de los Seis fueron recibidas con indignación y escándalo que alcanzó incluso a sus primeros compradores. Más adelante se fue percibiendo el secretismo con el que se conducían los miembros del Club –la manera en la que su trabajo se mantenía comparativamente oculto, sin intentar siquiera colocarse en los circuitos oficiales del arte contemporáneo– y la crítica empezó a considerar su obra entera como una metáfora relacionada a partes iguales con el sexo, la transgresión, el dinero y la culpa. Mignon Dixon, por ejemplo, escribió en una nota famosa publicada en la revista Artforum que el Club de los Seis es “una representación del poder absoluto y la impunidad que éste concede”: una imagen de lo que la élite global más elevada puede hacer, y hace constantemente, a despecho de las leyes y los principios morales que se enseñan a las masas a través de los medios.*

#### 4. CHIVO, MÉXICO

“Un amigo que no es del grupo, no diré su nombre, se dedica a conseguirse esclavos. Los elige, los lleva a una de sus casas, los mantiene algún tiempo con él, los viste, juega... Luego se deshace de ellos cuando se aburre. Lo importante es que me permite verlo. Tengo cámaras escondidas por todas sus casas y ya llevo probablemente..., no sé cuánto llevo, es tal cantidad de grabaciones...”

”No tiro nada. Soy la primera persona en México que tuvo discos duros de más de un terabyte, para almacenar toda esa cantidad de video.

”Primero, mi amigo quería que todo fuera verdad, así decía, y hasta secuestró a algunas personas. Pero en 1991, con una muchachita...”

”Una pesadilla: resultó que era hija de alguien importante y tapar todo fue difícilísimo.

”Después de esto, le digo, empezó a refinar sus métodos: asumió que lo que hacía era un juego y aprendió a *convencer* a la gente de irse con él, es decir, a buscarse personas con fantasías parecidas a las de él mismo. El mejor de todos ha sido un oficinista, un tipo anodino, feo, en realidad bastante estúpido pero con un entusiasmo increíble..., pero ha tenido de todo.

”Cada año editamos los *highlights* de cierto número de grabaciones y hacemos algún tipo de montaje interesante. Él recibe una parte de las ganancias y yo me quedo con el material en bruto.

”No me gusta, me *fascina*. Tengo en mi casa una pared que es una pantalla enorme de plasma, con excelente resolución, y puedo ver los detalles más escondidos de cualquier toma, de las caras...

*El mundo pertenece (escribió Dixon) a esos seres que están, gracias al dinero, por encima de la ética. Y el hecho de que sean precisamente miembros de esta superclase elevadísima quienes comprenden la obra del Club se considera un ejemplo depurado de la aceptación y reafirmación cínicas que se ocultan tras la fachada de la ironía en el siglo XXI.*

## 5. MKX, ITALIA

“Mi parte es sin duda la más personal del trabajo del Club, porque siempre se trata de mí y porque tengo, como usted sabe,

una regla: que todo sea simétrico, que cada corte que hago sea un corte que me hagan a mí. Si me quito la máscara..., un segundo..., si me quito la máscara puede usted ver que las cirugías reconstructivas ya no podrán hacer mucho más. Son 20 años de punciones, rasgaduras, etcétera, que están dispersas en el resto de mis modelos y colaboradoras, pero concentradas aquí. Cada penetración es una herida; cada orgasmo, otra. Y de vez en cuando, para darle emoción, uso un picahielo oxidado, o una jeringa que tal vez es de un drogadicto con VIH...

”Si me permite una vanidad, mi trabajo no se parece al de nadie. David Nebreda es esquizofrénico, Orlan no tiene dirección y..., bueno, nunca lo conocí pero supongo que Michael Jackson, además de no tener ninguna teoría, ninguna propuesta, no veía sus operaciones como un fin sino como un medio, ¿no? Quería convertirse en Diana Ross, en Liz Taylor. Para mí los cortes sí son un fin en sí mismo.

”¿Por qué? ¿Qué clase de pregunta es esa?

”A ver, dígame: ¿qué lo excita a usted? ¿Lo sabe?

”¿Y a usted le agrada explicar eso que le gusta, que le fascina, sin que nadie lo entienda?

*Las entrevistas para el presente artículo fueron obtenidas sólo después de la firma de un riguroso contrato de confidencialidad. Y no fue posible obtener una copia del Pacto de Joevanna, al que se alude –según declararon los Seis– en el discreto logotipo del Club: la silueta del hueso pélvico de una mujer.*

## 6. BUZZ, ESTADOS UNIDOS

“Aquella vez estábamos jugando a la sobredosis. Se necesita coca de la mejor y la prostituta más miserable, más pobre que se pueda encontrar..., aunque, claro, yo insistía en que fuera mínimamente atractiva...

”La llevábamos a mi casa, le dábamos de comer, nos reíamos un poco de las caras que ponía al verse en una casa decente. Luego le dábamos la coca, que por supuesto no estaba rebajada en absoluto, como la que acostumbran consumir las personas de clases bajas.

”La de aquella noche, la de la fundación, se llamaba Jovanna. De ella vino todo. La criatura más vulgar que he conocido. Sus padres deben haber oído el nombre Giovanna en el cine o la televisión y les sonó a una variante de Joe. Ella tomó la coca y murió. Así, instantáneamente: fulminada. Nunca había visto una cosa semejante. Quién sabe si no tenía problemas previos de salud... En cualquier caso, cuando vimos lo que había pasado, primero pensamos que habría que cancelar la fiesta...

”Pero entonces descubrí que a mí me gustan muertas. No lo sabía hasta entonces. Yo acostumbraba ser siempre el primero pero ahora tuve una erección enorme desde antes de tomar mi *popper* habitual, para darme fuerzas.

”Los demás tomaron ácido porque querían ver de otro modo lo que yo estaba haciendo. Y entonces pasó. Yo soy el que menos puedo explicarlo, claro, porque no tenía ácido encima... Pero tuvimos una impresión colectiva: la impresión de que éramos bellos, nosotros, bellos y fuertes, y de que íbamos a vivir para siempre. Que Jovanna había dado su vida para que nosotros fuéramos inmortales... Yo lo supe, sin que nadie me lo dijera. Y cuando les dije, ellos me dijeron que lo sabían también.

”Entonces nos deshicimos de las demás personas a las que habíamos conseguido y después de hablar mucho rato llegamos a nuestras conclusiones, y formulamos el proyecto, y nos pusimos a redactar...

”Fue muy rápido: Jovanna no tenía aún el *rigor mortis* cuando terminamos.

[2009]



## EL SEÑOR DE LOS PERROS

*Catalina (quien es la esposa de Julián y sólo en la cara tiene 15 cicatrices):*

—Es que yo soy buena gente; yo soy bien, pero bien buena gente, por eso me hacen tonta, ¿me entiende?, porque yo soy así. Con decirle que luego no nomás dicen que soy bien inocente o bien linda, sino también que soy una pendeja o...

”Con perdón. Así me tratan, quién sabe qué me dicen y yo pues no les puedo decir nada porque pues sí, de chica siempre yo era la mensa, y luego siempre fui la que hacían como querían, y desde siempre me ven la cara, ni modo. Pero eso sí, para algunas cosas, mire, para varias cosas sí soy bien hacha. Por ejemplo, para lo de ver cuando engañan a la gente. ¿Usted ve las novelas?

”Sí, sí, telenovelas. Yo sé que usted ha de ser una gente muy ocupada pero seguro también... ¿Sí ve las novelas, o los programas así como el de Laura o el de Cristina? A mí me gustan porque me entretengo y sale gente bien enferma, se lo digo así, a lo mejor usted va a pensar que es mucho morbo estar viendo eso todo el día pero para qué le voy a mentir, me apasiono, ¿me entiende?, yo sí lo vivo, como dice esta..., ¿cómo se llama? Bueno, a lo mejor usted nunca ha visto mis programas pero de veras, una se apasiona. A mí me gustan más que los de bailar o los de cantantes, porque hacen cada barbaridad...

”Ah, sí, pero le estaba diciendo de que soy bien hacha, y pues ya le dije, yo por mis programas, yo siempre me doy cuenta cuando engañan a la gente: cuando le mienten a la muchacha yo siempre digo...

”Yo siempre supe que mi marido me ponía el cuerno, pues. Que me engañaba. Una siente, ¿no? Una como mujer siente esas cosas porque es más sensible a eso, porque es como dicen, ¿no?, más como la intuición, ¿no?, que es femenina.

”Lo que yo no sabía era... la otra parte. Lo de a dónde va. ¿Me entiende?

*Guadalupe, su mejor amiga:*

—Él, o sea Julián, desde antes que se casaran ya era así como toscote, como son los hombres. Todo el tiempo le estaba dando a la Cata sus madrazos, digo, sus trancazos... Le daba sus buenos golpes y, bueno, así es como ellos son, así demuestran que una les importa, y también una tiene que poner de su parte: una va viendo qué no le gusta y qué le gusta a su marido para que no se enoje tanto. A mí lo único que siempre se me hizo un poco raro era que, según Cata, siempre que Julián acababa de darle una, cuando ya se cansaba y la dejaba, en vez de irse a tomar o..., lo que hacen los hombres...

”Coger.

”Digo, ‘hacer el amor’... Pero en lugar de eso se iba. Sí, sí, se iba en su camioneta a la Central, pero no por un encargo sino nada más a ver a los perros. Los que se juntan afuera. ¿Sí conoce la Central de Abastos? Julián llegaba a donde salen los

cargadores, donde suben y bajan cosas, pero se estacionaba más adelante y se regresaba a ver. Luego hasta le decían que si quería cargar o que qué estaba haciendo, pero él no, decía, nomás mirando, como el chinito. A mí pues se me hacía como raro, pero, bueno, Cata hasta lo llegó a acompañar, por eso sé, porque un tiempo él le decía vente y ella se iba con él.

”A mí no se me hacía muy entretenido. Y a Cata tampoco, pero eso sí, lo que sea de cada quién: Cata es obediente. Él le decía mira, vieja, qué bonito, aquel amarillo, y Cata lo miraba, pero nada más veía al animal todo flaco y mugroso, ladre y ladre, peleándose con los otros por unas sobras o lo que sea que tuvieran cerca para comer, o luego oliéndose con los otros por todos lados o con ganas de..., de hacer lo que hacen los perros..., y ella decía bueno, qué tiene de bonito, y él primero se le quedaba viendo con cara de qué no ves, qué estás ciega...

”Y ya con el tiempo ya no le decía nada, y luego hasta le dejó de decir que lo acompañara.

*Catalina (a pregunta expresa sobre Julián):*

—Usted me entiende, ¿verdad? No porque usted se haya quedado nunca así como yo..., vaya, yo no sé ni nada, pero pues usted..., usted sabe de estas cosas, ¿no?

”Es que cuesta, no se crea, cuesta hablar de estas cosas. A mí mi mamá, que en paz descansa, me enseñó dos cosas: una, que de la vida no hay que esperar nada, que a la gente como ella, como yo, lo único que le puede quedar pues es la decencia, porque todo lo demás pues no, una nace jodida y jodida se

queda, ¿no? Con perdón. Sí es cierto: Julián con la fonda..., ¿sí le dije de la fonda? ¿Le dije que la tenemos sobre Zaragoza? Por allá por Guelatao, donde antes había una escuela, un CCH, creo que se llamaba, y luego la ocuparon y ahí se quedaron a vivir...

"Ah, sí, perdón. Julián, la verdad, se parte la madre... Perdón. Trabaja durísimo en la fonda..., y además yo los he visto, a mis parientes, a mis hermanos, a mis sobrinos, cuando han querido poner que sus changarros, o que ir a... meterse a la política, a hacerle bola a quién sabe quién, o vaya usted a saber a qué se meten, como mi prima Amalia que se robó 400 mil pesos de la cooperativa de su escuela y se los gastó en pura pendejada, con perdón; o Pascual, un sobrino que tengo... por favor esto no lo vaya a poner en su revista porque se me arma, pero a mí se me hace que está en una de esas bandas...

"¿Mi mamá?

"¡Ah, lo otro que me dijo! Que tampoco tenía que esperar nada de un hombre. Que todavía de la vida alguna vez se puede esperar algo, pero de un hombre jamás.

"A lo mejor sí es cierto, a lo mejor es como decía ella, que una nomás se tiene que aguantar y ésa es la cruz que nos toca, y ya después viene el consuelo... Pero ya, mire...

"Ya. Mire: todo empezó porque mientras estaba conmigo..., mientras Julián estaba conmigo...

"Ay, señorita, yo, se me hace que usted ha de ser hasta..., pues..., una persona muy educada y no sé si la..., la voy a ofender..., pero le juro que a mí me da hasta dolor de cabeza hablar de esto. De veras que no soy mala persona, de veras que no, no soy vulgar, no ando de ofrecida por ahí...

*Yaeli, su hija menor:*

—Yo ya llegué tarde, es decir, la hermana a la que sigo me lleva como nueve o 10 años. Nací cuando mi papá más o menos tenía bien puesta la fonda, y por eso no tuve que trabajar con él como mis hermanas y en cambio me pude meter a la UNAM. Fui la consentida. Ahora estudio psicología...

”Y ahora..., ahora mi mamá me da mucha pena, y mi papá no se diga...

”Porque usted sabe, ¿verdad? Sí sabe todo lo que pasa allá, en ese..., pues en ese congal, ese antro, ese...

”Putero. Lo que sea. Sí sabe, ¿verdad? Supongo que se le puede decir así..., prostíbulo, no sé...

”Mi mamá dice que tardó mucho en darse cuenta. Y yo le creo porque... Ella dice que es bruta. Así dice. Bruta como todas las mujeres. Yo siempre le digo que eso no es cierto, que... Pero es que tuvo una vida muy difícil. La tenemos todavía. Yo hago dos horas y media de la casa a la Facultad, no crea que es fácil.

”Y, para colmo, ella de veras no puede hablar de sexo. De verdad no puede. Se pone mal. Me dice: es que estar, estar, estar con tu papá, me dice... Y tartamudea. Y suda. Y se pone muy mal. Y al final siempre acaba diciendo que estar con él es muy bonito. Así. Nunca ha llegado a más.

”Ella dice que soy muy moderna porque soy la única que le habla de estas cosas, y la verdad mis hermanas o se hacen tontas o piensan lo mismo que ella. Yo no entiendo, me dicen, yo soy ignorante, no como tú. Ellas y yo tenemos muchas peleas por esto. Lo que yo no entiendo es cómo puede alguien pensar que sea malo sentir así, ‘bonito’, cuando se está con la pareja de una. ¡Y mi mamá hasta me ha salido con que los pecados no pueden pasar de moda! Yo sé que es un poco egoísta pensar esto pero

creo que he tenido mucha suerte: podría ser como mi hermana Teresa, que cada vez que quiere agarrarse a un novio se embaraza de él y ya va por el quinto...

”No, y ni le cuento de mi hermana Jennifer.

”En fin. Yo, incluso antes de enterarme, de que pasara lo que pasó, ya trataba de convencer a mi mamá: ya las cosas ya cambiaron, le decía. Y ella, claro que contestaba que su mamá, o sea mi abuela, se volvería a morir si oyera esas cosas. Ni hablar de explicarle acerca del placer. De veras le da dolor de cabeza. ¡Y cuando se enoja me dice que yo soy la que está torcida, que tengo algo mal...!

*Catalina (quien no ha dicho nada sobre su intimidad con Julián):*

—Pero una cosa sí le digo, yo me decidí a ir tras de Julián no nada más por lo que ya le dije, ni porque me...

”Porque me sienta como me siento... Como me haya sentido...

”Porque Julián hace mucho que ni me toca, en realidad, ¿me entiende? Estos últimos años... Ya estamos viejos. Mire cómo estoy de gorda...

”Ah, sí. Me decidí a ir, además, sobre todo, porque yo ya sabía: yo ya sabía que salía a ver a alguien más y regresaba noche y todo oloroso a sudor y a quién sabe qué.

”Y además porque cada vez se tardaba más afuera, y no llegaba a la casa y cuando llegaba traía una cara de atormentado que me daba pena, porque era como si yo fuera la cruz de él, y pues todo el mundo se daba cuenta, ¿me entiende?, se daban

cuenta. A éste no le gusta estar aquí, decían, y yo pensaba: claro, viene de estar con una mujer, viene de un hotel de Tlalpan...

”Ay, señorita, y yo primero me ponía a llorar, llore y llore y llore, y luego me daba coraje y rompía cosas y...”

”Una vez, Yaeli, que es la única que me habla de estas cosas porque sus hermanas pues ya son más grandes, ya están en sus cosas, nomás de vez en cuando me vienen a ver porque se pelearon con sus maridos o a dejarme a mis nietos para que los cuide..., y además mis cosas no les importan, qué les van a importar, también eso me decía mi mamá, que la otra cruz de la vida de una son los hijos...”

”¿Cómo? Ah, sí, Yaeli me veía cómo estaba y hasta me llegó a decir... Ay, Yaeli, me decía..., ella me decía...”

”Híjole, qué difícil.

”Mamá, me decía, tienes que seducir a mi papá, a lo mejor, no sé, un día, un día espéralo desnuda en la cama.

*Jennifer, su tercera hija:*

—Hágame el favor. Así le dijo. Encuerada. Encuérate, le dijo. Seguro que también con los labios pintados y abierta de piernas. Para que llegara mi papá y la matara a chingadazos por estar de puta. Así son siempre sus consejitos de mi hermana.

*Catalina (quien por fin deja de llorar):*

—Yo le dije: ¿así como estoy?, le dije. ¿Así de vieja y de fea? Y así me puse, llore y llore...

”Y otra vez sentí el coraje, pero quién sabe qué me pasó después de lo que ella me dijo, porque ahí fue donde se me ocurrió; dije: yo quiero ver cómo es el hotel, eso pensé, quiero verlo... No sé por qué.

”Yo pensaba que sería a lo mejor hasta una cosa de lujo, así de los de yacusi y todo eso, porque ahí donde nos ve, Julián sí gana su dinerito con la fonda, yo bien que sé, pero a mí no me da nada y yo tengo que estar con una mano atrás y otra adelante para que podamos medio malcomer... Todo eso me daba mucho coraje, y en las mañanas que me quedaba sola me imaginaba entrando ahí al hotel y viéndolo a Julián con quien fuera que estuviera y diciéndole..., no sé, cualquier cosa, algo horrible para que se sintiera culpable, ¿me entiende?, algo como lo que dicen en las novelas, así bien fuerte, para que viera que a pesar de todo lo que me dijo mi mamá y de que él fuera el hombre, yo no me iba a dejar, y no porque ella estuviera más joven y más bonita me iba a tratar así como su pinche chancla.

”Con perdón.

”Yo decía, hasta lo decía en voz alta, ¡vas a ver, maldito!, así le decía, como en las novelas. ¡Vas a ver, José Julián, que conmigo no puedes jugar así de fácil...!

”Y un día, ya de noche, que llega, me da mis madrazos, se sale de la casa, como siempre, pero que yo me salgo tras él. Y que se va en su camión y yo tomo un taxi, así como de novela, y que le digo siga a ese camión, así le dije, y que nos vamos...



*Esmeralda, la taxista:*

—Yo soy su vecina de la señora Cata y de vez en cuando, si ando por la colonia, le hago encargos cuando no está su marido. Y sí soy entrona; voy a donde me digan, me vale madres. Pero ese día que me busca y que me encuentra y se sube así como en plan de película...

”Primero me emocioné. Un ratote estuvimos tras el coche y ella no decía nada pero yo iba piense y piense en lo que le iría a hacer al marido, porque me dijo lo que le sospechaba y yo pensaba: puta, va a ser un pinche dramón de miedo. Yo me imagino que el marido no nos vio porque, pues, cuándo se le iba a ocurrir que alguien lo iba a seguir, así como... ¿Me entiende? Y entonces se empezó a poner raro. No fuimos para la Central de Abastos. Fuimos primero por Ermita, luego Guelatao, pero luego como para el lado contrario, para la Cabeza de Juárez. Y nos seguimos por unas colonias que están bastante bravas, la verdad, que a cada rato van las patrullas a agarrar a traficantes y a echar balazos... Fue muy feo porque lugar por el que pasábamos yo pensaba ya, seguro ya llegamos, aquí se baja..., pero no, no se detenía siquiera y se seguía y pues yo igual, me seguía... Fuimos por ahí y luego salimos a la carretera. Y dimos vueltas por quién sabe qué otras colonias de por ahí, ahí ya ni sé cómo se llaman, puros de esos departamentos chiquititos...

*Catalina (quien por un momento se queda callada, con los ojos cerrados, y deja ver cómo las heridas le cruzan también ambos párpados):*

—Y ya me estaba yo preocupando porque no me iba a alcanzar para la dejada, o que Esmeralda ya no iba a saber por dónde regresar, cuando Julián se paró. Y pues se fue a parar...

”Se fue a parar en aquel lugar, que no sé si usted lo haya visto... Es como una bodega. Así sin anuncios, sin nada. Nada más un anuncio junto a una puerta de metal así como de fábrica, pero sin palabras, nada más una casa pintada. Y de pronto los coches pasando de un lado, del otro...

”Y yo que me bajo del taxi, toda con frío, sin saber qué hacer, pensando pues que qué estábamos haciendo ahí, viéndolo entrar...

*Marimar, empleada de La Casita:*

—El señor Julián trabaja para los dueños desde hace ¡uh!, un montón. Les trae comida del mercado. También les hace encargos, no sé... Ellos fueron, según creo, los que le pasaron el dinero con el que puso su negocio...

”¿Cómo? No, no sé por qué se llama La Casita. Yo no sé nada. Los lugares como ése siempre tienen nombres... de ese estilo. ¿Usted es de aquí? Otros lugares por el estilo que están cerca de aquí se llaman La Huerta, La hija de Emiliano Zapata...

”Yo la vi. Salí, porque siempre me toca salir más o menos a esa hora. ¡Pobre! Se había bajado de un taxi, y ya sabiendo quién era, es decir, porque entonces estaba lejos y no sabía quién era...

”Ya sabiendo, yo supongo que entre el miedo de que la vieran y el miedo de que no sabía ni qué era ahí dónde estábamos y de que su taxi ya se estaba yendo, estaba la pobre... primero la

vi que estaba llorando, luego se quiso esconder, pero no había dónde, y entonces como que se agachó, como para esconderse de todas maneras. Y pues yo la veía clarito, pero...

”O sea, pobre, ¿no?”

”Ah, pero para esto, antes de verla a ella, pues lo vi a él. Y yo muy quitada de la pena, porque lo conozco, porque todos nos conocemos acá, en realidad tampoco es tan feo lugar para trabajar, cada quién hace lo que le toca y le pagan no tan mal...”

”Lo saludé al señor Julián, que estaba llegando, yo sabía que en general iba de cliente los miércoles o los jueves, y le digo hola, don Julián, ¿ya luego luego?”

”Sí, yo sabía. Claro que sabía. ¿No le digo que todos nos conocemos? A mí primero sí me..., me daba cosa. Horror. Me indignaba.

”O sea, tampoco le voy a decir que ahora me gusta, ni Dios lo quiera... Pero ya no soy una niña. Y he visto cosas muy feas aquí. Yo ya digo: si quieren hacer eso, que lo hagan. Que hagan con su vida lo que quieran, ¿a mí qué? A mí me pagan por hacer un trabajo decente. Eso de que los saco a pasear, los limpio, de hecho es como extra. Yo lavo baños y limpio pisos.

”Ah, sí. En aquel momento, con el señor Julián, le vi... Le vi una sonrisa que tiene. Que es muy especial. Y le dije: ¿ya luego luego se va a echar al Fueguito?”

*Catalina (quien recuerda esas palabras):*

—Y yo entonces me puse como..., me encabroné, con perdón, me encabroné porque entendí “jueguito”, y pensé que era el

jueguito que iba a jugar con ésa... Con ésa, así pensé, ya sabe. Pues es que imagínese, yo veo que entonces Julián le dice, ¿lo va a sacar a pasear apenas?, y la otra que sí...

”Ay, señorita, y entonces entra y vuelve a salir con un perro grande, así amarillo como los del mercado, y Julián que se hinca y lo agarra así y la otra le dice ¡ah, don Julián, qué avorazado, espérese, lo van a ver...!

”Y entonces él se puso a decir: un besito, un besito...

”No sabe cómo...

”No sabe, señorita, no sabe, ¡no sabe cómo lloré entonces, y no sabe cómo lloré después, llore y llore y llore y llore, porque además de haberlo visto, y luego yo supe, supe que no era la primera vez..., y que además después de ir allá se regresaba a la casa a darme besos a mí y a las hijas, o cuando todavía tenía ganas de hacer sus cosas conmigo..., cuando le daban ganas me decía a ver, vieja, a la cama, y me mandaba a la cama para que...!

”Ay, señorita. ¿Qué pregunta es ésa? ¡No me chingue!

”Con perdón.

”¿No me entiende? Aparte del asco yo pensaba ¿qué no le damos, qué le falta, cómo puede ser que mejor prefiera ver a un perro, a un perro que a su propia familia, ya no digamos a mí, no digamos hacer lo que hacen los hombres, sino qué le falta a sus hijas, a Yaeli que es la que más quiere, cómo podía él estarse dos, tres, cuatro horas con un perro, y además perro, no perra, era perro...?

”¿Cómo podía hacer eso y estarse tanto tiempo aquí y en cambio no pasarse ni cinco minutos con la hija que le queda? Ya las otras, las grandes, pues le digo, ya nomás vienen cuando quieren dinero, cuando nos vienen a dejar a sus hijos de ellas que para que estén con los abuelos..., ¡nada, qué, bien que sé que les valemos madre, bola de ingratas...!

”Pero bueno, le decía... ¿Qué teníamos, pensaba, qué mal habíamos hecho, qué estábamos pagando? Y yo primero no le decía nada a nadie pues porque..., porque ¿qué le iba a decir, cómo, por dónde empezaba? ¿Me entiende? Y entonces era peor, porque no tenía a nadie con quien hablar y todo el día, le digo, llore y llore y llore...

”Y pues ya sabe usted lo demás. Ese día que le digo, Julián se acabó metiendo con el Fueguito, con el perro ese, y yo todavía no quería... pues... creer que era eso, ¿me entiende?, yo quería pensar, no sé, cualquier cosa, y todavía me quise acercar más, ver algo...

”Según yo me quería esconder. Me agaché, no sé qué hice. Cuando me bajé del taxi, de con la Esmeralda, antes, según yo... Por un momento pensé que era yo como espía. ¡Se lo juro, según yo parecía así como..., de película...! A mí no me gustan esas películas así de espías pero sí las veo, Yaeli es a la que le gustan, le gusta ese tipo...

”Ya cuando vi a qué venía Julián ya no me sentía espía.

”Y entonces que me ve la mujer de la entrada, la que yo había pensado que era su..., pues su amante, ¿sí se acuerda? Yo de lejos, como además estoy medio ciega, pues no la veía bien, pero cuando Julián ya se había metido y yo estaba ya cerca de la puerta, ella me vio y se me paró enfrente y me dijo ¿doña Cata?, ¿qué hace aquí, señora?

”¡Y que era la hija de los Costa, otros vecinos, unos que viven nomás atrás de mi casa...!

*Angélica, su vecina y madre de Marimar:*

—Yo a doña Cata la conozco desde ¡uh! Somos bastante amigas... A mí me da mucha tristeza todo, imagínese. Y también me da tristeza por mi hija, que yo no sabía en qué trabaja, se lo juro...

”Marimar me cuenta que doña Cata no le pudo decir nada, que nomás se puso roja roja roja roja *roja*, imagínese qué horrible, y a llorar, a gritar, no sé qué tanto habrá hecho... Pero que al final, quién sabe cómo le habrá hecho, pobre mujer, como que sacó fuerzas porque primero le dice a mi hija: ¿tú también aquí trabajas, Mary?...

”No, ahora que ya se destapó todo, resulta que mucha gente de por aquí trabaja en ese negocio o en otros parecidos. Por ejemplo, Fernando, el hijo de otra vecina, la señora Topete, resulta que en las noches se viste de... ya sabe usted... Y se va a buscar clientes ahí por...

”¿Qué? Ah, sí...

”Lo que me dice Marimar es que luego ya hablaron las dos... El señor Julián, el esposo, el de doña Cata, fue el que le consiguió el trabajo a Marimar, y de hecho fue como una de las pocas veces que doña Cata, que es bien apocada la pobre, se animó a pedirle un favor así, derecho, porque en aquella época el marido de Marimar, un irresponsable, una lacra, una mierda de gente, la verdad, ahí sí Dios no me dejará mentir, la había dejado para irse con quién sabe quién y nos había dejado puras deudas...

”Sí, los dos vivían aquí. Y mire que yo tenía un miedo de que tuvieran hijos, porque...

”Ah, sí. Yo a la señora Cata la quiero mucho por eso, porque le rogó: no sabe usted, yo lo vi, no sabe cómo le rogó. Porque yo la quiero bien a la señora Cata, decía ella, mira cómo están, nada más mira cómo están.

”Pero ella no sabía qué trabajo le iba a conseguir. Yo ahí sí le creo. Todos pensábamos que le había conseguido trabajo con unos amigos de otra fonda, o a lo mejor en la Central...

”Ahora ella está bien apenada, no se crea. Yo me imagino que irá a renunciar y a buscarse otro trabajo. Claro, si la señora Cata pudiera hacerle igual de fácil...

”Sí, conseguirse igual de fácil otro marido... Arreglarse la...

*Catalina (más tranquila, pero con los ojos enrojecidos, la voz quebrada aún –grave y áspera– y un dolor en las cicatrices que le parece más fuerte ahora):*

—Marimar me dijo que me regresara, que porque era bastante feo para el que no estaba acostumbrado... Pero yo pues ya estaba ahí, ¿me entiende?, ni modo de regresarme ya entonces...

”Yo pensaba...

”Total, le dije no, Mary, ya vi qué hace y pues lo tengo que ver. O sea, ver bien. Y ella todavía me dijo mejor le hablo, para que hablen, pero yo le dije que no. Que primero lo tenía que ver a él con... Sin que él me viera, ¿me entiende? Estar como segura porque...

”¿Cómo?

”Ah, ella me dijo que no, que cómo, que no estaba bien... No vaya a pensar que ella es así como irresponsable o chismosa, ¿eh?, le digo, ella todo el tiempo me estuvo diciendo que más bien me fuera... La verdad hasta abusé, porque si sus jefes me hubieran visto adentro la hubieran corrido a ella. Pero yo tenía que...

”Además, en ese momento empezó a llegar más gente y pues ella dijo córrale, pues, véngase, y apenas le pude decir a la Esmeralda que me esperara porque me llevó por atrás y me pasó por una puerta chiquita, de servicio, me dijo.

”Mire que de todas maneras la gente que llegué a ver sí me vio feo, ¿me entiende?, la gente que ya estaba adentro y que pues, la llegamos a ver, ¿no? O sea, clientes... Uno o dos. Yo..., yo, pues, estaba vestida como me ve, con lo que tengo, y me dio mucha vergüenza porque además soy fea, yo sé que soy fea y de mala educación y gorda, y todos los que vienen aquí de clientes son señores de a de veras, de los que pagan de veras lo que se cobra y no como Julián, que dice Marimar que le dan descuento, precio de amigo, no sé cómo dijo...

”Son todos..., así, ¿no?, gente de dinero, de buena familia, bien vestidos, señoras y señores, pero todos bien, ¿no? Hasta parecían de una novela, los señores altos, güeros, y las señoras rebién arregladas...

”Otra vez, de las que he ido, hasta a un rey he visto... No, ¿cómo se llama? Un... ay, no me acuerdo, de esos árabes con su turbante...

”Bueno, total, esa vez Marimar de todos modos me pasó, le decía, quién sabe qué ha de haber pensado, que estaba yo loca, no sé, pero luego luego me llevó a los cuartos esos de las ventanas. ¿Sabe cómo son, los ha visto? Son unos cuartos que dan a un como pasillo, y que si uno quiere ver lo que están haciendo las personas adentro de los cuartos escoge el cuarto que quiere ver y se asoma por una como mirilla...

”Lo vi a Julián y no sabe qué cosa más horrible.

”No sabe, señorita, es peor que hablar de las cosas que habla mi hija, es peor que cualquier cosa, es como para que le explote a una la cabeza, y además se veía tan contento, tan



tranquilo..., ¡nunca, nunca, nunca tuvo esa cara cuando estaba con nosotras...!

”Uno de estos días sí voy a ir al Reclusorio a verlo. Le voy a decir que...

”No sé qué le voy a decir.

”No, sí sé. Que no es justo. Que..., que abusó, abusó de nuestra confianza, de nuestro cariño. Lo demás no me importa. ¿Pero sí está usted de acuerdo que abusó? Porque si no ¿qué hago? ¿Me aguanto, me sigo como hasta ahora?

”Yo la verdad no entiendo qué tienen esos perros, qué hacen, qué les ve la gente, y pues no nomás mi marido sino gente bien, con educación..., y además no todos eran perros amarillos como el de Julián, sino que había algunos de estos San Bernardos, y chihuahueros, y de estos que son como salchicha, de todo tipo...

”¿Ya le había dicho que volví a ir varias veces? De ahí fue...

”Ah, bueno, sí.

”Esa vez, la primera, ya cuando me regresé, que la Marimar me sacó de ahí a escondidas y me llevó con la Esmeralda y le pagó ella el viaje de ida y el de vuelta..., yo estaba toda... Sí. Pero me quedé con la idea de que a lo mejor lo podía convencer, a Julián, de que no tenía que ir allá para..., para sentirse bien, ¿me entiende? A lo mejor tiene algo mal en él mismo, pensaba, pero ese no es el modo de resolver su problema, y en cambio..., en cambio yo lo podía ayudar, ¿me entiende, señorita?

”Yo todo esto se lo digo para que no vaya a hablar mal de Marimar, que es una muchacha buena, de verdad. Me dejó entrar de a gratis todas las veces que quise pero siempre se aseguró de que yo no estorbara a nadie, de que los jefes no me vieran, de que los clientes, pues pensarán que...

”Sí, que yo era otra empleada. Que no se viera mal.

”Pregúntele. Lo único que hizo fue que yo... Que me pudiera asomar, usted me entiende, ¿sí me entiende? No le hacía daño a nadie, de los que estaban en los cuartos nunca me vio nadie.

”Y mire, tampoco vaya a pensar mal de mí, yo ya le dije que soy ignorante, que no tengo educación, que todo el tiempo he estado nada más procurando por mis hijas, y en especial por Yaeli, que la quiero mucho, de veras, es muy buena, y no se merece tener un padre como el que tiene... Ella fue la que llamó a la patrulla...

”Pero le decía... Todo esto me da mucha pena. Me da mucha pena eso otro que le contaba, eso de que no me sentía mal... Sí, que no me sentía mal estando con Julián y a veces hasta al contrario. Yo ya no sé si eso está mal o no, si a lo mejor la mala, la perversa soy yo, porque él se porta como animal como el... pinche animal ése...

”Perdón...

”Y muchas veces después de esa noche a mí me daba la impresión de que lo que yo siento, o sentía, era como si yo fuera peor de animal, yo ya no sé, le digo...

”Pero le digo, yo no quería... Yo todo lo que quería era saber, saber qué les veía, entender qué tienen que no tenga una mujer... A ver si lo podía convencer, a ver si un día me animaba a hablar con él para convencerlo de que por qué no se quedaba conmigo, que fuéramos a un hotel de los otros, de los de gente...

”Ay, señorita, yo no sé si alguna vez ha tenido un esposo así como el mío, pero yo estaba desesperada.

”Como las de la televisión. Pero además era de verdad y era... Esto no pasa en la televisión. ¿No? Esto sí nunca lo he visto.

”Y me acordaba y me acordaba de lo que me había dicho Yaeli, que había que... ¿Sí le dije lo que ella me dijo alguna vez?





Cuatro



## EL SEÑOR PERDURABO

*a Marcelo Uribe*

Escribo esto tendido boca abajo. Es una posición muy incómoda. La hace peor el hecho de que, para evitar que el dolor se agudice, tampoco estoy exactamente en decúbito ventral; además de que me apoyo en los codos, para poder usar las manos y alcanzar el teclado de la portátil, necesito inclinar un poco el torso de manera que mi costado izquierdo no toque, o toque apenas, la superficie del sofá cama.

Si el costado toca la superficie con demasiada fuerza, más dolor. Si me muevo bruscamente, más dolor. Si intento levantarme, más dolor.

El párrafo anterior es un tricolon: este tipo de bagatelas intangibles, de vanidades inútiles, son las únicas que me quedan por el momento. Y debo continuar así. Raquel, mi esposa, duerme en el cuarto, a una puerta de distancia, y no deseo despertarla. Otra vanidad inútil: soy un tipo difícil a ratos pero no a sabiendas, y trato de no ser malévolo aunque sea inútil y hasta perjudicial.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Muchas veces antes de estos días he hecho el número del escritor: algo me ha despertado en la madrugada, me he levantado de la cama, me he venido a este cuarto contigo o me he ido al comedor; luego he encendido la portátil y he comenzado a escribir en la penumbra, alumbrado sólo por la pantalla. A veces lo escrito es sólo estática, el ruido de la conciencia que no puede dormir; a veces no lo es. Raquel ya se ha acostumbrado a estas ausencias inocentes, que por lo demás tienen el fin de no despertarla.

Si esta actitud es aprendida (y según las ideas actuales debe serlo), no lo fue a mediados de los años setenta: no lo fue cuando yo era niño y mi mamá María del Carmen sacaba, del cajón de la cocina, la pala de madera.

Mi mamá Gema, quien se encargaba de cocinar y mantener la casa, hacía con esa pala la mezcla de los *hot cakes* y otros platos. Pero el utensilio existía, sobre todo, como amenaza. Se le invocaba con frecuencia para mantenernos en nuestro sitio, y la mención surtía efecto porque a veces sucedía: a veces alguna de las mamás tomaba en efecto la pala, en efecto sacaba al patio de la casa a alguno de nosotros y en efecto nos daba una paliza.

A mí siempre me golpeaba María de Carmen: me tomaba de la muñeca izquierda, para que no escapara, pero yo intentaba huir de todas formas y terminaba girando alrededor de ella mientras ella me golpeaba: un carrusel de un solo caballo con gritos y reproches en vez de música.

No debo haber aprendido la bondad entonces porque recuerdo las ofensas que ocasionaban los golpes, y eran triviales: desobediencias, descuidos. Ninguna provocó verdaderos daños: jamás causé la ruina ni mucho menos la muerte.<sup>2</sup> Y en descargo de María del Carmen, debo decir que tenía reglas claras y que las cumplía: las mismas causas producían los mismos efectos. Pero tal vez (pienso ahora) los castigos tenían lugar por algo más im-

Para mí son de las pocas cosas que todavía me recuerdan sueños de otras épocas, cuando creía que los esfuerzos y las frustraciones acabarían y quedarían justificados.

<sup>2</sup> Una vez perdí un billete de cien pesos (y cien pesos de los setenta, que eran mucho dinero); otra vez derribé a mi hermano Jorge, niño de brazos, y lo hice caer en el pasto del jardín; dejé que un montón de comida se pudriera en una mochila, que luego reapareció repleta de gusanos; dije por primera vez todas las malas palabras; azoté una puerta de vidrio y metal con tal fuerza que rompí una de las hojas de cristal; descubrí un par de revistas pornográficas de alguno de mis tíos; descubrí a mi primera mujer desnuda en una revista *Geo* (imitación, por supuesto, de la *National Geographic*): una joven del pueblo nuba de Sudán, desenvuelta, oscura, afeitada, a la que guardé durante años.



portante que mis actos; tal vez ella sólo deseaba mantener su poder sobre mí. Lo tenía sobre todos en la casa, porque siempre fue la más fuerte, pero yo era su blanco: su objeto especial.

Todo esto lo entendí después, mucho después. Yo crecí sin saber que era un ser extraño: que no es habitual tener dos madres sustitutas, un padre-madre y una familia apretada y movediza.

Paso ya de los 40 años si se cuentan los meses de mi concepción. De un viaje, hace cosa de un mes, regresé con fiebre y con muchos dolores. La fiebre ha continuado, yendo y viniendo, y los dolores han disminuido pero –para hacerse fuertes– se han reunido y se han convertido en uno solo: el de la región lumbar, un poco a la izquierda, donde está mi riñón. La doctora solicitó análisis y dijo que las infecciones de las vías urinarias altas son para tomarse en serio.

Me sentí un poco abochornado en la consulta y me siento un poco abochornado ahora, pero en este momento no es por las palabras “vías urinarias”<sup>3</sup> sino por esto: ya entiendo la famosa rebelión del cuerpo. Ya sé cómo serán los años por venir, cuando estos desperfectos se vuelvan más y más frecuentes. Ya sé también, por esta muestra pequeñísima, cuánto pueden lograr la prolongación del dolor y la debilidad.

Y ésta es la primera noche en una semana, por lo menos, que no paso en perfecto decúbito ventral: como en ésta, en

<sup>3</sup> Con sus implicaciones de suciedad y contagios cuestionables: ¿cómo llegó una infección hasta *allí*?

todas las otras, la fiebre y el dolor me han despertado y me he tenido que quedar así, boca abajo, los brazos paralelos al torso, como para ser utilizado en una práctica de disección, abandonado a las imágenes y las palabras negras.

Más vanidad: conozco el término decúbito ventral desde los ocho años.

Las tres mamás, por supuesto, eran hermanas: las Chimal,<sup>4</sup> que vivían juntas en la misma casa de tres habitaciones en Toluca, la capital del Estado de México, la del corredor industrial y los clanes de políticos. Las tres vivían con Adrián, el hermano de ellas, y con sus padres: Adrián primero, herrero venido de Temascalcingo,<sup>5</sup> e Isabel, su esposa. Ésta era una matriarca todavía más formidable que María del Carmen –me dicen– pero ya declinaba. Murió en 1977, de cáncer. Todos estábamos juntos en esa misma casa, tan cerca del estadio de la Bombonera que no es necesario encender la televisión para enterarse de cómo

<sup>4</sup> La historia –que desde luego carece de cualquier sustento documental– sostiene que el apellido provendría de *chimalli* –escudo, en náhuatl– y se remontaría hasta el mismísimo rey Chimalpopoca, tercer *huey tlatoani* de los mexicas. Una parte del nombre ancestral se habría borrado milagrosamente, por supuesto.

<sup>5</sup> Un pueblo del norte del estado, cruzado por un río de agua contaminada y con un Cristo sufriente de lo más milagroso. Allí nació, en el siglo XIX, el pintor José María Velasco, el de los paisajes inmensos, y allí está la raíz de la familia Chimal, en una pulquería de la calle Hermanos Velasco, propiedad de la familia de mi abuelo y adosada a la casa en la que él creció con sus propios hermanos. De niño, yo acompañé muchas veces a uno de ellos, el tío Felipe, a raspar los magueyes de su plantío para sacarles el aguamiel con el que se hace el pulque. Y muchas veces salí con Wenceslao, el más querido de todos los tíos –casi de mi edad, que luego fue músico, y luego se mató a sabiendas o por accidente por una muchacha, como héroe romántico–, a comprar el pan que salía al amanecer de un horno de piedra.

van los partidos. Mi hermano Jorge Adrián nació en 1973, mi hermana Moncerrat dos años más tarde, y ha habido muchos otros: tíos y primos en visitas prolongadas. En la casa han llegado a dormir hasta once personas, aprovechando literas, camas dobles o matrimoniales y algunas veces los sillones de la sala. Los cuartos se asignan y se traspasan según va haciendo falta: según llegan y se van las personas y las generaciones.<sup>6</sup>

En mi infancia y mi adolescencia no pensaba en la soledad, pero éste fue el primer aprendizaje que hice sin ayuda: el rasgo central del carácter de los Chimal era –sigue siendo– la dejadez, y ésta se manifestaba en que las puertas de los dormitorios de la casa no tenían cerraduras: cuando mucho, se atoraban con un mueble o un trozo de cartón entre el marco y la hoja, y así podían ser abiertas en cualquier momento. Entrar o salir a deshoras implicaba siempre el riesgo de despertar a alguien; cuando –tarde– comencé a rebelarme, y volvía de madrugada a la casa, María del Carmen me esperaba sentada en la sala, con una luz encendida y la disposición de hacer que todo el mundo escuchara lo que quería decirme.

El abuelo Adrián mantuvo, hasta pocos años antes de su muerte, una costumbre que él y su esposa<sup>7</sup> tenían incluso cuando sus hijos eran pequeños: el paseo familiar nocturno, diario, obligado, todos en el coche, o tantos como fuera posible, durante una media hora, a vuelta de rueda por el centro de la ciudad. Para ver las luces: las farolas, los aparadores y el anuncio de Corona en donde hoy está el Museo de la Cerveza. Mis primeros

<sup>6</sup> A mediados de los ochenta, una conocida de la familia habló de “promiscuidad” y nunca se le volvió a tener el mismo afecto.

<sup>7</sup> Mamá Chabelita, con mayúsculas: sus palabras eran truenos antes de que yo naciera, según me dicen, y ella fue quien formuló la idea de que la familia debía permanecer unida *siempre*.

recuerdos del exterior más allá de la casa están siempre salpicados de voces de otros y reflejos sobre cristal.

Sólo había un modo de estar solo: nadie más que yo leía los libros guardados en la casa, puestos en los estantes y dejados allí, o amontonados sobre los muebles o debajo de ellos.<sup>8</sup> Mis comentarios sobre lo que leía nunca interesaban; mis búsquedas en esas páginas, tampoco. Y en 1978, entre muchos otros hallazgos, di con un tratado de disección bajo una de las camas en el cuarto de mi tío Adrián,<sup>9</sup> quien es médico como lo fue María del Carmen. Nadie me acompañó a ver las ilustraciones de los cuerpos hendidos, de los diferentes órganos, músculos y nervios y de los métodos para sondear en los cadáveres, pero a todos les hizo mucha gracia que me aprendiera las descripciones y los términos. Para mí –pero eso, como las otras impresiones profundas, no se podía decir– eran conjuros: *el cadáver en decúbito ventral; el miembro superior en abducción; hágase una incisión del tercer al segundo espacio intercostal...*

No tengo sueño ahora. Es una suerte: el dolor nunca es peor que cuando no deja dormir. Entonces vienen los malos viajes, como

<sup>8</sup> Sobre todo debajo. Ir a buscarlos era ya una especie de aventura: vencer el miedo de meter la mano en espacios oscuros –alguna araña llegó a aparecérseme– y luego tantear, encontrar un borde flexible o un lomo duro, tirar y sacar el objeto a la luz.

<sup>9</sup> Mi tío Adrián acudió al festival de rock de Avándaro: fue de la última generación criada en el espíritu de los años sesenta, y por cierto tiempo fue el rebelde de la familia Chimal; luego se asentó en una vida más sosegada y más remota de los otros, parcialmente en la casa y parcialmente con una novia que le ha durado décadas. Es la persona más intrigante que conozco; nunca he terminado de saber qué piensa. (Nota de 2013: mi tío Adrián murió en 2012. Siguió siendo un hombre impenetrable hasta el final, pero supe que me quería, probablemente, como ninguna otra persona de la casa. Al menos pude darle las gracias.)

se decía en otro tiempo: las imágenes que son mitad sueños y mitad fantasías masoquistas. El malestar en la cabeza, que no se va nunca, me ayuda a perderme en esas visiones con la impotencia de quien sueña pero con un ánimo activo, despierto, que puede ver más claramente los detalles y extraer de ellos las conclusiones más espantosas. Todo era mucho peor en los días de la fiebre, que me duró unas dos semanas y subía hasta los cuarenta grados y bajaba sólo tras horas y horas y horas, pero en esos días no podía pensar.

Ahora puedo hasta escribir de las imágenes, y de mi vergüenza: en estas horas que hacen pensar en pruebas y límites, todo lo que se me aparece –todas las destrucciones y los desastres– tiene que ver estrictamente conmigo<sup>10</sup> y no con el mundo ni con la humanidad.

La muerte, la podredumbre del cuerpo y el hundimiento de la conciencia son lo más homogéneo: todos se basan en el mismo cuento de Aleister Crowley. “El testamento de Magdalen Blair” cuenta la historia de una mujer con tal poder telepático

<sup>10</sup> Lo que me queda de cristiano es cierta idea difusa, probablemente ingenua o necia, de la caridad. La familia Chimal es católica indiferente, conservadora pero no fundamentalista ni militante; yo comencé a adquirir otra ideología leyendo a Rius, el historietista: *Marx para principiantes* y *La trukulenta historia del capitalismo* llegaron a casa por la tía Elsa, quien nunca vivió con nosotros pero por unos años nos visitó con mucha frecuencia, y yo, por supuesto, había aprendido rápidamente la indignación y el disgusto. En cuanto a la fe, no sólo estuvieron las obras de ciencia y de literatura fantástica. Un amigo de la primaria, Israel –el segundo mejor después de Noé, quien ahora es cantante de ópera–, me invitó una vez a un culto “carismático” en el anexo de una iglesia. Los dos teníamos 11 años y yo ignoraba por completo qué era semejante culto: cuando la gente, agotada después de tanto cantar y aplaudir, empezó a caer al piso y “hablar en lenguas”, me asusté como nunca antes. Luego Israel cayó también a mis pies; luego una muchacha a pocos metros de nosotros empezó a retorcerse en espasmos muy violentos y a gritar. Tres o cuatro hombres la levantaron mientras ella se retorció y la metieron en el cuarto de junto, donde sus gritos tardaron mucho en cesar. Cuando volvió a salir, con la ropa y la cabeza mojadas, temblando, supe sin duda: supe que tras el éxtasis y el trance no había ningún dios.

que puede mantener el contacto con su marido incluso después de que éste ha fallecido y, por lo tanto, puede “ver” cómo es realmente la muerte: cómo no hay más allá, no hay cielo ni infierno ni dios, y la conciencia se extingue poco a poco en el cerebro que se descompone, prisionera del cuerpo al que ya no rige. La extinción definitiva viene acompañada de alucinaciones espantosas: la impresión de una tortura eterna acompañada de aullidos, y tanto el dolor como el sonido llenan un espacio que se vuelve más grande que el universo entero.

Muchas personas dicen temer más al dolor que a la muerte. En este caso, lo que debo pensar es que mi peor temor es más bien a lo inevitable del fin, y a la posibilidad de que sea, a fin de cuentas, el infierno para todos: algún texto que leí hace tiempo insiste en el humor negro del cuento de Crowley, pero para mí, desde la primera vez que lo leí hace varios años, es una representación insuperable de la crueldad divina o –incluso mejor– de su reverso: la malevolencia de un mundo sin sentido, que es estrictamente producto del azar y de la percepción humana, engañada por su necesidad de encontrar patrones y propósitos.

En cuanto a las otras imágenes: las que se refieren a la ruina durante la vida, son más variadas, pero tienen que ver sobre todo con libros y escritura. Es natural: hay un librero junto al sofá cama, otro delante y otro detrás, todos repletos; además, me dedico a *esto*, y además desde hace mucho tiempo tengo claro que, al contrario de otros colegas más afortunados, para mí todo descansa en *esto*.

En realidad (pienso, mientras escribo y trato de no moverme, y de vez en cuando mis dedos se tropiezan en el teclado porque no tengo luces encendidas), los momentos oscuros vienen de mucho antes de las fiebres de ahora y tienen que ver siempre con lo mismo: con la misma tarea luminosa y la misma tarea horrible.

De las tres hermanas, María del Carmen era quien tenía el derecho de castigar con la pala porque era –el término siempre me ha parecido rarísimo– mi madre biológica. Mi padre, de quien ella no se separó porque no se casaron ni vivieron juntos, es un médico que vive en otra ciudad; los dos se conocieron, creo, mientras hacían su residencia en el Distrito Federal. Por años y años, esto fue lo único que supe, pues el patrón de nuestro conocimiento –el mío y el de mis hermanos– fue siempre igual. Primero tuvimos que aprender que yo no era hermano de ellos (pues Jorge y Monce son hijos de Gema) aunque nos criáramos como tales; luego, que el abuelo Adrián no era nuestro papá aunque todos lo llamáramos así y que Adrián segundo, a quien todos llamábamos Tito, tampoco; y por último, que nuestros padres no habían hecho más que engendrarnos y hasta allí se podía hablar del asunto. No se mencionaban ni sus nombres. No tuvimos que aprender el silencio porque crecimos con él entre las tareas de la escuela, las salidas a la tienda y el mercado, la televisión por las tardes, las canciones de Sandro de América y Rocío Dúrcal.<sup>11</sup> Así como los asuntos urgentes se aplazaban hasta que dejaran de molestar o nos acostumbráramos a la molestia, así ciertas cosas no se preguntaban: hacerlo hubiera sido traicionar una confianza profunda, someter a la otra persona a una prueba injusta; mejor no decir nada y mantenerlo todo tranquilo, fijo en las necesidades y los deberes del momento.

Por esto tardé mucho en saber, por ejemplo, la leyenda de mi propia concepción, según la cual mi madre fue con su mejor

<sup>11</sup> Los paseos familiares por la noche terminaron a principios de los ochenta; para entonces, sin embargo, el Chevrolet amplísimo, que fue el último coche del abuelo, tenía tocantitas y el viaje por la ciudad tenía como fondo, entre otras, las canciones de *10 éxitos comprobados*, una antología de entonces: José María Napoleón, Verónica Castro, Álvaro Dávila (¿alguien se acuerda de Álvaro Dávila?)...

amiga en el hospital, le dijo que estaba embarazada y, cuando la amiga se negó a hacerle un legrado, ella dijo que no, que cómo, que por supuesto que lo iba a tener. Ella siempre te quiso, me dijeron.

Y también por eso tardé en saber la otra leyenda: que a pocos meses de mi nacimiento, mi abuela paterna llegó a pedir que me entregaran a mi padre para que él me criara, y hubo una escena de melodrama con tirones, amenazas, expulsiones amargas y, por fin, la profecía de la abuela, quien ya con un pie en el coche que la sacaría para siempre de mi vida se dio vuelta, me dijeron, y aseguró que mi madre jamás podría hacer de mí una persona de provecho. No lo va a criar bien, dijo; le va a salir torcido. O así me dijeron. Por eso, me dijeron también, tu mamá es como es: porque quiere demostrarles que sí va a poder.

Lo primero que yo supe de todo esto fue el rigor: la necesidad de esforzarme constantemente y de hacerlo todo bien. Siempre ser justo y bondadoso y poner la otra mejilla; siempre obedecer; siempre sacar la mejor calificación en la escuela. Esto en especial era lo que más le importaba a mi madre cuando estaba en casa:<sup>12</sup> la pala era el castigo de las faltas menores, pero las calificaciones eran la medida del éxito futuro y la prueba de que (además) María del Carmen no había engendrado a un tonto.<sup>13</sup> Yo tenía la capacidad para hacerlo todo bien y cualquier otro resultado era indigno.

Y yo tenía, es cierto, alguna capacidad: sacaba dieces, resolvía los problemas de los libros de matemáticas, recordaba

<sup>12</sup> El hospital estaba en la ciudad de México; María del Carmen pasó casi 30 años viajando de Toluca a México de lunes a viernes para mantener su trabajo y seguir viviendo con el resto de la familia.

<sup>13</sup> Otra evidencia era un dibujo que yo había hecho para una prueba en el jardín de niños, y que en la parte de atrás tenía escrita con pluma (supongo que habrá sido realmente escrita por quien aplicó la prueba) la palabra SUPERDOTADO.



las fechas y los nombres. Todavía recuerdo muchos. Pero tenía prohibido cualquier orgullo y cualquier sensación de logro. Esto tuvo consecuencias: jamás me alegraron los fallos de los otros, pero me aterraban las posibles deficiencias que yo pudiera tener a pesar de todo;<sup>14</sup> la fe no me falta, cuando la necesito de veras, pero hasta hoy una sola cosa que me salga mal pesa mucho más –en mi conciencia desprevenida– que muchas que salgan bien.

Cuando María del Carmen se enfurecía de veras, declaraba que no iba a verme llegar con una batea de babas; tardé años en saber qué significaba la palabra batea y terminar de figurarme la imagen repugnante. Y sólo acabé de comprender hasta 1981. Yo hice la primaria en una escuela pública, la “Justo Sierra”, que entonces ocupaba una cuadra completa<sup>15</sup> y en la que mi mamá Meche era maestra de sexto año. En esta escuela se acostumbraba entregar diplomas y boletas de calificación en una ceremonia anual. Cuando pasé de cuarto a quinto de primaria, en mi boleta final de calificaciones aparecieron, en vez de los dieces uniformes de otros años, dos nueves y dos ochos.

Se me ha borrado ahora la cara de rabia (¿de odio?, ¿podría decir que de odio?, ¿pensé eso en aquel momento?) de María del Carmen, pero en cambio recuerdo el frío en el bajo vientre,

<sup>14</sup> Las noticias de esas deficiencias abundaban (me parecía) en artículos y programas de televisión. Recuerdo un resumen de la revista *Selecciones* donde se consolaba a los padres de niños con bajas calificaciones afirmando que quienes eran más aplicados en la escuela primaria terminaban por fracasar en la vida. También recuerdo los festivales de la canción infantil, rancios, profundamente conservadores, pero en los que el concursante más humilde, más claramente destinado a fracasar, me parecía inmensamente superior a mí y a cualquiera.

<sup>15</sup> En la parte de atrás de la cuadra, colindante con un patio ruinoso en el que todo el año había grandes charcos de agua y limo verde, había un cine de la antigua Compañía Operadora de Teatros. Estuvo cerrado mucho tiempo; a mí me gustaba asomarme, por la única ventana que daba al patio, a ver el *foyer* abandonado, con los contenedores de palomitas de maíz aún llenos y varios carteles de películas tirados en el piso, inalcanzables. Recuerdo el de *Canoa* con su San Miguel, fiero, a punto de decapitar a un muchacho y no a un demonio.

la sensación de calambre en los brazos y las piernas cuando yo mismo vi los números por primera vez y que no desapareció cuando fui a decirle, cuando me miró como lo hizo, cuando empezó a decirme todo aquello en lo que estaba fracasando y las lágrimas me brotaron heladas...

Meche pudo corregir el error antes de que la ceremonia terminara y cambiar la boleta ofensiva por otra con los dieces correctos. Trece años después, cuando María del Carmen estaba a punto de morir, sostuve mi última conversación larga con ella, le hice algún reclamo, mencioné a Meche y ella me respondió que Meche siempre había sido blanda y complaciente:<sup>16</sup> por ejemplo, dijo, aquella vez que falsificó la boleta para que yo no viera lo que te habías sacado. Para taparte. Entonces me aguanté, no dije nada para no hacerla más grande, pero a mí no me engañan.

No se me olvida su cara (¿de alegría?, ¿podría decir que de alegría?). Ahora escribo que murió con esa idea sobre mí: con esta idea de una victoria sobre mí, y están volviendo a dolerme los brazos y las piernas. Pero creo que me duelen por la enfermedad de hoy, o por mi propia rabia.

<sup>16</sup> La leyenda de Meche, quien siempre fue la más frágil, la más quejumbrosa y dulce de las tres hermanas: al contrario de María del Carmen, quien sí se dedicó a lo que deseaba, y de Gema, que fue desde el comienzo y sin rechistar, el ama de casa, Meche habría renunciado a lo que le importaba: de joven le habrían ofrecido una beca para estudiar danza y la habría rechazado para no dejar su casa. No se casó ni tuvo hijos pero fue maestra durante décadas y constantemente recibía visitas y llamadas de antiguos alumnos. Pasó sus últimos años enferma y con un pie roto y murió por un derrame cerebral en 2000.

Y esto que escribo es apenas la tarea terrible: cuando se es niño tampoco se percibe, pero yo sigo cargando ese yugo: sigo con una capataz mirándome por encima del hombro, confiada en mi talento pero con los dientes apretados, deseosa de verme fracasar para echarme en cara, una vez más, mi... ¿qué?

Me duelen las manos, por la mala posición en la que se encuentran. Me detengo un momento pero no me muevo para evitar los otros dolores. Luego continúo.

Así de miserable como aquellas palabras de nuestra plática, así yo ahora. Aquí va: lo que más me enorgullece de mis aprendizajes lo hice solo, sin guía, cuando nadie estaba mirando: buscaba libros bajo los muebles porque había aprendido a leer por mi cuenta desde los cuatro años, y ese placer y ese deseo –sin reglamentos, sin resultados que esperar– no me dejaron nunca.

Otra suerte: había muchos libros en la casa de Toluca, algunos llegados por azar, otros comprados deliberadamente y otros más, tal vez la mayoría, adquiridos como símbolo de estatus más que para leerlos. Durante los años que viví en esa casa yo los leí todos, en las horas después de la escuela y las tareas, cuando no estaba viendo la televisión, y si no estaban seleccionados de ningún modo –si no eran un canon o un plan de lecturas–, de todas formas el único criterio que apliqué fue uno de conveniencia: empecé por los libros más ligeros y más cercanos al suelo, y sólo a medida que fui creciendo tomé los más pesados y los que se hallaban en estanterías más altas. Por eso llegué primero al tratado de disecciones y sólo después –mucho después– a *Terra nostra* de Fuentes, del que había un ejemplar grueso y pesado de la primera edición en pasta dura. Del mismo modo, llegué antes a Irving Wallace que a Shakespeare y antes a Shakespeare que a Martín Luis Guzmán; primero a una edición barata de *Bajo la rueda* de Hermann Hesse que a otra de cuentos

de Disney, que me habían leído en voz alta muchas veces pero se guardaba muy arriba; primero a una colección de ciencia ficción que María del Carmen tenía arrumbada bajo su tocador que a una de libros de historia de Time-Life. Pero a todos llegué, con el tiempo.

De inmediato, la parte amarga del pensamiento se pregunta qué tan más lejos hubiera podido llegar semejante avidez con algo de orientación y apoyo. Pero esa opción no existió nunca. Nadie en la familia me impidió leer, pero tampoco vio en mi afición nada muy remoto del papel que ya me había sido asignado.<sup>17</sup> Y además, como ya he dicho, estaba la tele: de niño vi tanta como cualquiera en mis circunstancias, aprendí los nombres y las canciones, seguí las peripecias; me volví devoto, como el resto. Pertenezco a las últimas generaciones que pasaron su infancia entera como rehenes de Televisa, que entonces parecía un brazo del Estado mexicano y no al revés: como todos, veía lo que había porque no había más que ver.<sup>18</sup> Como ahora, entonces tampoco se pensaba siquiera en la alternativa de apagar el aparato, y apagarlo hubiera provocado problemas serios. Un niño que crece amenazado y sobreprotegido, forzado al esfuerzo, y encima no muy desenvuelto ni agradado, necesita algún tema de conversación con quienes lo rodean para no convertirse del todo –al menos, desde su punto de vista– en un fenómeno, con su libro para todas partes como un escudo...

<sup>17</sup> Otra de mis “gracias” infantiles, para familiares y amistades de los adultos, era recitar las potencias de dos, que calculaba mentalmente. Nunca tenía que llegar más allá de la décima (1024) para provocar los elogios esperados. Va a ser científico, decía la gente. Sí, seguro que va a ser ingeniero.

<sup>18</sup> En los noventa no me destaqué, como otros amigos que miraban acercarse los 30 años, en las proverbiales conversaciones y competencias sobre detalles triviales (personajes de caricaturas, títulos de canciones) que estaban de moda. Por otro lado, todavía recuerdo a Nadia Comaneci y sus ejercicios de gimnasia –con los que obtuvo las primeras calificaciones perfectas en los juegos olímpicos de Montreal en 1976– y sé que me parecieron bellos antes de conocer siquiera la idea de la belleza, de esa belleza.

(Por otra parte, aprendí a leer gracias a la televisión. Lo hice viendo muchos episodios del programa *Plaza Sésamo*, que ha resucitado en muchas ocasiones desde entonces; las implicaciones políticas o sociológicas de esta afirmación no le hubieran importado nada al niño que fui y ahora tampoco me importan demasiado.)<sup>19</sup>

Escribo de memoria. Conservo algunos de los libros de entonces, y uno o dos de ellos deben estar por aquí, cerca, mientras escribo. Pero no puedo levantarme a verlos ni a verificar ningún detalle. Y aunque pudiera, Raquel sigue dormida. Mejor esperar un poco más ante la luz mínima de la pantalla. De todas formas, es imposible saber si la fiebre está remitiendo –no parece– y este cuarto no tiene ventanas. Es muy probable que el tiempo esté pasando con más velocidad que la que percibo y, por ejemplo, ya esté cerca el amanecer.

Raquel se merece su descanso. Tiene sus propias historias de un descubrimiento temprano, gozoso, del acto de leer. No entendemos las casas donde no hay sino una revista para leerse en el baño, y menos aún el pudor con el que algunas personas ocultan o ridiculizan lo que leen para que no las crean menos. Pero también tiene una fuerza de la que yo carezco:

<sup>19</sup> Eso sí, puedo ofrecer un breve comentario sociológico sobre la compra de libros: en los años setenta, aún había vendedores especializados en ellos –no marchantes de usado, no multiusos– que iban a las oficinas a vender novedades. Y no vendían (o no exclusivamente) las colecciones de supermercado ni mucho menos los lomos huecos que se compran ahora, por color o por metro, como accesorios decorativos. El valor de los libros era mucho más alto, por lo menos, en cierta clase media con aspiraciones, que en unos años se ilusionaría con el espejismo del petróleo mexicano y luego perdería mucho, o todo, en los 30 años de crisis posteriores. María del Carmen compró la colección de ciencia ficción a la que ya me referí por un vendedor que fue hasta la clínica en la que trabajaba. Le dejó los primeros once tomos y luego ella decidió no leerlos y los dejó donde los dejó.

Con el tiempo, ya fuera de la casa de Toluca y de la propia ciudad, averigüé cuál era la especialidad de mi padre. Fue una tarea difícil porque implicó hacer preguntas en voz baja a amistades de la familia que, quizá, no entendían siquiera mi temor. Cuando la averigüé, Raquel encontró datos de mi padre en internet en menos de 10 minutos y pude ver su cara por primera vez. Nos parecemos. También encontró el teléfono de su consultorio y yo lo llamé. No sabía por qué lo llamaba, dijo, después de tanto tiempo; preguntó por María del Carmen y le dije que había muerto. Antes yo le había dicho: Le hablo nada más para saber de usted. No quiero pedirle nada ni meterlo en ningún problema. Su voz no se escuchaba como la mía ni como la de mi madre. Yo supuse que tendría su propia familia, sus propios hijos casi de mi edad,<sup>20</sup> pero no le pregunté. En cambio le pedí verlo, brevemente: viajaría hasta su ciudad y no necesitaba más de una hora de su tiempo.

Él me dijo: ¿Me puedes hablar después? Tengo consulta. Le dije que sí. Convinimos otro día y otra hora para comunicarnos. Cuando volví a llamarlo me dijeron que no estaba. Cuando llamé por tercera vez me dijeron lo mismo. No hubo una cuarta vez porque comprendí.

Cuando le conté lo sucedido, terminé diciéndole a Raquel algo que no repetiré. No es necesario. Ya para ese momento habíamos hablado y dicho que ninguno de los dos deseaba tener hijos, pero tras la tercera llamada al consultorio me sentí más seguro. Veo más claras (incluso ahora veo más claras) mis razones: que nadie más tenga esta cara o parte de esta cara; que nadie más tenga esta historia o parte de esta historia; que nadie más aprenda ni una parte de este método preciso de existir, de

<sup>20</sup> O de mi edad, o mayores: ah, los silencios.

enfrentar el mundo. La carga no es intolerable pero no pasársela a alguien más será un acto de amabilidad.<sup>21</sup>

Tenemos un gato, Primo: es grande, gordo y mimoso. Tiene sus rutinas y sus juegos, tiene su plato de comida y su fuente de agua y sus juguetes. Está castrado, así que tampoco se reproducirá; esto me entristece en ocasiones pero es, lo sé, una alternativa práctica y recomendable para personas que viven en ciudades grandes y habitáculos pequeños.

¿Dónde está Primo? No lo sé exactamente, pero probablemente estará tendido, durmiendo, en la cama, a los pies de Raquel. De todos modos, tarde o temprano vendrá a mordermme los talones o a echarse sobre mí. Dolores y cargas así son las que no destruyen.

Y sigo sin escribir de la tarea luminosa. Es la parte más difícil de lo que intento decir. Hela aquí:

<sup>21</sup> El tiempo ayudará, probablemente, a esta extinción. La casa de los Chimal dejará de serlo en una generación porque el apellido paterno de Jorge y de Monce es Ruiz, ambos tienen hijas y ambos, hasta donde sé, quieren romper con el patrón de conducta que nos heredaron nuestras madres. Aun a falta de mejores razones, la sociedad patriarcal, paternalista de nuestro pobre país no puede acomodar ya a grupos como éste. No digo más porque amo, de verdad, a quienes viven aún y están en esta historia.

A principios del siglo XXI, pero años antes de hablar con mi padre por primera vez, salí furioso de ver *El coronel no tiene quien le escriba*, de Arturo Ripstein, a causa de la escena en que Daniel Giménez Cacho presume que, al contrario de Fernando Luján, puede hacer mucho más (avanzar más, subir más alto en el mundo, influir más en otros) porque sí tiene padre. Me tardé mucho en comprender mi propio enojo; en aceptar que *no era sólo, ni principalmente*, por no haber tenido un valedor que me ayudara a sortear los tiempos malos, aunque fuera por obligación de la sangre, y haber crecido, en cambio, librado a un caos que vi tarde, que no pude controlar y del que no he huido sino en parte, de una ciudad y de una vida a otras.

Empecé a escribir muy pronto, pero por mucho tiempo lo hice sin saber realmente por qué. Era por el placer, desde luego, antes que por ninguna otra cosa, pero las causas del placer me eran desconocidas. La idea –la conciencia– tardó en aparecer y en perfeccionarse en mí, como siempre me sucede: desde el principio, lo que yo leía fue un depósito de sueños.

No hay nada sentimental en esta palabra porque no me refiero a las evocaciones de amores, triunfos y lujos que –se supone– deben ser toda la vida interior de un adulto normal. Al contrario, me refiero a todo lo que no desapareció después de la infancia: el vértigo de las fiebres de entonces, que cuando estaba en cama me hacían enfocar la mirada en puntos tan cercanos y tan infinitamente pequeños que mi cuerpo y todo lo que me rodeaba crecían hasta ocupar decenas o cientos de veces más espacio; las pesadillas, que se repetían en largos ciclos; lo que se sentía muy adentro o se vislumbraba en los lugares más inusitados.<sup>22</sup>

<sup>22</sup> Tampoco me refiero sólo a los cambios del cuerpo, al descubrimiento de la sensualidad, que por supuesto también careció de guías: el sólo contemplar muchos otros momentos de la vida, concentrarse en ellos, ocasionaba impresiones extrañas, cadenas de imágenes que surgían sin control y que no me dejaban. Podía caminar de noche sin dificultades pero, llegando a casa, tenía que correr por la vereda que cruzaba el jardín porque me parecía que un monstruo podía caer sobre mí en cualquier momento; en las navidades me quedaba largo tiempo tendido en un sillón, cuando todos se habían ido ya a dormir, mirando las luces reflejadas en un adorno colgado del árbol de navidad, buscando no sé qué; más tarde me quedé muchas horas oyendo a las criaturas que aullaban en el fondo de las piezas instrumentales, interminables, de Pink Floyd...

Yo podría haber llamado “momentos Kubrick” a estos alcances: cuando vi *2001: Odisea del espacio* por primera vez, en 1984, ya había visto muchas películas de ciencia ficción y había leído también la *novelización* de Arthur C. Clarke, tan pródiga en explicaciones y datos precisos. Pero la película no se dejaba reducir a esas explicaciones ni a esos “precedentes”: no implicaba una lucha del bien contra el mal, no tenía una estructura convencional –que por supuesto yo hubiera percibido sin dificultades– y sobre todo *no estaba anclada en las palabras*. El viaje astral de su protagonista está visualmente agotado tras 40 años de imitaciones, pero eso no importa: precisamente su pelea con el lenguaje



Puede que esto se haya debido a que mis lecturas iniciales fueron –muchas veces– muy extrañas, ajenas a mi escasa experiencia cercana como el libro de disecciones o como la colección de ciencia ficción, donde había promotores del orden y la razón como Isaac Asimov pero también estaban Philip K. Dick, Ray Bradbury y otros menores, aunque no menos inquietantes: Fritz Leiber, James Blish, Daniel Walther... También puede ser, desde luego, que yo haya sido más sensible desde el principio a eso, a esos bordes del lenguaje, para mi mal.<sup>23</sup>

Lo inexpresable daba impulso a lo que trataba de decir, lo que tardó tanto tiempo en comenzar a aparecer. Fuera a mano o a máquina, fuera con ideas claras o con sólo las aspiraciones más vagas, entre la escuela primaria y la preparatoria empecé muchos centenares de páginas que trataban de condensar de algún modo la vastedad de esas sensaciones y no pudieron lograrlo.<sup>24</sup> Pero ésa era la tarea luminosa: ser escritor era pelear así, no con otros por el poder o la fama sino con eso. Puede bastar, tal vez, decir que hacer esa tarea era mejor que hacer la otra:

era mi pelea; su contacto con lo inefable, con lo que no puede decirse, era el que yo había intentado durante años...

<sup>23</sup> Por eso no habría querido –como hubiera sido mucho más sensato y ventajoso más adelante– hacerlos a un lado al escribir y buscar hacer literatura que “reflejara la realidad”, que se limitara a lo que “puede ser” y contuviera los delirios y los excesos de la imaginación.

Por otra parte, también pudo haber habido, desde muy pronto, cierta conciencia de la *dignidad* de la imaginación. En la secundaria, una profesora de español nos hizo leer “El guardagujas”, de Juan José Arreola, como un texto socialmente comprometido, una denuncia del mal estado de los Ferrocarriles Nacionales de México. En el instante en que lo dijo pensé: Ésta es idiota...

<sup>24</sup> Una vergüenza más: no sé si sería escritor de no haber aparecido las computadoras personales. Nunca aprendí a sostener bien el lápiz, por lo que me canso pronto al intentar escribir en una libreta y mi letra es errática y fea; peor aún, mis dedos se atoraban entre las teclas de las máquinas de escribir mecánicas, y muchos comienzos de historias se quedaron detenidos a causa de esos accidentes, entre maldiciones –las que conocía entonces– y palabras que se disgregaban en la hoja, perdidas entre letras pulsadas sin querer.

que saltar los obstáculos y seguir la línea recta, absurda, que era la vida que había sido creada para mí.

La voz negra de la enfermedad me dice, ahora, mientras sigo pronó<sup>25</sup> y a oscuras y en el sofá cama, que buscar *eso* siempre fue un error y que se agrega a todos los otros errores. El horror de la cabeza aturdida, como rellena de tela ardiente o de agua estancada y negra, no es sólo la muerte, sino el fracaso.

Dice la voz: *¿De qué ha servido todo?*

Las aspiraciones de triunfo de mi madre no llegaban más allá de que yo estudiara una carrera de provecho. Una carrera científica o, mejor, técnica,<sup>26</sup> en la que fuera fácil conseguir un trabajo bien remunerado. Lo hice, no me fue nada mal durante los estudios y nunca la ejercí de veras; en cuanto me fue posible, me fui de casa y de la ciudad a subsistir con algo de dinero ahorrado y, luego, como pude.

Dice la voz: *¿Y para qué?*

<sup>25</sup> Una cadena de ideas fugaces de la fiebre: *prono* ≈ *porno*; estoy también en la posición de alguien que será atacado por detrás, indefenso; este texto es el testimonio de cómo todo me ha llevado hasta aquí, hasta esta indignidad y esta nada.

<sup>26</sup> Por unos años, mientras estaba en secundaria, hubo una fantasía vaga cuyo argumento me ponía estudiando algo importante en el MIT (Massachusetts Institute of Technology), del que yo sabía por un libro. Comprendo por qué nunca di ni el primer paso en esa dirección. Ustedes, nos decían a los tres hermanos las tres madres, tienen que quedarse juntos siempre.

Y más tarde, cuando empecé a terminar algunos textos y a mostrárselos (por ser figura de autoridad) a María del Carmen, ella conducía la conversación lejos de lo escrito –invariablemente le parecían “bien”, de todas formas– y hacía la necesidad de recordar que todo aquello era un pasatiempo, para cuando tuviese tiempo libre o ya me hubiese hecho un patrimonio. Como me gustaba la ciencia ficción, dijo, ¿por qué no estudiaba computación? Estaba de moda y, mejor, era “la carrera del futuro”.

Para escribir. Para estudiar, trabajar en talleres, organizar un taller propio cuando llegaron los tiempos malos. Escribir cuentos y cuentos y cuentos. Escribir muchas otras cosas, por encargo, para mantenerme en la escritura y no volver a la casa de la familia. Leer. Publicar. Permanecer encerrado, escribiendo, leyendo, mientras los amigos se iban a divertir y a conocer gente: la timidez tampoco me dejó.

Dice la voz: *¿Y qué sentido tuvo?*

No puedo responder mientras estoy casi en decúbito ventral, intentando mantener el equilibrio, escribiendo, escribiendo. No puedo ver los detalles del currículum, las listas de títulos, lo que todavía proyecto y en otras circunstancias me justifica o por lo menos me distrae. Al menos ahora no soy capaz de pensar en la felicidad o en lo hecho de veras. El riñón empieza a doler con más fuerza. La voz es familiar aunque ahora suena potente como nunca antes. La fiebre no cede. Es la voz del capataz o el dictador, del que administra las culpas y reparte las penas. La espalda, más arriba, duele también. Diría que es la voz de María del Carmen, pero ella está muerta y bien muerta desde 1994: no la necesito. Pulsan los codos y pulsan las rodillas. Es su herencia pero es mi propia voz, que se entrenó durante tantos años para continuar el trabajo. Si me muevo dolerá todavía más. Es la voz que intenta oscurecer los momentos de soledad. Sigue sin haber luz.

La voz que insiste en recordarme, de entre lo que se ha escrito sobre lo que yo he escrito, solamente la reseña anómala que me acusa de irrelevante, de homófobo, de fascista, de falto de contacto con la realidad.<sup>27</sup> La voz que me recuerda que el

<sup>27</sup> Nota de 2013: ya hay otra reseña, me cuentan, con más inquina y malicia que la mencionada aquí. Pero tal vez he aprendido: no la leeré.

cuento es impopular y los temas que me importan son impopulares. La voz que me recuerda que estoy a punto de cumplir 40 años, la edad en que se alcanza el techo de la vida, y no he hecho nada, no he logrado nada, nada ha servido de nada. La juventud, dice, desperdiciada en una ciudad de provincia, donde se puede ser todo lo precoz que se desee sin que nadie lo note. Lejos de donde se hacen las relaciones sociales, los amarres que sirven más que el talento y la dedicación para ascender en el mundo. Practicando con las palabras para crear historias y no para compensar las desventajas heredadas: el origen provinciano, la fealdad de la cara, la falta de agresividad y de arrogancia...

Mientras usted lee estas palabras, por supuesto, yo sigo vivo. Y mientras las enseñanzas de la infancia permanecen y se perfeccionan, también es posible recordar:

María del Carmen sospechaba que tenía cáncer, como su madre, desde mucho antes, pero se había negado a atenderse. Para 1993, cuando por fin se hizo extraer la matriz, era tarde: al año siguiente empezó la metástasis.

A Aleister Crowley, el autor de mis visiones de la muerte, se le conoce sobre todo como ocultista y líder de iglesias esotéricas.

En cuanto a mí, llegué tarde a la rebelión adolescente: me dediqué a pelear con María del Carmen desde los 18 hasta los 23, cuando se vio que la quimioterapia no conseguía detener el mal. Llegaba tarde y ella me esperaba en la sala; yo seguía sin ejercer la carrera que había estudiado, y que para mí –me daba cuenta entonces– había sido un rodeo, una pausa inútil y ridícula; ella

estaba cada vez más afilada y amarga. El resto de la familia no comentaba nada acerca de los gritos.

Crowley eligió su seudónimo (su nombre original era Edgar Alexander Crowley) por razones numerológicas, pero usó también otros nombres.

Yo no tenía la conciencia de que intentaba escapar. Tampoco tenía la conciencia de que no podía escapar y no podría nunca: cada reproche y cada palabra hiriente era como las de nuestra última conversación, pero yo me quedaba para escucharlas; quería contradecirla, negarla, porque estaba atado a ella, atado a la casa y la obediencia.<sup>28</sup>

Uno de los otros nombres de Aleister Crowley fue *Frater Perdurabo*.

En 1994, mientras María del Carmen se debilitaba, las discusiones se volvieron tan fuertes que decidí encontrar, siquiera, un sucedáneo de fuga: comencé a llegar más lejos en mis salidas, y en especial en las que hacía solo. Tomaba un autobús para otra ciudad, pasaba el día allí y regresaba. Un par de veces tardé incluso más de un día. Nadie supo exactamente por dónde anduve. El 13 de julio fui cerca, sólo a México, y caminé durante un par de horas por el Paseo de la Reforma, arriba y abajo. Di vuelta en una calle al azar y encontré un cine donde pasaban, como estreno, *Perros de reserva* de Quentin Tarantino. Sin saber nada

<sup>28</sup> En la Nochebuena de 1992 quedé de verme con Ana, mi novia de entonces; ella tenía la idea de que viajáramos toda la noche en autobús para pasear por Guadalajara el día de Navidad. No me atreví a pedir permiso en la casa, ni simplemente avisar de mi partida, sino hasta pocas horas antes de que fuera necesario salir. La discusión se prolongó hasta el día siguiente; no fui a Guadalajara; cuando por fin habló conmigo, Ana dijo varias cosas injustas pero varias que no lo eran y me hizo saber que no deseaba volver a verme. (Luego me perdonó; luego la relación duró algunos años más y se agrió por otras razones; luego, en efecto, no volvimos a vernos.)

de la película entré, la vi,<sup>29</sup> me olvidé de todo mientras la veía. Cuando volví a la casa me acosté de inmediato, y unas pocas horas después me despertaron porque María del Carmen estaba muriendo. No fue una muerte dulce: ella sufrió hasta el último momento, cuando le faltó el aire, y lo último que percibió –creo; deseo– fue el griterío de quienes estábamos allí.

Me duele todo el cuerpo y, definitivamente, la fiebre aumenta. Sigue sin amanecer. Cuando Raquel despierte, sin duda, se preocupará, sacará hielo del refrigerador y llamaremos al doctor nuevamente.

Enterramos a María del Carmen y, poco después, desobedecí una orden en el trabajo infecto que tenía y fui despedido.<sup>30</sup> Entonces comencé a hacer mis planes. En enero de 1995 dejé la casa y la ciudad; me mudé a México y pude sobrevivir por un año con una parte del fondo de retiro de mi madre; el resto fue para la casa, que sigue allá, pero me alegró al fin quedarme sin nada –iluso, ignorante– cuando sucedió. En ese lapso me había acostumbrado a estar solo de verdad, a no tener televisión, a salir y dar largos paseos por una ciudad que no me conocía; además, los sueños se volvían más y más precisos en la escritura, más alocados y extraños.

El gato Primo llega, sube al sofá cama, olisquea mi talón. Perdurabo significa “persistiré”, que es mejor divisa que muchas otras.

<sup>29</sup> Aprecié mucho el papel de Tim Roth como policía encubierto que de pronto pasa de un nivel de ficción a otro en un plano bello y totalmente innecesario. Era muy sensible, desde luego, a semejantes transgresiones.

<sup>30</sup> Se me había invitado a un seminario para escritores jóvenes coordinado por el poeta David Huerta, que se atravesaba con una semana entera de trabajo. Pedí permiso de ir y se me negó; fui de todos modos. Ya terminan estas páginas y no he dicho nada sobre esos otros aprendizajes: sobre los maestros cercanos (David, por encima de todos; Roberto Fernández Iglesias, José Antonio Alcaraz, Aline Pettersson) y los distantes (Borges, Arreola, Mario Levrero, John Gardner, Milorad Pavić, Alan Moore, Poe, Kubrick y Švankmajer). Al menos los menciono aquí.

Por una sola vez, diré una crueldad: la herencia verdadera de mi familia, la voz destructora, es intangible, pero el mayor de todos sus regalos –el último que me dio mi madre– lo es también.

[2010]





# Índice

- 11 Nota del autor
- 13 Asombrar la noche: La premisa albertochimaliana,  
*Édgar Omar Avilés*

## Uno

- 33 Las ciudades latinas
- 49 La catarata
- 51 Se ha perdido una niña
- 71 Variación sobre un tema de Coleridge
- 73 Veinte de robots
- 87 Mesa con mar
- 91 La Pasión según la sombra

## Dos

- 113 Álbum
- 115 Shanté
- 161 Manda fuego
- 165 La mujer que camina para atrás
- 175 Navidades alrededor del mundo

179 Los salvajes

185 La partida

### Tres

189 Manuel y Lorenzo

199 El Club de los Seis

209 El Señor de los Perros

### Cuatro

231 El señor Perdurabo



de Alberto Chimal, se terminó de imprimir en julio de 2013, en los talleres gráficos de Impresos Vacha, S.A. de C.V., ubicados en Juan Hernández y Dávalos núm. 47, colonia Algarín, delegación Cuauhtémoc, México, D.F., C.P. 06880. El tiraje consta de dos mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica *Gandhi Serif* y *Sans*, de Gabriela Varela, David Kimura, Cristobal Henestrosa y Raúl Plancarte. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Juan Carlos Cué. Formación: Iván Emmanuel Jiménez. Portada: Juan Carlos Cué. Cuidado de la edición: Sandra Oropeza Palafox, Elisena Ménez Sánchez, Delfina Careaga y el autor. Supervisión en imprenta: Iván Emmanuel Jiménez. Editor responsable: Félix Suárez.



manda  
fuego

Antología personal